









AÑO 9.º

NUM. 99.

**LA**

**ESPAÑA MODERNA**

~~~~~

**Director: JOSE LAZARO**

MARZO 1897

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,**

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

**Teléfono 3.145.**



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



# EL SALUDO DE LAS BRUJAS

---

VIII

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
AZORES BRASILEIRAS

Mientras Rosario se arrojaba á la sima cerrando los ojos, Felipe María pasaba de la sorpresa á la extrañeza, de la extrañeza á la ansiedad y de la ansiedad á una exasperación furiosa. Las etapas de estos diferentes y sucesivos estados de ánimo, fueron como sigue.

Empezó sorprendiéndose al leer, en los *Eclos* de Dauff, que solía recorrer al vuelo antes de saltar de la cama y vestirse, la noticia de su boda con Rosario. A la impresión de sorpresa siguió la de extrañeza, en la cual entraba, sin que él se diese cuenta exacta de que era así, una especie de enojo: algo de apreciación malévolá del hecho. Sólo por la chilena había podido saberse la noticia, pues sólo la conocían Rosario y él. ¿Era discreto en Rosario publicarla tan pronto, antes de comunicar á su futuro la opinión y el consentimiento de Viodal, antes de que la proposición la confirmase el pretendiente yendo á solicitar en toda regla la mano de la que amaba? Y Felipe, no acertando con otra razón de la ligereza de Rosario, la atribuía á un impulso de vanidad, al deseo de divulgar cuanto antes lo que la alhagaba. Esta idea de Felipe era, en el fondo, una idea hostil, una idea antiamorosa; y lo que él no adivinaba era que el



movimiento de desagrado al leer la noticia, nacía del mismo móvil que le había impulsado á refugiarse en el amor.

Desde la entrevista con los enviados de Dacia, el sedimento depositado en el alma de Felipe María subía fácilmente á la superficie. El trabajo que se verificaba en su espíritu nacía de que para Felipe había cambiado un sentimiento del cual se derivan necesariamente las acciones, á saber: el *concepto de sí propio*. Sin saberlo, quizás contra sus más firmes propósitos, Felipe María *se creía otro.....* otro de lo que era antes, otro que el resto de la especie humana. Habiendo rehusado el alto puesto que se le ofrecía, no por eso dejaba de estimarse ya como legítimo dueño de él. Sus derechos existían y estaban allí presentes, encarnados en su persona, unidos á un cuerpo mortal, pero consagrado, ungido por la sangre que llevaba en las venas. A la verdad, Felipe María no *pensaba* así; y, sin embargo, así *sentía*. Los sentimientos no los elegimos; se nos vienen, se crían como la maleza que nadie planta, y que inunda la tierra. Y los sentimientos delátanse á veces en puerilidades sin valor aparente, en realidad elocuentísimas, reveladoras de la verdad psicológica, como ciertos síntomas leves denuncian enfermedades mortales.

Si Felipe María pudiese ahondar en su corazón, traduciría de corrido impresiones al parecer indescifrables: vería por qué le había hecho tilín la pregunta de un servidor acerca del tratamiento; por qué le había molestado, como nos molesta el codo de un vecino de ómnibus, el familiar tuteo de Yalomitsa; por qué hombres que sólo le habían hablado durante una hora estaban siempre presentes á su recuerdo; por qué los aires dacios y el himno de Ulrico el Rojo, en especial, le habían causado involuntario escalofrío de placer; y finalmente, por qué en la noticia de su boda, que publicaba *La Actualidad* como si se tratase de un eco semi-mundano, sin fórmulas de respeto, cordialmente, percibía algo que le sonaba á impertinencia y le infundía tentaciones de decir cuatro frescas al periodista.....

No porque Felipe María hubiese sido excluído de su rango social dejaba de sufrir la influencia de su origen. Si hay algo que imprima un carácter indeleble, es el sacerdocio y la realeza; y más aún esta última, porque está en la masa de la sangre. Las dinastías reales suele fundarlas un hombre de acción, capaz de conquistar, y de vincular en su estirpe lo conquistado. Tiene esta clase de hombres, necesariamente sanguíneos, más vehementes las impresiones,



más devorador el deseo, la voluntad más incontrastable que los demás humanos. Aunque la raza degenerare, la costumbre de ser obedecido conserva en ella íntegra la fuerza de querer y el convencimiento de que sus indicaciones son leyes. Los de estirpe regia no son vanidosos: la vanidad es una torre sin cimiento; no son tampoco capaces de soberbia ni de grosería; por lo mismo que se reconocen á gran distancia de los demás hombres, no exhiben neciamente su personalidad, y saben tratar á todos con exquisita cortesía y gran dulzura. Pero este mismo cuidado que ponen en mitigar su esplendor, dice á veces que no lo olvidan ni un segundo. Y la continuada preocupación de no herir la vista de los que la elevan para mirarles, les recuerda su propia elevación y cuanto les separa del resto de los mortales, como el cuidado de esconder la garra recordaría al león que la posee.

No había necesitado Felipe María adoptar tales precauciones, puesto que jamás le habían tratado como á persona real. No obstante, algunos amigos y conocidos suyos indicaban á veces que no le tenían por un ciudadano como otro cualquiera. La misma humillación infligida á su madre; los pasos, manejos y trámites que precedieron á la ruptura del matrimonio; los rencores de la mujer desdenada y ofendida; las alusiones á sucesos que siempre vivían en la memoria, eran otras tantas causas determinantes del carácter y la compleción moral de Felipe. De estos antecedentes dimanaba su afición á la vida refinada y retirada, que satisface la altivez y los instintos de independendencia, y es un medio de situarse más arriba que la multitud. La injusticia, que á veces infunde resignación, otras veces afinca en el alma, como agudo y férreo clavo, la noción del derecho. Y la levadura vieja de la ambición maternal tenía que fermentar al contacto del aire que agitaban las palabras de los dos envidiosos.....

Por eso Felipe deseaba embriagarse con el vino de la pasión. Quería defenderse de sí mismo, y no encontraba á qué asirse más que al atractivo de Rosario, contra el cual había luchado hasta entonces. Sabía que Rosario era mujer capaz de fascinarle hasta olvidarlo todo, al menos por algún tiempo, mientras durase la fuerte y dorada tela del amor completo é insaciable; y comprendía que, casado con ella, lo imposible, poderoso como la muerte, se alzaría á guisa de muro de bronce ante su secreta codicia de grandezas.



Atarse las manos, bebiendo antes un filtro, era el propósito de Felipe al entregarse á Rosario.

Y, así y todo, le molestó la noticia en el periódico. Estaba á cien leguas de suponer que procedía del pintor la indiscreción. Al separarse en el Jardín, Rosario y él habían convenido en no verse hasta que el tío conociese y sancionase, de buena ó mala gana, los proyectos y deseos de su sobrina. Acordaron que, una vez enterado y notificado Viodal, Rosario pondría dos letras señalando hora para la visita de Felipe, y que esta visita sería oficial: petición en regla. Nada tenía de sorprendente que se retrasase tres ó cuatro días el aviso de Rosario; lo que no podía compaginarse con el retraso era la noticia á boca de jarro de *La Actualidad*.

Había anunciado Felipe su resolución de no volver á los "cuatro elementos"; pero no pudo contener la impaciencia y el afán de descifrar el enigma, y decidió presentarse en casa de Rosario: tal vez ésta le hubiese escrito, y bien pudo acontecer que, por cualquier motivo, se extraviase la carta. La primera vez que llamó á la puerta de la chilena, contestáronle que la señorita estaba acostada, con una jaqueca insignificante. La segunda, dijéronle que, si bien experimentaba mejoría, Rosario no salía aún de sus habitaciones. La tercera fué la respuesta más alarmante y ambigua: la señorita no recibía á nadie. Felipe interpeló ya directamente á la doncella, mujer madura, seria, una dueña de teatro.

—¿Le ha dicho usted á la señorita que yo advertí ayer que volvería hoy?—exclamó, clavado en la antesala y con vehementes impulsos de forzar la consigna.

—La señorita sabe que el señor ha venido dos veces—respondió la doncella, con el aire de reserva que adoptan los buenos criados al despachar á personas que sus amos no quieren recibir, sin querer tampoco agraviarlas.

Entonces Felipe la miró con expresión altanera y glacial; retiróse un paso atrás, extrajo del tarjetero una tarjeta, y doblando un pico al entregarla, pronunció secamente:

—Tenga la bondad de informar á la señorita de que vine la tercera, y que estoy, como siempre, á sus órdenes.

Bajó la escalera aprisa, pues temía que, á hacerlo despacio, creyesen que esperaba ser llamado; y ya en la calle, se detuvo á coordinar sus ideas. Lo que más le escocía en aquel instante era la



rozadura en el amor propio; pero apenas empezó á recapacitar, creyó evidente que tal conducta, en la mujer que casi se había desmayado de felicidad al escuchar su proposición de matrimonio, no podía atribuirse ni á vulgar desaire, ni á infundado capricho, sino que tenía que encerrar un misterio, una razón oculta, pero poderosa, decisiva. Rosario se excusaba con jaquecas y males. ¿Por qué no admitir la excusa? ¿Quién era capaz de afirmar que la misma emoción no había alterado la salud de Rosario?

También podía suceder que Viodal hubiese prohibido á su sobrina recibir á Felipe. Esta hipótesis era inadmisibile para quien conociese el carácter y los principios de Viodal; pero nadie hace justicia á sus rivales, y Felipe, revolviéndose contra lo que le pasaba, se fijó obstinadamente en la explicación más lógica en apariencia, y en realidad más absurda. Sin tardanza volvió á subir las escaleras y llamó al ascensor, decidido á explicarse con Viodal, pero era día de puertas cerradas; el ducho y provector criado del pintor que servía la caja forrada de raso, respondió á la pregunta de Felipe y á la orden de subirle, que el Sr. Viodal había salido.

Nada nos empuja á andar y movernos como el resquemor de la incertidumbre. Felipe sentía hormigueo en las piernas y picor rabioso en el alma. Empezaba á suponer que el tío y la sobrina se concertaban para jugarle aquella partida incomprensible. La idea era enloquecedora..... ¿Qué hacer para salir de dudas? No cabía ni pensar en forzar puertas: un *galantuomo* no entra sino por las que de par en par le abren, y Felipe guardaba estrictamente, por altivez, por costumbre, el código de las conveniencias sociales, la ley del buen gusto. Sin embargo, le sobraba derecho á una explicación, ¡y era preciso que se la diesen, y clara y categórica!

Hora y media hacía que caminaba exasperado, cuando las piernas le trajeron al centro de París, al hirviente y espléndido bulevar de Italianos. Delante de una puerta donde se leía en colosales letras doradas *L'Actualité*, dióle un empujón un hombre que salía precipitadamente, y que no era otro sino el cronista Dauff, petulante, distraído, con su ancha barba roja y sus eternos quevedos de acero, que le habían abierto dos surcos amoratados, casi dos llagas, á derecha é izquierda de la nariz. Dauff, aunque era el culpable del encontrón, se volvió colérico y dispuesto, sin duda, á soltar un bufido; pero al conocer á Felipe María, la expresión de su rostro varió de



un modo extraño; reveló preocupación ó más bien inquietud indefinible. "Parece que se ha mosqueado al verme", observó Felipe, é instantáneamente, fijo en lo que le interesaba, relacionó tres hechos, que al parecer no guardaban conexión, pero que debían de estar enlazados por hilos misteriosos: la noticia intempestiva publicada por Dauff, la encerrona de Rosario y Viodal, y la alarma del cronista, en otras ocasiones tan expansivo y hasta tan pegajoso

Fué, pues, derecho á Dauff, y le tendió la mano, demostración á la cual correspondió el otro no sin torpeza y recelo; y después del saludo, le interpeló como en broma:

—Me alegro de encontrar al pontífice casamentero..... ¿Quería usted escabullirse? No vale.

—Celebro que lo tome usted tan campechanamente—respondió Dauff tranquilizándose.—La verdad, esperaba una filípica.....

—¿Por la noticia?—interrogó Felipe aventurándose, resuelto á tirar del hilo y que saliese el ovillo.

—Justo. Para usted habrá sido desagradable, lo conozco; pero crea que tampoco á mí me ha sentado bien, y el director está que brama, porque es hombre que tiene la manía de realizar el imposible periodístico de la información impecable, ¡como si un diario fuese un documento! Cada noticia-buñuelo le cuesta un ataque de bilis; figúrese usted como me habrá puesto..... Ni por alegar que habiéndomelo dicho Viodal, Viodal en persona.....

—¡Ah!—exclamó á su pesar Felipe María.

—¿Ve usted cómo usted mismo se admira? Vamos, si es de las cosas más extraordinarias..... ¡Mucho ojo necesitamos los periodistas! Sí, señor; es mi justificación; habérselo oído á Viodal, que hablaba bien seriamente..... Por fortuna no me lo dijo á solas; si no, hasta dudaría de mis oídos..... Nordis estaba presente; como que del taller nos fuimos á almorzar juntos á ese figón con pretensiones que llaman el café Riche..... Y reconocerá usted que Viodal de todo tiene trazas, menos de bromista. ¡No le rebosa á Viodal la alegría por los poros!

—Entéreme usted, Dauff,—suplicó Felipe.—A ver si desciframos un caso tan singular, y que me interesa, como usted comprende.

—¡Naturalmente! — dijo echándola de sagaz el cronista, satisfecho de que Felipe no le increpase.—Si usted quiere, entraremos en



el café del Gran Hotel, y tomaré mi ajeno; á eso iba disparado cuando tuve el gusto de encontrar á usted.

Ya con la copita de verde licor delante, el afrancesado alemán dijo sobándose su roja barba:

—Crea usted que yo estaba á mil leguas..... Fué Nordis el que me recogió en su coche, y pensamos..... no, si hasta la ocurrencia fué de Nordis....., pasar un instante por los *elementos*, para ver cómo adelantaba el cuadro del Salón, que es de punta, aunque ese vele-ta de Loriesse ha dado ahora en la flor de rebajarlo sin piedad..... Pues nada, subimos..... y en vez de encontrar á Viodal trabajando en la *Crucifixión*, ¿qué dirá usted que hacía? Raspaba con un cuchillo la cabeza de la Samaritana.....

Felipe María se estremeció segunda vez.

—Le reprendimos..... ¡la cabeza era preciosa! ¡y un parecido con Rosario! Una mirada de voluptuosidad y de aspiración ideal, todo reunido..... no me pregunte usted cómo, ese es el secreto del arte! Yo, por costumbre ya, por el maldito oficio, le hice la pregunta sacramental: “¿Qué hay de nuevo?” Y al instante me soltó el escopetazo: “Mi sobrina se casa con Felipe María Flaviani.” Mire usted, yo tenía mis barruntos..... no precisamente de boda, pero de *flirtación*..... y como Rosario es una mujer de esas por quienes no es de extrañar que arda Troya..... lo creí..... ¡Lo creería cualquiera! Lo único en que me he fijado..... pero después, ¿eh?, no la echo de adivino..... es en que Viodal hablaba como exaltado, como mortificado, con un tono raro y violento..... ¡Pero Nordis..... encontró una explicación..... plausible! Por mi parte me guardé bien de preguntarle á Viodal si la noticia era reservada. Temí que dijese que sí, y perder un bonito *eco* sensacional. ¡Siempre el pícaro oficio!..... Cuando salimos consulté á Nordis, que me trató de inocente, jurándome que Viodal sólo deseaba publicidad y reclamo. “Como todos los artistas”, añadió.

—¿Y no hubo más?

—Aquel día no. Hago mi *eco*, sale, estalla como una bomba..... y al otro día, estando yo al remo, ¡pataplum!, Viodal que entra como un bólido! “Que me maten, —pensé,— si no tenemos rectificación. Aguantemos el chubasco.” ¡Pero, sí, buena rectificación te dé Dios! Retracción es lo que se pedía. “¡Ha propalado usted una falsedad!” “Pero, querido artista,—dije encomendándome mentalmente



al santo Job;—¿no ha sido usted mismo quien?...” “¡Por Dios, una chanza! No le hacía á usted tan poco perspicaz.....” “Yo sí que no le hacía á usted tan bromista.....” “En resumen, Dauff, es preciso, ¿lo entiende usted?, que *La Actualidad* desmienta rotundamente esa paparrucha.....” “Usted cree que *La Actualidad* es algún molino de viento? ¡Bonito se pondrá el director!” “Sin cuidado me tiene; ó se desdican ustedes ó les desmiento yo.....” “Diremos que se ha deshecho la boda.”—“No señor; que jamás se pensó en ella... “Francamente..... estuve por mandarle á escardar cebollino..... que es lo que se merecía; pero el oficio le tiene á uno ya tan curtido y tan flexibilizado, que opté por calmarle, asegurándole que rectificáramos, y rogándole sólo que me dejase buscar una fórmula conciliadora para mi amor propio y para la infalibilidad del diario.....

—¡Vaya un lance!—exclamó Felipe, fiándose en la locuacidad del cronista para saber lo demás.

—¡Un lance! Dos lances dirá usted..... porque apenas acababa de volver las espaldas el pintor, cuando ¡paf!, me cae encima el otro..... mi colega de Oriente..... ¡y qué apremiante venía! Solo que éste, al menos, alegaba razones..... no era como el otro, que después de que tuvo la culpa..... ¡Ah! ¡Miraya es un mozo de chispa!

—Miraya vale mucho, —asintió Felipe, que tenía el alma pendiente de los labios de Dauff.

—¡Oh! ¡Ese sí! Pues traía la misma pretensión..... Que desmintiésemos..... Pero fundada.....

Y Dauff sonrió con una especie de guiño de inteligencia.

—Sí, fundada.....—prosiguió viendo que Felipe no respondía sino con otra sonrisa.—He visto claro y he comprendido cómo la noticia tenía que molestarle á usted. Usted está en un caso distinto de todo el mundo. Debo añadir que *La Actualidad* se encuentra dispuesta á hacerle á usted la campaña, no de frente, porque al fin es preciso guardar miramientos á Rusia, donde se nos lee mucho, pero con habilidad y bajo cuerda..... Yo me encargaré de amansar al director..... *La Actualidad*, en tres meses, populariza una causa en Europa.....

Felipe no respiraba casi. Ya distinguía la luz que iluminaba aquel negro caos.

—¿Y sabe usted que es un chico muy simpático ese Miraya?—insistió Dauff.—Tiene talento. Conoce nuestra literatura..... ¡pero á fondo! Se sabe mis *Ecós* de memoria. Me aseguró que trataba de



adaptarse á ese estilo en *El Porvenir daciano*, un periódico del cual es lástima no entender ni la letra..... Así y todo, traduciremos algo de su amigo de usted Miraya.

—Después de la entrevista con Miraya, ha comprendido usted bien que.....—murmuró Felipe fingiendo paladear á su vez un sorbo de *bitter*.

—He interpretado—declaró con suficiencia Dauff.—Bastaron pocas palabras..... Al buen entendedor..... Miraya me suplicó que fuese siempre muy cauto en las noticias referentes al “ilustre señor” Felipe María de Leonato, porque su condición de hijo de un monarca reinante le exponía á calumnias y complots de todo género.—“La boda”—añadió—“es, sin duda, un *canard*.....”—“¡Y tanto!”—respondí,—“pero el autor del *canard* es el tío de la novia..... y acaba de estar aquí, para rogar que la desmintamos.”—“¿Lo está usted viendo?”—gritó Miraya contentísimo.—“Sí; pero una cosa es que lo vea y otra que me lo explique. El proceder de Viodal es raro, cuando menos. Felipe debe de tener la clave.....”

—Le aseguro que no—afirmó Felipe en tono natural.—No he visto á Viodal hace lo menos..... ocho días; y cuando estuve en el taller por última vez, no hablamos nada que importase. Habrá sido una genialidad de artista.

—De artista..... ó de hombre.....—indicó Dauff—porque le tenía trastornado el cerebro su sobrina..... Cuando uno es psicólogo..... y perro viejo..... esas cosas.....

Reprimióse con esfuerzo Felipe. Dauff prosiguió:

—En fin, ¿me está costando una famosa jaqueca la tal noticia! Por eso me sobresalté al encontrarle. Creí que también usted venía á hostigarme para que desmienta..... y como hace días que batallo con el director..... y no adelanto una pulgada..... Tres acometidas le he dado..... por cierto que en una de ellas estaba allí en su despacho el conde de Nordis, que me defendió, que salió garante de mi veracidad..... y nada, que *La Actualidad* no es ningún zaranillo, que no vale la pena, que ya se desmentirá por sí misma la noticia si es falsa, que peor para Viodal si gasta bromas necias, y que así se mirarán antes de contar á un periodista una grilla y comprometer á un periódico serio..... Este es el conflicto, y gracias que no lo agrave usted..... No olvide que *La Actualidad* es la lanza de Aquiles..... Podemos hacer subir el papel Leonato!....



Un cuarto de hora después, parado Felipe ante el escaparate de Goupil, como si admirase las curiosas estampas, sólo pensaba en lo que ya creía evidente: la complicación traída por los celos de Viodal, y mezcladas con ella las maniobras de Miraya y del conde de Nordis..... ¡Pero Rosario! ¿Qué papel jugaba en esta intriga Rosario? ¿Era cómplice de su tío? ¿Le había dado ella la noticia de su boda? ¿Era ella también la que le encargaba de desmentirla? Y si era inocente, ¿cómo guardaba silencio, cómo no enviaba dos renglones, cómo se parapetaba tras de su encerrona, cómo despedía á Felipe en la puerta?

—Será preciso acabar de desenredar la madeja, cueste lo que cueste—pensó, mientras la duda y la sospecha cruel le hacían zumbiar el cráneo.

## IX

Felipe tomó un coche para llegar á su casa sin dilación. Encerróse en el despachito-biblioteca, y apoyando los codos en la mesa escritorio, pensó, discurrió, redactó mentalmente una carta, la trasladó después al papel, y, descontento, pareciéndole que allí no se concentraba bien la médula de su intención, desgarró dos ó tres borradores. Al fin sacó uno en limpio, y, cerrado el sobre, lo selló, hincando en el blanco lacre un precioso camafeo griego, engarzado en un mango de oro. Después llenó un *petit bleu*. Llamó y encargó á Adolfo el pronto despacho de ambas misivas, una que debía entregarse en propia mano, otra telegráfica.

Como medio de entretener su impaciencia y rastrear algo del misterio en que se envolvían los sucesos más recientes, se le había ocurrido llamar á Sebastián Miraya. El hecho era innegable; á pesar de su repulsa, Miraya seguía considerándole candidato al trono. ¿Y qué podía hacer Miraya en París sino continuar sus trabajos iniciados, llevar adelante la conspiración felipista?

—Después de todo—se decía Felipe,—en su lugar, acaso hiciese yo otro tanto. No es obtinación, es patriotismo, en ellos, el no desalentarse y el buscar medio de comprometerme. Miraya recibe, sin



duda, instrucciones y recursos *de allá*..... Lo que me extraña es que no hayan intentado volver á verme..... ¡Con qué dureza les recibí!— Y la idea de conversar con Miraya causó á Felipe una de esas impresiones de exaltación pasajera y grata que siente la mujer cuando encuentra en alguna parte, impensadamente, al enamorado que desairó y que la quiere todavía.....

A Miraya iba dirigida la esquila-telegrama. Recordaba las señas del hotel del periodista, y con reservada fórmula le señalaba hora para aquella misma noche, y si no para la mañana siguiente. Al dar este paso, Felipe creía, con cierta buena fe, que obedecía únicamente al deseo de interrogar á Miraya sobre la famosa rectificación. Capaz sería de decir que le calumniaba quien asegurase que, al intentar aproximarse á Miraya después de una despedida que parecía definitiva, le arrastraba el imán de un sueño de grandeza, el *fiat* apagado de la voz que se recata en lo más hondo de nuestra ciega voluntad.....

No se equivocó Miraya en este punto al recibir la tarjeta. Una sonrisa de triunfo brilló en su inteligente y plebeya boca.

—Muerde el cebo.....—pronunció en alto, con jubilosa entonación. Y cinco minutos antes de la hora señalada, con la puntualidad excesiva que es de rigor en las audiencias, Miraya llamaba á la puerta de Flaviani y decía desenfadadamente:—“Anúnciame usted á Su Alteza.”—Y Adolfo, cogiendo la ocasión por los cabellos, se apresuró á anunciar, sin la menor protesta por parte de su amo:—“El señor Miraya desea saber si Su Alteza puede recibirle.”

Introducido en el fumadero, Miraya aceptó una taza de café exquisito, una regalía y una copa del famoso cognac de naufragio. Pocos momentos después de la llegada del periodista, tocó Felipe el timbre de plata y dió á Adolfo esta orden inverosímil: “Si viene, por casualidad, Yalomitsa..... decir que he salido y no dejarle pasar de la puerta.” Y Adolfo, criado modelo, no pestañeó al contestar impasible: “Sí, señor.”

Vacías las diminutas tazas, encendidos los tabacos, en el recogimiento de aquel mismo fumadero oriental, en cuyas telas de colorines parecían jugar aún las bravías y estridentes notas arrancadas por el bohemio al violín y el cántico feroz de Ulrico el Rojo, Felipe dijo á Miraya:

—¿Adivina usted la causa de que le haya suplicado que viniese?



—Señor.....—contestó Miraya, pesando sus frases.—Mis deseos pueden engañarme, y temo que vuestra Alteza me despierte de un sueño halagador. ¡Ah! Si vuestra Alteza me llamase para decirme que, en un momento de abnegación, nos otorga lo que le hemos suplicado, el día de hoy sería una gran efeméride en la historia de Dacia. ¿Y por qué no? Una inteligencia como la de vuestra Alteza debe de ser el mejor consejero.

—Maldito si he pensado en política, Sebastián—respondió Felipe, sin notar que aquellas palabras evasivas dejaban abierta la puerta á todas las suposiciones que Miraya consideraba halagüeñas.—Crea usted que la política andaba por las nubes cuando se me ha ocurrido molestar á usted.

—Entonces, *también* adivino — respondió Miraya, apoyando como al descuido en el significativo adverbio.—Apostaría la cabeza á que se trata de cierto *eco* de *La Actualidad*. Dauff, cumpliendo un deber, habrá venido á excusarse con vuestra Alteza.....

—Me pinta usted un Dauff visto al través del entusiasmo dacio..... No, Miraya..... Le tropecé casualmente en el bulevar..... y platicamos un poco.....

—Plática desagradable—declaró Miraya sencillamente.—La noticia era una impertinencia del género nocivo. ¡Y tan nocivo! Si yo lo dudase, me bastaría la actitud de Nordis.....

—Sí, Nordis parece que intervino..... Por cierto que no me explico bien su papel.....

Sacudiendo la ceniza, Miraya respondió, como si hablase consigo mismo:

—Bien montada tiene la policía el gran duque. Ocho horas después de nuestra salida, tomaba el tren para París ese conde de Nordis, que es el brazo derecho y el *factotum* de nuestro enemigo. La cartera de Nordis venía atestada de letras y billetes, de seguro; porque el gran duque sabe que hay momentos en que un franco vale un luis.....

—Hágame usted el favor de aclarar todo eso—exclamó Felipe.—¿Para qué ha traído dinero Nordis? Me parece que el combatir la candidatura de una persona que empieza por renunciar, no exige grandes dispendios.....

—Señor, el hermano del Rey no comprende que vuestra Alteza haya podido renunciar..... Le inquieta el movimiento que se ha ini-



ciado en Dacia. Es pasmoso..... digo, no, es natural; porque la idea estaba madura, y sólo faltaba la chispa que inflamase la pólvora..... Un ejemplo: el gran duque había prohibido la entrada en Dacia de un solo retrato de vuestra Alteza. Pero yo revolví todos los talleres de fotografía de París, á caza de un buen cliché. En casa de Nadar descubrí uno soberbio, de busto..... lo que se deseaba. Encargo copias..... ¡Este París! En pocos días, centenares..... Y allá van las copias, y á estas horas las damas de Dacia tendrán en su gabinete la fotografía, adornada con lacitos de los colores nacionales, rojo y blanco..... Los lacitos se me ocurrió que fuesen de aquí también. Servirán de divisa á los felipistas..... No estoy descontento de la idea. El sorprendente parecido de vuestra Alteza con el Rey nos da andado la mitad del camino.

—Yo suponía—observó Felipe, dejándose llevar insensiblemente á donde quería Miraya—que en el país no conocían mi existencia....

—Mucho se ha trabajado para que así fuese, pero hemos roto la telaraña. Hoy el pueblo, la nación, la opinión verdadera, y sobre todo los que desean tener una patria independiente, cifran sus esperanzas en Felipe María. El hecho de la coalición es bien significativo. Ni el duque de Moldau puede sufrirnos, ni nosotros resistimos á ese partido fanático y de estrechísimo criterio, que desea volvernos á los tiempos de Ulrico; y, sin embargo, nos hemos aunado sinceramente. El clero católico, temeroso de que Rusia imponga á Dacia su confesión cismática, es en masa de vuestra Alteza. Y el mismo ejército—el gran baluarte del príncipe Aurelio,—el mismo ejército..... no puede adivinar que lo tenemos minado. Por hoy, los felipistas no se dan cuenta de su fuerza; temen y se recatan en la sombra; es nuestro período de las Catacumbas. Ya saldremos al sol, y bien pronto. Con la aquiescencia de vuestra Alteza.....

—No he dicho eso, Miraya—objetó Felipe.

—No hace falta *decir*: basta no oponerse abiertamente—se apresuró á declarar Miraya.—El no oponerse es en vuestra Alteza un deber de conciencia..... Perdón si me expreso con tanta libertad. No le pedimos que alce la bandera; ¡pero no nos la arranque de las manos! Nosotros la tremolaremos; nosotros se la entregaremos triunfante.

—Otro pero, Miraya..... y no se exalte usted; ahora, á sangre fría, debe usted comprender que yo tengo razones poderosas.....

E. M.—Marzo 1897.



—Señor, razones no..... ¿Se me permite hablar atrevidamente? Pues lo que tiene vuestra Alteza son sentimientos, son heridas del alma, son quemaduras de agravios, son tristes recuerdos de la niñez y de la primera juventud..... Cosas individuales..... En cambio, los intereses que representa vuestra Alteza, son colectivos, generales: el porvenir de un pueblo noble y ansioso de progreso. ¡Ah! ¡Y vuestra Alteza lo comprende!..... ¡Si una..... persona..... muy desgraciada..... pudiese volver á la vida..... aconsejaría á vuestra Alteza el olvido y el perdón!

—Le ruego á usted—exclamó Felipe rehuyendo por segunda vez una contestación explícita, que era cuanto anhelaba el insinuante orador,—que dejemos eso. No me siento en vena de pensar en nada *colectivo*..... como usted dice..... Tiempo hay de hablar largo y tendido de política.....

—Lo habría, señor—insistió Miraya,—si vuestra Alteza no cerrase la puerta á su más adicto partidario..... Mal podemos hablar, si no me es permitido ver á vuestra Alteza. ¡Y qué interesante va á ser ahora la política de Dacia! Aquello está en punto de caramelo fino. Permítame que venga alguna vez..... ó mejor dicho, que nos encontremos por ahí, lo cual sería preferible, á causa de la bien montada policía de Nordis. ¡Convendría tanto que creyese ese hombre que vuestra Alteza ignora lo que se trabaja allá!

—Usted decía—preguntó Felipe volviendo al punto de partida de sus preocupaciones,—que Nordis, en la cuestión de *La Actualidad*.....

—El papel de Nordis en todo esto es más claro que la luz. Las circunstancias no le han permitido emplear su sistema cauteloso de otras veces. Dauff, que es un parlanchín, me ha puesto á mí sobre la pista. Parece que estaban los dos en el taller del pintor Viodal, ó, como aquí dicen, en los *Cuatro elementos*, cuando el pintor, no se sabe por qué, anunció que su sobrina.....

—Se casaba conmigo—añadió Felipe.

—Justo..... ¡Figúrese vuestra Alteza el regocijo de Nordis! Como que la noticia le hacía á él la jugada..... Ya veía nuestro partido en Dacia hundido, disuelto, y la candidatura *felipista* desechada como tantas soluciones efímeras..... Al salir de allí, no tuvo Nordis más que soplar sobre la natural ligereza de ese Dauff, que es un botarate de raza sajona, un botarate pesado, es decir, botarate dos ve-



ces..... ¡A trompetear la nueva, á lanzarla á los cuatro vientos! Y Nordis se retiró frotándose las manos y dando gracias á la suerte caprichosa: como que había encontrado en vuestra Alteza el mejor auxiliar; y ya consideraba la batalla ganada definitivamente, y podía pedir la cuenta en el hotel, cerrar la balija y decirle al gran duque: "A dormir á pierna suelta, esperando que el rey cierre el ojo".

Felipe mordió ligeramente su bigote rubio. Empezaba á trabajar en él ese sentimiento singular, pero tan humano, que nos impulsa á dirigir nuestra conducta, no por el móvil del propio gusto, sino por el del disgusto de nuestros enemigos.

—Sale la noticia, y cae en Dacia como una bomba el telegrama de la Agencia..... Empiezo á recibir telegramas yo también, con preguntas veladas; Stereadi me escribe, en cifra convenida, una carta que parte el corazón..... Aquí la tengo, se la leeré á vuestra Alteza después..... Yo, á la verdad, no sabía qué hacer ni qué decir..... A la ventura, me voy á ver á Dauff, y ¡cuál sería mi gozo al oír de sus labios que el mismo Viodal desmentía, y con obstinación y empeño, el *canard*..... que ya le podemos llamar así! Entonces..... como sobre ruedas, señor; no había más que rectificar, y nos traía ventajas el mismo error, porque en Dacia lo atribuían á manejos de nuestros enemigos..... Pero habíamos contado sin la huéspedada..... La huéspedada es Nordis..... Se ha metido en el despacho del director de *La Actualidad*..... y al salir de allí el agente del príncipe, el director se negaba terminantemente á la rectificación..... Esto es un mal: por mucho que yo desmienta escribiendo allá, nada equivale á la palinodia del mismo periódico.

—¿Y como ha conseguido Nordis?....

Miraya se rió alto, de un modo bien poco cortesano, y hasta poco cortés, y haciendo un ademán expresivo, frotó el índice contra el pulgar.

—Ya les he dicho á Stereadi y á *los otros*, á los *antiguos*, á la gente adinerada y sólida, que no sean tacaños..... pero hasta hoy lo han sido..... Y el que quiere conseguir algo, tiene que aflojar..... Que reciba yo mañana el trigo que me anuncian, y verá Nordis si puede sostener el embuste. ¡Ah, señor!—continuó con efusión casi lírica y variando de tono.—¡No temo yo á Nordis, y hasta creo que le venzo sin recursos, con tal que vuestra Alteza no me lo impida! Fuerte contra todos, débil contra uno solo.....



Felipe no respondió más que ofreciendo al periodista otra copa y un puñado de cigarros. No quería enterarle de nada que á Rosario se refiriese; no sospechaba que Miraya había seguido á la chilena el día de la entrevista en el Jardín, ni menos que la hubiese escrito aquel anónimo, en el cual creía el periodista adivinar la razón secreta de que Viodal desmintiese la noticia divulgada por él mismo..... Mientras Felipe, á pesar suyo, sufre la influencia de esas simpatías y de esos odios que desde un lejano país vienen á buscarle, Miraya ve en su camino un obstáculo: una mujer morena, de inmensos y ardientes ojos, de silueta airosa y perturbadora..... ¡Ya lo había adivinado él! Barco que no sigue la corriente.....

—No crea vuestra Alteza—indicó, mientras echaba sueltos en el bolsillo los exquisitos cigarros,—que en Dacia se han forjado la ilusión de que sea un santo el príncipe heredero. Puede que los del partido *antiguo*—aunque por cuenta propia no dan el ejemplo más edificante—se asustasen de cualquier futesa..... Lo que es los nuestros, casi creo que se alegrarían de saber que vuestra Alteza..... en fin..... es como los demás débiles mortales..... ¡No faltaría otra cosa! Las cuestiones de mujeres..... pch!..... no tienen.....

Detúvose Miraya, porque había visto á Felipe fruncir el ceño, y comprendió que estaba en terreno resbaladizo y peligroso.

—¡Un matrimonio, en cambio, es tan grave!—añadió suspirando, como si le apenase la severidad del deber.—¿Y qué se le figura á vuestra Alteza? ¿Que los dacios no habían soñado ya con algo que sería un golpe decisivo? En Vlasta se venderán pronto retratos de la princesa de Albania, al par que los de vuestra Alteza, con sus correspondientes lacitos blancos y rojos..... Albania, sostenida por Austria é Italia, desde hace años, contra Rusia, es para nosotros el símbolo de la independencia. Unir el principado de Albania á la corona de Dacia constituye parte de nuestro sueño nacional. Con el enlace albanés, ni dos meses resiste el partido de Aurelio: habríamos consolidado el triunfo..... En fin, ya sé, señor, que, por desgracia, somos unos locos, unos ilusos, á quienes extravía el amor de la patria..... ¿Me permitirá vuestra Alteza el consuelo de hablarle algunas veces..... ó me expulsa ya para siempre?

—¿Tiene usted teléfono en el hotel, Miraya?

—Sí, señor;—respondió el periodista, estremeciéndose de gozo.—Y esperaré todas las mañanas..... hasta la una..... las órdenes de



mi príncipe. En cuanto á la rectificación de *La Actualidad*..... ó mucho me engaño..... ó ya veremos si de esta vez me río de Nordis.

## X

El criado de Felipe tenía orden de no volver de casa de Rosario sin respuesta á la carta que llevaba. A fin de evitar que le dijese que la sobrina de Viodal había salido, escogió la hora de la mañana para enviar la misiva. Volvió poco antes de las doce, y entró, asaz mohino, en el despacho donde Felipe tenía abierto un libro, pero no leía. Y á la afanosa pregunta de su amo, respondió con visible temor de ser reprendido:

—La señorita Rosario dice..... que ya contestará.

—¿No te ha dado nada? ¿Es que no has aguardado?

—He aguardado más de una hora..... Y el viejo del ascensor es el que vino dos veces á decirme que era inútil esperar, que ya mandarían aquí la respuesta.....

—Bien, vete.....

Una exasperación violenta se apoderó de Felipe; una ola de ira le inundó el cerebro, quitándole la razón. Quedábale el discernimiento suficiente para comprender que estaba loco, pero no la fuerza de voluntad para dominar el acceso de esa locura. No podía explicarse la conducta de la chilena, y el misterio y el silencio le sacaban de quicio. En aquel momento no pensaba en Dacia, ni en los manejos de Nordis, ni en los centenares de retratos con lazo blanco y rojo, retratos suyos emparejados con los de una princesa, á quien sólo había visto, hacía dos ó tres años, en un grabado de *Ilustración*..... Borróse este espejismo, y en cambio se alzó la pasión irritada por las contrariedades y los recelos, como león á quien le falta la pitanza. La imagen seductora de Rosario le visitó, en forma de obsesión de los sentidos y la voluntad, y por un momento, creyéndose solo, Felipe María, presa de una gran excitación nerviosa, se tiró de los cabellos y se mordió con rabia las manos. La sangre italiana, demostrativa, aparecía en aquella crisis súbita..... De repente sintió que le abrazaban, que le decían palabras cariño-



sas, cual las que se dicen á un niño; y rehaciéndose, abochornado de haber sido visto en tal desorden, se encontró con Yalomitsa..... El bohemio, á pesar de su color cobrizo, parecía pálido, y los mechones serpentinos se deshilachaban lacios y revueltos sobre sus hombros; su mirada expresaba compasión y desaliento.

—Cálmate — decía — Lipe, querido, cálmate, ríete de las mujeres..... no te des al diablo por ellas! Vamos, vente conmigo, voy á tocar todos los aires dacios que quieras..... Puede que así llores..... y te sosiegues..... Ya sabes la virtud sedante de la música..... y del llanto.....

—Gregorio—exclamó Felipe María, serenándose de repente—tú me traes noticias de Rosario. Habla, te lo suplico..... Suéltalo todo. ¡Venga la verdad!

—¿Y me prometes..... no romperte la cabeza.....?

—¿No ves que lo que necesito es la verdad, la realidad, los hechos? Hace días que me encuentro delante una pared, dura, ciega y sorda. ¡La verdad! Solo la verdad puede apaciguarme..... Habla,—añadió mientras una ligera espuma asomaba al canto de su boca.— ¿Vienes del estudio?

Yalomitsa dijo que sí, con la melenuda cabeza.

—¿Has hablado con Rosario?

—Y con Viodal.

—¿De mí?

—Y de ellos.

—¿Qué sucede.....? ¡Ea, que aguardo!

—Sucede..... ¡vamos, parece una pesadilla! ¡que Viodal y Rosario están preparándolo todo para casarse!

Felipe guardó silencio. No pestañeó. Sus azules pupilas se dilataron y las alas de su nariz palpitaron un instante, como las del tigre que olfatea la presa. Abrió y volvió á cerrar maquinalmente el puño de la mano izquierda. Fué un segundo nada más; al punto se aplomó y consiguió sonreír, con unos labios blancos, espumantes aún, pero ya sujetos á la voluntad.

—Gracias, Gregorio, ahora me siento tranquilo. Cuéntame eso; siéntate, has de almorzar aquí, de modo que no tienes prisa. ¿Se casan, dices? No extrañes si me asombro algo, porque.....

—Porque es una indignidad, una traición de Judas—interrumpió Yalomitsa desatándose, como el agua cuando se abre la esclusa.—



Yo creí á Viodal un hombre honrado, y ahora le tengo por un redomado pillo. Y Rosario, que me parecía una criatura celestial..... es ni más ni menos que una mujer luciferina..... ¡Si supieses, Lipe, si supieses que hace pocos días, casi puedo decir pocas horas, me prometió á mí, á mí mismo, Gregorio Yalomitsa en persona, quererte, casarse contigo! ¡Y estaba tan alegre, tan alegre..... que hasta bailó la danza del chal, la que bailaba Fatma en la Exposición!

Felipe cerró los ojos; una visión deleitosa acababa de recordarle las posturas, los lánguidos movimientos de Rosario en esa danza que á su vista había ejecutado una vez en el taller, y el recuerdo le quemaba de tal modo el alma, que sentía un deseo incontrastable de destrozar alguna cosa, de herir, de matar. Sin embargo, el orgullo le sostenía; no quería aparecer ridículo ni débil; y por lo mismo que su estado interior era realmente espantoso, tenía el valor de encerrar lo que sentía y de conservar una calma engañadora en la superficie. Había adoptado, en un instante, una resolución, y para las personas en quienes el amor propio es firme, y ardiente la sensibilidad, la resolución, una vez tomada, responde de la sangre fría absoluta: ya no se lucha con el pensamiento, ya no hay indecisiones; sólo se necesita energía para realizar lo pensado..... Y energía le sobraba en este caso á Flaviani: la tenía por herencia, como se tiene un rasgo de belleza ó una singularidad física; era el atavismo de la raza real, que no podía faltarle en el momento crítico, y que ha sido causa de que los reyes, aunque en la vida diaria se manifiesten irresolutos, blandos de carácter, en las horas supremas recobren un vigor, una fortaleza y una dignidad, que son admiración de la Historia cuando narra la muerte de un Carlos I ó de un Luis XVI. Si lo que pensaba ejecutar Felipe es lo que suele ocurrírseles á los celosos, la manera de realizarlo fué una prueba de dominio sobre sí mismo, de fuerza soberana. La frialdad de que se revistió repentinamente, hubiese engañado, no á Yalomitsa, que no era difícil de engañar, sino al más sagaz de los observadores.

—Gregorio—dijo consiguiendo *igualar* absolutamente el metal de voz—no te exaltes, y entérame bien y despacio de todo eso que has averiguado. Mira, ya se me pasó el berrinche. No tengo nada que oponer á la voluntad de Rosario, si quiere casarse con su tío; pero como la noticia es inesperada, hasta dudaré de ella y creeré que has entendido mal, si no me informas de lo que has averiguado y visto.



Quizás se trata de una alucinación ó de una aprensión..... ó de una broma de taller.

—¡Ay, Lipe! cuando te pones así..... me crispas los nervios; te prefiero cuando pateas y te tiras del pelo y echas espuma..... Entonces me gustas más. No parece sino que Yalomitsa es algún babeiaca. ¿Quieres oírlo? Pues ahí va.—Entro en los *Cuatro elementos*..... y lo primero que me echo á la cara es Rosario, con la túnica color de azafrán de la *Samaritana*, y á Viodal rehaciendo la cabeza que había borrado con el cuchillo. Ella volvió la cara, supongo que por no verme,—¡remordimientos!—y él, muy contento, me consultó acerca de la expresión del rostro, que en su opinión había ganado. Entonces yo, inocentemente, fundándome en el suelto que había leído en *La Actualidad*, voy y digo como la cosa más sencilla:—“Ese cuadro será regalo de boda..... eh, Rosario?”—“Ese y todos los que ella quiera”—salta el tío, como si le tocasen á un resorte.—“Pero *mi futura*,—añadió con una especie de retintín—tiene demasiado gusto para no preferir, á los cuadros de su novio, los de Millais; y ayer me han propuesto comprar uno, que es una cosa espléndida”.—Yo debía de estar grotesco, con la boca y los ojos abiertos así, de una cuarta; pero Rosario, en vez de reirse, seguía escondiendo la cara, contemplando los mamarrachos de la chimenea gótica. Entonces no pude reprimirme, y estallé.—“¿Qué gerigonza es esta? Con quién te casas, Rosario? Si sabré yo leer? *La Actualidad* anuncia tu boda con Felipe María Flaviani.”—“*La Actualidad* se equivoca,”—respondió ella, encarándose conmigo y echándome unos ojos..... ¡qué ojazos! dos volcanes!—“No entiendo; á ver, repite.....”—“Repito que me casaré con Jorge..... y que no veo motivo de asombro en ello, Gregorio, porque se me figura que le quiero lo bastante.....”—“¿Es de veras?”—pregunté á Viodal.—“Rosario lo ha resuelto”—contestó hipócritamente, ¡como si yo no supiese que él es quien la está asediando toda la vida!

—Eso es tan exacto, Gregorio—declaró con yerta indiferencia Felipe—que la gente ha llegado á suponer otras cosas peores..... No las has oído tú?

—Francamente.....—tartamudeó el bohemio—oírlas..... sí..... pero las he creído siempre maldades.....

—Y ahora, Yalomitsa..... ¿qué piensas? Dímelo en tu conciencia y en tu alma.



—Ahora..... ¡No, no es posible, Felipe! ¡Aquellos ojos, aquella cara..... ¡mentir hasta tal punto! Felipe, me sangra el alma de pensar que esa criatura tan hermosa.....

—¿Pues no decías hace tres minutos que era una mujer luciferina? ¡Veleta! Oye, Gregorio, en todo esto no hay más que una cosa mala é intolerable: que ese pintor, en tan buena inteligencia con su sobrina, se haya permitido anunciar en los periódicos que yo me casaba con ella.

—¿Pero es Viodal quien?....—exclamó atónito el bohemio.

—En persona. Lo sé de cierto, con datos irrecusables. Ya ves que eso no puede pasar. Muy dueña es Rosario de querer á quien le plazca, y su tío de casarse con ella..... pero no de ponerme á mí en berlina, ignoro con qué fines..... ni me importa! El hecho me basta, y el hecho me obliga á tomar mis medidas.....

—Es una burla indigna, una farsa indecente..... ¡Ese Viodal debe de estar loco!—gritó Yalomitsa enfurecido.

—Loco ó no..... En fin, ya despejaremos la incógnita. Hazme el favor, Gregorio, de pasar al fumadero y espérame allí. Que te den pipas, que te sirvan *cognac*..... Dentro de un cuarto de hora, almorzaremos.

—No hagas un disparate, Lipe. Ríete de los bribones..... y de las serpientes bonitas también.....

—No tengas miedo..... Anda, fuma y espérame.....

Solo ya, Felipe escribió tres cartas. La primera, dirigida á Jorge Viodal, era seca, sonora y brutal, como un bofetón. Ningún hombre que tuviese sangre en las venas la recibiría sin encenderse en furor y aceptar el reto. La acción de lanzar á la publicidad la noticia de una boda, estando concertada otra para la misma mujer, y siendo el propalador de la noticia de su enlace con otro hombre el mismo que tenía dispuesto casarse con ella, recibía los calificativos más insultantes y duros; y en el párrafo final, Felipe María anunciaba al pintor la visita de dos caballeros que irían, no á debatir la ofensa, sino á ponerse de acuerdo para la reparación. "Si no quiere usted que redoble mi desprecio hacia el proveedor de *canards* de la prensa parisiense, admitirá usted sin objeción mis condiciones para este lance." El tono de la carta era el mismo desde las primeras líneas: agresivo y feroz, á fin de que Viodal no pudiese desconocer el propósito de Felipe, ó aparentar que lo desconocía. "Que entienda bien



que la burla no quedará impune." Cerrada la misiva para Viodal, Felipe María escribió otras dos, una al marqués de Sillery, antiguo amigo suyo, muy melómano, otra á un joven oficial de húsares, Carlos Daubée, á quien había conocido en Arcachón, mozo valiente, ligero de cascos y puntilloso en casos de honra. Encargábales á los dos que solicitasen de Viodal una reparación, pero seria, hasta que uno de los adversarios quedase inutilizado de verdad. Al dejar la pluma, respiró mejor: y, aprisa, buscó en el cajón más secreto del pupitre una fotografía de Rosario, magnífica prueba en que la chilena lucía el disfraz romántico de española que llevaba en el baile de trajes: la chaquetilla torera, la faja, el calañés torcido, la redecilla que recoge el crespo cabello. Al mirar aquella imagen, sintió vértigo Felipe; las líneas tentadoras del hermoso cuerpo, la luminosa sonrisa, los ojos grandes como abismos de placer, le causaron un paroxismo de rabia y le hicieron rechinar los dientes como un precito que ve la gloria. Desgarró el retrato y lo pateó. Recobrando después su máscara de tranquilidad, pasó al fumadero, y diez minutos después almorzaban él y el bohemio mano á mano, mientras las cartas iban á su dirección, calladas y rectas, como van las balas en el combate.

## XI

Rosario estaba sola en el vasto *hall*. Por instinto había ido á acurrucarse junto al *fuego*. Sentía aquella mañana, en lugar de la amarga embriaguez de sacrificio de los días anteriores, un cansancio, como una náusea invencible de su abnegación. La causa era sencilla: no era preciso quebrarse mucho la cabeza para adivinarla. Hasta la víspera, ningún detalle había recordado á Rosario que el hombre á quien miraba como á su padre iba á adquirir sobre ella otra clase de derechos. Casarse con Jorge, le parecía buenamente continuar viviendo á su lado; porque el pintor, en virtud del mismo exceso de su pasión, por la delicadeza inseparable del verdadero cariño, por el sentimiento de dignidad que trae consigo la madurez en las almas escogidas, paternalmente seguía tratándola: ni aludía



á la empeñada palabra de matrimonio. En la conversación con Yalomitsa, fué la misma Rosario quien, por un alarde de estoicismo y para quemar sus naves y dar parte á Felipe de que estaba libre, había puesto en conocimiento del bohemio sus planes de boda.

Mas la víspera, recibió Viodal una carta que le agitó extrañamente. Rosario, que la vió llegar, sospechó que era de Felipe; conocía la forma y el color del papel, el sello, todo; por primera vez pensó que había hecho mal en irritar á su enamorado con el silencio y el abandono mudo, que parecía desden; comprendió que no basta cerrar los ojos y echarse al precipicio, sino que hay que mirar cómo se cae, para no arrastrar consigo á los demás. Caviló en que debía de ser terrible la cólera de Felipe, y que podía recaer en Viodal fulminante é implacable; adivinó, en suma, lo que no era difícil adivinar, conocidos los antecedentes.—El pintor guardó la carta, llamó al criado, y le dió algunas órdenes reservadas. Rosario no interrogó á su tío: estaba segura de no conseguir respuesta, ó por lo menos de que no le dirían la verdad. Decidió observar, y observó con ardorosa inquietud.

Notó que Viodal almorzaba poco y á medio diente; reparó también en que, después de haber almorzado, en vez de volverse al *hall* para trabajar en una figura que tenía bien planteada en el cuadro, se retiraba á sus habitaciones y salía de ellas vestido de calle, con sobretodo claro de cuello de castor, sombrero de copa, guantes y paraguas. A las tres de la tarde le veía regresar, acompañado de Loriesse y del conde de Nordis. Como Rosario pretendiese subir con ellos al estudio, se opuso el pintor, alegando que esperaban á una señora norteamericana, una aficionada traída por Loriesse, y que la presencia de una señorita, sobrina del artista, sería embarazosa para la probable compradora de los dos ó tres cuadros de caballete que todavía conservaba Viodal en su estudio.

—Un buen negocio, nena..... No me espantes á la cliente. Ya te avisaré cuando puedas volver.

El aviso no llegó en toda la tarde; pero Rosario, con la decisión de la mujer que, deseosa de saber lo que le llega al alma, no se para en medios, salió á la antesala é interrogó al machucho servidor que hacía funcionar el ascensor forrado de raso. Supo que habían subido dos caballeros, á quienes el señor Viodal había dado de antemano orden de recibir á cualquier hora, averiguando primero si venían



de parte del señor Flaviani. Y poco después de que subieron los dos caballeros, el señor Viodal había vuelto á bajar hasta el portal, y de allí á la calle.

—Me parece—añadió el parlanchín—que no ha debido de ir muy lejos: juraría que al volver la esquina entró en la *brasserie*.

—Y los otros cuatro señores, ¿se habrán quedado arriba juntos?

—Sí, señorita Rosario.....

La chilena no preguntó más, ni era preciso; comprendía perfectamente: se trataba de los preliminares de una cuestión personal. Sorda angustia se apoderó de su espíritu y redobló la atención y el cuidado en observar lo que sucedía.

Viodal, á la hora de comer, parecía menos preocupado que por la mañana; su sobrina le encontró tranquilo, aplomado, y concibió esperanzas de que se hubiese arreglado el asunto, de que mediasen explicaciones..... Mas al punto de retirarse, á eso de las diez y media, cuando Rosario, obedeciendo á una costumbre inveterada, establecida por Viodal mismo y agradecida por su sobrina—que entendía esta cuestión á la rígida y honesta manera española y no dejaba que la rozasen labios—tendía, en vez de la frente, la mano á su tío, el pintor, con repentino arranque, se acercó á la muchacha, cogió su cabeza, y á bulto, sobre los ojos, la besó con ardor, con una especie de frenesí. Rosario, trémula, hizo ademán de desviarse..... pero ya Viodal se había encerrado en su cuarto con llave y cerrojo.

—Es que se bate mañana, no hay duda;—pensó la chilena. Sin embargo, no bastó tal pensamiento para impedir que, al llegar á su tocador, se limpiase el rostro, los párpados, las mejillas, deseando borrar las huellas de la caricia.—¡Borrar! Si Viodal no sucumbía en el duelo, Rosario tendría que ser su esposa..... ¡Su esposa! ¿Por qué no contaba con esto? ¿Acaso era una niña inocente, criada entre monjas? ¿Se había figurado que Viodal no la quería de aquel modo, que la adoraba á estilo de santo ó de viejo caduco?

Rosario no se acostó aquella terrible noche. No hubiese dormido; valía más acurrucarse en el sillón. A cosa de la una, cruzó el pasillo andando en puntillas, y vió una línea de luz bajo la puerta de su tío. Pegó el oído á las tablas: Viodal trasteaba, abría y cerraba cajones; sin duda esos preparativos que se hacen en vísperas de un grave empeño, en que se juega la vida. Rosario se volvió á su



cuarto, temblando de frío y de terror. Rendida, se adormeció un poco. A la madrugada despertó despavorida; creyó oír que andaban muy despacio por el saloncito que dividía sus habitaciones de las de Viodal: el pavimento crujió un instante, después el ruido cesó, y á los tres segundos oyó que se cerraba la puerta de salida.....

Entonces Rosario estuvo á punto de gritar, de salir á la escalera..... ¿Por qué no lo había hecho antes? En aquel instante comprendía la causa: no lo había hecho por no provocar en Viodal otra explosión de temible cariño, por no verse en el caso de que, rebelándose su alma, saliese á la superficie lo que se había propuesto ocultar, dominar, hasta suprimir: el amor invencible, el amor loco por Felipe María, el impulso de todo su ser, que la llevaba hacia el abandonado y la apartaba del elegido..... ¡Qué horrible motivo el de su silencio! Y no era otro: no cabía que Rosario se engañase: ya leía, descifraba, entendía su propio corazón: quería á Felipe, lo quería por encima de todo, del honor, de la dignidad, de la generosidad, de la razón y de las consideraciones del porvenir; lo quería á toda costa, y la repulsión que sentía hacia cualquiera que no fuese él, era la señal más clara del cautiverio de su voluntad.....

¿Qué iba á suceder en el duelo? ¿Qué suerte correría Viodal, á quien Rosario deseaba todos los bienes, todas las dichas, excepto una? Envuelta en amplia bata de franela, abrigada con largo boa de zorro azul, y tiritando así y todo, Rosario subió al *hall*. La luz del día, entrando descolorida y mustia por los altos vidrios, parecía que en vez de calentar aumentaba las glaciales sensaciones del que no ha dormido á gusto ni se ha desayunado, y tiene llena de ansiedad el alma. Arrimada á la lumbre, que no conseguía entibiar el granizo de sus yertos piés y sus amoratadas manos; abismada, encogida, revolviendo en la cabeza, no planes—¿qué planes cabían allí?—sino ideas incoherentes, Rosario esperaba..... Bajo la campana esculpida, alzaba suaves llamaradas la seca leña; los pájaros, despertados por la luz, chillaban y gorjeaban gozosos; sobre el acuario transparente, la ninfa de mármol sonreía; las plantas trepaban en gracioso desorden, contentas de no haber sufrido relente ni escarcha..... y aquella reducción del mundo físico asistía á la explosión de un dolor humano, con la misma indiferencia con que asiste el planeta al espectáculo de los innumerables dolores de toda la humanidad.....



De pronto Rosario saltó del sitial donde yacía. En la escalerilla interior sonaban pasos. Se adelantó, muda, con las pupilas dilatadas..... Tenía á Viodal delante; á Viodal desencajado, pálido, tembloroso de piernas, próximo á desplomarse al suelo.

—¡Tú!—exclamó Rosario al fin recobrando el habla.—¡Tú!

—Yo..... Rosario, escucha.....

No escuchaba. Estaba como lela. ¿Cómo no se le había ocurrido hasta aquel mismo instante que podía volver Viodal sano y salvo y quedar Felipe allá, tendido sobre la ensangrentada hierba? ¿Era concebible que no hubiese pensado en tal contingencia; que sólo imaginase desdichas y peligros para Viodal?

—¡Tú!—repetía, sin acertar á desenvolverse de aquella única palabra.

—Rosario..... nena..... perdón.....—rogó Viodal, cruzando las manos.—Me vas á aborrecer..... No supe lo que hice..... ¡Ese hombre me había insultado tanto! Estuve fuera de mí..... Así y todo, te aseguro que no quería hacerle daño grave..... Defender mi vida, y un rasguño para lección..... Pero ayer, ese Nordis me enseñó una estocada maestra..... y en el calor del lance, al ver que él buscaba mi pecho, busqué yo el suyo..... Rosario, ¡perdón! No me mires así..... Ha sido una desgracia, una fatalidad.....

—¿Le has matado?—preguntó concisamente la chilena.

—¡Tal vez.....! Quedó muy mal herido..... No sé si llegará á su casa con vida. ¡Rosario! ¡Rosario! Me provocó, te lo juro..... ¿Quieres leer la carta indigna que recibí ayer? Y sé por el conde de Nordis que á tí te difamaba..... Eso fué lo que más me sacó de quicio..... ¡Rosario, mi niña! No me huyas.,... ¡Ay, Dios mío! ¿A dónde vas?

Sin contestar, Rosario corrió hacia la escalera de caracol y se precipitó por ella. Viodal la siguió aterrado; á la triste luz de la reciente tragedia, veía bien toda la verdad; la ciega pasión de su sobrina, la imposibilidad de ser ya para ella más que un enemigo, un ser odioso, aborrecible..... el matador de Flaviani..... Vió á Rosario entrar disparada en sus habitaciones, y no se atrevió—como jamás se atrevía, pues el exceso de la pasión le hacía exajerar estas pudibundeces en el trato familiar—á pisar aquel recinto sagrado. Quedóse en el umbral, anheloso, clamando aún, de tiempo en tiempo:

—¡Rosario! ¡Rosario! Por Dios..... Mira, no ha muerto, querida..... Enviaremos á saber qué dicen los médicos.....



Rosario apareció, trágica, con paso automático..... Venía vestida de calle, si se puede llamar vestirse á haberse colgado una falda y metido los brazos de la chaqueta de nutria, cuyos últimos botones abrochaba por instinto, maquinalmente. Su rostro, mortalmente pálido, asomaba entre el marco de un rebocillo de encaje negro, tocado que solía preferir por coquetería la chilena, y que en aquel instante el aturdimiento y la prisa habían arrojado sin aliño sobre su cabeza despeinada y ardorosa. No llevaba guantes, pero sí un saquillo de cuero de Rusia en las manos, y su calzado, á pesar del piso cubierto de nieve en que iban á apoyarse sus pies, era el mismo zapatito de charol que traía por casa, sobre las mismas medias de seda negra con bordados azules.....

—¿Estás loca? ¿Qué es eso? ¿A dónde vas?—preguntó Viodal, queriendo alardear de autoridad paterna.

Rosario le miró sin cólera, con muda elocuencia en los grandes ojos; y desviándole con un movimiento de la mano, dijo tranquilamente:

—¡A su casa!....

EMILIA PARDO BAZÁN.

**FIN DE LA PRIMERA PARTE**



# AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

## NATURAL DE BORJA.

---

Miel sobre hojuelas.—Inconsecuencias.—Suprimen á Dios.—Cuerpos francos.—Desastres y humillaciones.—El principio del fin.—Un puerto de mar para Aragón.—Muchas caballerías.—Las tres listas.—Tragicomedia en Capellanes.—Vuelvo á servir.

A la tiranía brutal de los revolucionarios, á su impiedad, á su intolerancia salvaje, á sus ataques al catolicismo, se debió aumentarse los carlistas en 1873. Estos, que en su inmensa mayoría ignoraban la existencia del pretendiente á la corona de España, corrieron á las armas en defensa de la religión hollada por los falsos demócratas. Proclamaban los liberales la libertad de asociación y expulsaban á las comunidades religiosas.

En las elecciones para el Congreso, Diputaciones provinciales y Municipios, intervenían la partida de la porra, Tertulia progresista y los voluntarios de la República. Los unionistas se quejaban de los obstáculos que les ponían; ellos, que formularon, contribuyeron y aseguraron el triunfo de la gloriosa. Castigo merecido. Repetían que los derechos individuales ó inaguantables, pesaban como una losa de plomo, que los españoles huían á Marruecos, y que África comenzaba en el Pirineo y concluía en el Estrecho de Gibraltar.

D. Juan Topete, el 17 de Septiembre de 1868, decía en su



proclama: «Si modestos marinos nos lanzamos hoy colocándonos en puesto que á otro más autorizado correspondía, lo hacemos obedeciendo á apremiantes motivos.»

Prim, el 19, desde la *Zaragoza* añadió: «Los generales Serrano y Dulce, debían hallarse, como yo, entre los ilustres marinos que, impulsados por el bien de la patria, han iniciado el movimiento al frente de la *Escuadra nacional*.»

El mismo día, en Cádiz, los sublevados proclamaron á coro: «Nuestra heroica Marina al lanzar la primera el grito de protesta.....»

En 1868, la fragata *Zaragoza* se hallaba fondeada frente á Lequeitio. Isabel II convidó á comer á sus oficiales, los encontró reservados, y dijo á un cortesano:— «Creo que la Armada arma algo contra mí.»—Le aconsejaron no visitase la referida nave; le sobraba valor, y lo verificó. Se agarró del brazo de Malcampo, comandante del buque, y no le soltó mientras permaneció á bordo. Dijeron que los marinos trataron de secuestrar á su reina, á una señora.

En la bahía de Cádiz, Topete, desde la fragata *Zaragoza*, mandada por Malcampo (más tarde á este hicieron marqués), contribuyó el primero á destronar á Isabel II. Topete nació en el Continente americano.

La sublevación de la Marina originó tres guerras. La de Cuba, la carlista y la cantonal. En Cartagena, los presidiarios reemplazaron en los barcos á los oficiales de la Armada.

Pí cuenta: «Llega Contreras á Cartagena, y á poco, ciudad, arsenal, castillos, fragatas, todo se entrega á los rebeldes. Se proclama el cantón murciano...» Echaron á las familias de los marinos, y recuerdo la pena que me causó entonces leer los sufrimientos de una pobre madre que trajo á Madrid á su hija agonizando.

Castelar decía el 30 de Julio: «Ellos (los cantonales) se hubieron levantado, porque, bullangueros por naturaleza, lo que buscan es pescar un grado en el agua turbia de los motines vergonzosos.» Como todos, desde Riego.



Según manifestó el general cantonalista Ferrer, en la Junta de Cartagena hubo quien propuso enarbolar en la plaza y en los fuertes el pabellón de los Estados Unidos. La bandera yankee. Las fragatas *Almansa* y *Vitoria* fueron apresadas por los alemanes.

El mamarracho cantonal, Roque Barcia, confesaba: «Las naciones nos miran como si fuéramos los apestados de la humanidad.» La España con honra.

La revolución seguía su marcha triunfal de inconsecuencias y engaños. «Una era de reparación y de justicia, en la que al espíritu de pandillaje sustituye la estimación del mérito, á la intriga los servicios, á los apellidos las escalas,» ofrecieron el 68 al ejército. Reemplazaron los oficiales pundonorosos con expulsados por delitos comunes, y destinaron á las Armas generales, hasta con el empleo de coronel, á paisanos que no tenían hoja de servicios. Si en la milicia, que siempre hay más respeto á la ley, se faltaba á ella tan descaradamente, en el orden civil se nombraban empleados á niños que iban á la escuela, supliendo sus ausencias viejos de menor categoría y sueldo.

En todas las carreras del Estado se debía entrar por oposición, ascender por antigüedad sin defectos y no separar á nadie sin motivo justificado.

Pí, el 3 de Julio del 73, envió á los gobernadores una circular para que ningún periódico ni publicación defendiera la causa de Don Carlos ni diese noticias falsas sobre la guerra, entregando á los contraventores á los tribunales de justicia. Castelar, el 7 de Septiembre, prohibió publicar excitaciones á la rebelión, defender la conducta de los sublevados, dar noticias de la insurrección y de los movimientos de las tropas del Gobierno.

Imitaban á Gonzalez Bravo y al mismísimo D. Tadeo Calomarde.

En once meses de 1873 hubo seis Ministerios. Al del 23 de Julio, compuesto de Pi, Chao, Tutau, Sorní y Castelar, llamaban Ministerio pajarero.



Porque un curandero gritaba *Guerra á Dios, á los reyes y á la tisis*, fué Ministro.

Prim prometió abolir las quintas, y Baldrich, en su nombre, licenciar el ejército. Sólo trató de cumplirlo la Junta de Argentona, pueblecillo de Cataluña, que casi no está en el mapa. Los referidos D. Joan y D. Graviel se ascendieron á capitán general y teniente general. Lo demás era música.

El general Nouvilas repetía el 72 en el Congreso que la ley de Quintas era execrable, inicua, inmoral, injusta; que debía anularse. Sin quintas no había ejército. El 73 mandaba el del Norte.

El general Córdova decía en las Cortes el 22 de Enero del 72: «Inconsecuencia en el señor presidente del Consejo (Ruiz Zorrilla) no existe. Como candidato pudo manifestar la opinión de que no hubiera quintas, y como Ministro resolver otra cosa.»—¡No me *jaga* usted reir, que tengo el labio *partío!* exclamó un gitano al saber que había reventado su suegra.

Los liberales vendieron los bienes de frailes, monjas, curas, hospitales y los de Propios. Los revolucionarios hipotecaron al judío Rostchild las minas de Almadén, la mejor finca de España. El Gobierno de la República tomaba dinero prestado al 273 por 100. Hubo alfonsinos usureros que se lo daban á tan módico precio. Perjudicaban á la federal y se enriquecían. Para desacreditar los títulos nobiliarios se autorizó por un decreto á que cada uno usara el que más le gustase.

Cuando la República estableció el servicio militar obligatorio, se presentó un señorito muy recomendado al jefe de Estado Mayor de un distrito; lo destinó de escribiente, diciéndole que le tendría toda clase de consideraciones, siendo imposible evitarle vestir de uniforme ni perdonarle las horas de oficina. El joven exclamó:—Yo creía no trabajar; haré uso del documento que poseo hasta que pasen estos tiempos. Presentó una orden del Gobierno de la República mandando que al soldado mencionado no se le exigiera servicio alguno.



Durante la guerra se ocultaba un soldado en un pueblo de Aragón. Prendieron al desertor, reclamó el cacique, no le hicieron caso, y corrió éste la voz de que los carlistas prisioneros en Zaragoza y los soldados conspiraban. Un oficial apaleó al diputado que dió parte. Un general sordo preguntó al cacique:—¿Qué es usted?—Político, contestó.—¿Qué? añadió el veterano aproximando la oreja.—Político.—¡Ah, sí! ¡canalla, canalla!

En la milicia son más déspotas los que la echan de más liberales. Para probarlo, copiaré el siguiente documento, que poseo original, modelo de literatura:

«Gobierno militar de la plaza y provincia de Madrid.

»El capitán D..... se presentará á las doce del día de mañana en mi despacho, que de no *verificarlo pasará Vd.* á prisiones militares.

»Madrid 31 Agosto de 1873.»

Los cantonales variaron la fórmula de los oficios para suprimir el *Dios guarde*.

«*Unión Revolucionaria de Cartagena*.—Por orden del ciudadano presidente os serviréis concurrir hoy al local que ocupa la Junta.—Salud y federación.»

Acuñaron monedas obsidionales con la leyenda: *Cartagena sitiada por los centralistas. Septiembre 1873.—Revolución cantonal.—Cinco pesetas*.

Durante la federal se desquició todo. Nadie se entendía. Los soldados no obedecían, los carlistas se multiplicaban, cundía el socialismo y la patria se desmoronaba. Se declaraban en cantón las ciudades, se ultrajaba en público la moral, se fusilaban las imágenes, en Barcelona se convirtió la iglesia de Santa Mónica en lupanar, se asesinaba impunemente y serrobaba, sobre todo los equipajes de los que viajaban por ferrocarril. A uno le abrieron la maleta; al cerrarla dejaron dentro un martillo. Mandé á Paris varias monedas de oro romanas; las sacaron de un baul. Las ví en poder de un coleccionista. Le probé eran mías, no accedió á devolverlas dándole las 1.500 pesetas que le habían costado en el Rastro, hasta que le



amenacé con romperle la cabeza. No quise acudir á la Justicia, que no existe en España, y menos en tiempos bullangueros. Conocí las monedas por una rarísima de Crispina, mujer del emperador Comodo.

Pí, á quien un periódico republicano le llamó el primer franco, cuando los francos deshonraban la nación, si le decían que una ciudad se había declarado en cantón, replicaba: «Allá se las avenga.» Es hombre de bien como particular y el único ex-ministro que no cobra cesantía.

D. Nicolás Estévanez, gobernador de Madrid, puso en la puerta de su despacho un cartel que decía: «El gobernador no tiene destinos, ni dinero, ni paciencia, ni nada.» Sus compañeros políticos le asediaban pidiéndole. Fué ministro de la Guerra; creimos reuniría 500 guardias civiles, fusilaría á los asesinos del valiente aragonés Martínez Llagostera, jefe del batallón cazadores de Madrid, restablecería la disciplina en el ejército y disolvería las Constituyentes. Nada. Un cualquiera.

Como los galos estaban á las puertas de Roma, ó sea los francos, compuestos de gente perdida, se hallaban inmediatos á Madrid, los vecinos honrados trataron de armarse por barrios y auxiliarse para rechazar la invasión de los bárbaros de fuera y la canalla de dentro. Precaución que evitó el saqueo de la capital. Un marqués reunió en su casa gran número de fusiles y escopetas. Le prometí disparar el primer tiro, que es lo expuesto, recordando el 5 de Marzo de 1838 en Zaragoza, y lo que hicieron los plateros de Barcelona el 56, no permitiendo que en su calle levantasen barricadas los insurrectos.

El poeta Nuñez de Arce, que expuso la vida por la patria en la guerra de Africa en 1860, comprendió el 73 que la nación caminaba al abismo, y escribió:

«..... mas, ¡qué digo!  
«No eres la libertad; disfraces fuera  
Licencia desgreñada, vil ramera  
del motín, te conozco y te maldigo.»



A la virgen democracia habían convertido los políticos en asquerosa prostituta. De ellos decía un baturro que, como los gigantes de Zaragoza, entienden por la panza. Los que conducen tales figurones, ven y oyen por un agujero abierto debajo de la cintura.

Otra de las calamidades de la revolución fueron los Cuerpos francos. Al dar un arma al hombre sin educación se centuplica su brutalidad. Sólo sirve para el bien convirtiéndolo en máquina por medio de la disciplina. En 1869, los republicanos se sublevaron contra las quintas. El capitán general de Cataluña, al cañonear á Gracia, donde los insurrectos habían levantado barricadas, preguntó á un carnicero, hecho coronel por Prim, jefe de dos batallones de francos, señalando la población:—¿Hay mucha gente? — No, señor; casi todos los pillos vienen conmigo; contestó el que mandaba la patulea.

—¡Para conflicto el mío!—exclamó un zaragozano, y añadió: —Mandaba yo una compañía de fusileros voluntarios de Aragón, en 1837, y recibí orden terminante de arcabucear al soldado que robase lo más mínimo. En Lecera se quejó una labradora de que la tropa le había quitado una gallina; todos mis subordinados se declararon culpables. Si cumplía lo dispuesto por el general de pasarlos por las armas era preciso que se mataran unos á otros. La terca baturra no quiso retirar la denuncia. Para salvar el honor militar, reflexioné, y..... fusilé á la mujer.—¿Y la gallina?, preguntaron horrorizados los oyentes.—Me la comí con arroz, contestó impasible el exoficial de la primera guerra civil.

La anterior barbaridad, caracteriza á la fuerza armada sin disciplina, aunque sea cuento aragonés.

La idea de crear Cuerpos francos con gente perdida sólo cabía en la mente de un visionario.

Se nombraron jefes y oficiales de batallones fantásticos, que cobraron sus sueldos y los haberes de plazas supuestas que aparecían en las listas de revista. En Cataluña el escándalo



llegó á lo inconcebible. Sustituir las tropas regulares por hordas hubiera dado el triunfo á Don Carlos.

El Gobierno federal buscó voluntarios que reemplazasen á los soldados procedentes de las quintas, los reunió en Vicálvaro, se mataron entre ellos y tuvieron que licenciarlos. A los jefes separados desde 1868 nos preguntaron si queríamos mandarlos; ninguno aceptó. Llegaron á Madrid los francos de Málaga, con mujeres, hijos y colchones. Un oficial llevaba sable, puñal, carabina, bayoneta y dos revólvers. En los barrios bajos, para contener sus desmanes, los apalearon. A pesar de que ofrecían comerse crudos á los carlistas, no consiguieron hacerlos pasar de Burgos. Los francos de Novuilas, los galaicos y otros sin nombre, no sirvieron para cosa mejor. Vi desfilar un batallón de francos por la Puerta del Sol, observé que el abanderado era negro, y volví la espalda indignado al considerar no podía descender á menos la gloriosa enseña de Bailén y Zaragoza.

Llegó á tal punto el descrédito de la patria, que en Francia se publicó un mapa dividiendo España entre varias naciones, adjudicando una parte á Portugal. Mejor fuera se la hubieran dado toda; así llegaríamos á la suspirada unión ibérica.

La pulverización de España se iba llevando á cabo por medio del cantonalismo. En Andalucía sobre todo. En Alcoy se asesinó á los guardias civiles, se quemó, robó, se atropelló á las mujeres y se cometieron actos de ferocidad salvaje. Hasta se espantaron los mismos federales del Congreso. En Granada se asesinó á los carabineros, siendo cómplice la autoridad. Barcelona no se declaró en cantón porque, reunidos miles de federales en la Plaza de Cataluña, al oír que desde un balcón los directores ofrecían el repartimiento de bienes, como muchos obreros los tenían, gracias al espíritu de trabajo y economía que existe en el Principado, gritaron: — ¡Lladres, pillus! ¡Abaixu! á los predicadores,—que escaparon más que deprisa.

Los aragoneses son demócratas prácticos, con gran sentido político; posponen todo á la integridad de la patria. En Zara-



goza mataron al que fué á convertirla en cantón; los paisanos apalearon á los soldados que faltaban á la disciplina. Cuando, en el ejército de Cataluña, algún Cuerpo daba muestras de insubordinación, lo enviaban á tierra aragonesa. Valencia se declaró en cantón. Cartagena se sublevó, y la escuadra, mandada por presidiarios, bombardeó á Alicante y Almería. Se perdieron la *Tetuán* y el *Fernando el Católico*, y los alemanes, ¡qué vergüenza!, ocuparon algunos buques. Los ingleses tomaron á los cantonales la fragata *Almansa*; para que la devolviesen, sufrimos la humillación de entregarles un barco de su nación, capturado al echar en tierra fusiles para los carlistas.

Pasamos por la ignominia de que los Estados Unidos nos exigieran la devolución del *Virginus*, los piratas que vivían, y pagar una indemnización por los 57 que justamente fueron fusilados. ¡Y habrá quien llame gloriosa á la revolución del 68, que tanto lodo echó sobre la bandera española!

Los carlistas, en el Norte, se iban convirtiendo en un respetable ejército, perfectamente organizado. Si hubieran tenido en 1873 otro Zumalacárregui, van á Madrid derechos, sin encontrar resistencia. Don Carlos VII valía tanto como el VI, y menos que el V, que no servía para rey.

La nación había llegado al último límite de miseria. No teníamos Ejército, ni Marina, ni Gobierno. Se aproximaba el *Finis Hispaniæ*. Hasta á los portugueses les pasó por la imaginación conquistar á Galicia. El vilipendio nos aplastaba.

A pesar de tanto desastre, la revolución española no llegó en ferocidad á la francesa del 93. Nuestros vecinos traspirenaicos, creen que están más civilizados. En las infinitas guerras y pronunciamientos que ha habido en la Península, no se han fusilado tantos como en Francia después de la Commune.

Don Juan Mañé y Flaquer, en su interesante libro *La revolución de 1868, juzgada por sus autores*, dice: «Por de pronto, recordamos que el ejército preparado para la insurrección por las predicaciones republicanas, por los clubs y por la ma-



sonería, que había establecido sus reales en el Ministerio de la Guerra en tiempo del general Córdova.....»

El 23 de Febrero, la Diputación de Barcelona expulsó del ejército á muchos jefes y oficiales. Se propagó la indisciplina en todas las tropas del Principado.

En Igualada, la columna *modelo* del capitán general Velarde, el que se sublevó en Santoña el 68, se insurreccionó contra los que la mandaban. La soldadesca buscaba á los oficiales para asesinarlos, les hizo fuego, robaba, incendiaba, saqueaba y violaba doncellas. A un coronel muy patriotero le patearon las tripas los soldados de su regimiento. Porque prendieron algunos los oficiales, un general los llamó cobardes y soltó á los presos. Un músico (siempre han sido los peores) quiso atropellar á un general: lo arrestaron, una compañía lo puso en libertad, lo llevaron preso á Gerona y los republicanos promovieron una manifestación en su favor. Los federales de Barcelona se opusieron á que se castigase á los soldados asesinos y el general Patiño apoyó esta petición.

Para arreglar el ejército, el 11 de Junio nombraron ministro de la Guerra á Estévanez: según el general Socías dijo el 18 en las Cortes, era capitán desertor, de desventajosos antecedentes personales. Hizo coroneles á varios capitanes y pasaron de 200 los ascensos que dió á sus compinches. Los austeros republicanos se despacharon á su gusto.

Don Antonio Orense, republicano de buena fe, manifestó en el Congreso el 30 de Junio: «que en Cataluña los oficiales tenían que luchar con sus propios soldados; que la República no era la justicia ni nada; que existía el favoritismo en mayor escala que en tiempo de los reyes; que en Barcelona se había paseado, sin castigo, un pendón, en el que se leía *que un solo cabello del soldado valía por diez cabezas de oficiales*. El soldado podía matar á su jefe, y no se le trataba como asesino.»

La oficialidad del ejército de Cataluña trató de pedir la licencia absoluta ó el retiro.

Nadie rebajó más el uniforme del ejército que un briga-



dier. Conspiró de coronel con los sargentos del Fijo de Ceuta el 68; de gobernador de Málaga durante la Cantonal: para probar su demagogia, limpiaba con el fagín de general las mesas de los cafés, diciendo que tales chirimbolos no servían para otra cosa. Era sobrino de un capitán general de Galicia en tiempo de Fernando VII, al que los liberales le mandaron un pliego, estalló al abrirlo y le llevó la mano derecha. El tío, manco, valió más que el sobrino loco.

*La Independencia*, periódico republicano de Barcelona, decía el 30 de Agosto de 1873: «Gran desdicha para nosotros que sólo hayan ingresado en nuestras filas generales estúpidos, traidores é incapaces.» Chupaos esa, militares patrioterros.

Corría desbocada la revolución en el verano de 1873, cuando al ministro de la Guerra, hombre grande por su tamaño, se le ocurrió la luminosa idea de reunir en Madrid á todos los jefes y oficiales que nos hallábamos de reemplazo, la mayor parte separados de las filas por su gusto y todos enemigos ostensibles y declarados de la República federal. Calculé que la medida era el principio del fin. S. E., de comandante, se sublevó en Avila el 66, se metió con su batallón en Portugal, y le hicieron teniente general por una escaramuza con el sanguinario cura de Santa Cruz. Pi y Margall le nombró ministro de la Guerra creyendo se prestaría á disolver el ejército, único obstáculo que le impedía destruir la unidad española. El general se encerró en el palacio de Buena Vista, aturdido de tan elevada posición, enmudeció, no consiguieron se presentase en el Congreso, le supusieron proyectos que era incapaz de concebir y le temieron los federales. Se convirtió en esperanza de los hombres de orden; algunos le vitorearon en la calle de Alcalá.

Dicen que en su testamento ministerial, que redactaron en un café, dejó grandemente satisfechos á sus paniaguados. Lo mismo hicieron muchos de sus antecesores, desde la muerte de Fernando VII.

La sabia determinación de juntar en Madrid á todos los



jefes y oficiales de reemplazo que el Gobierno federal creyó le sería muy útil, fué, indudablemente, la principal causa de su caída. Desde entonces comenzó la revolución á resbalar vertiginosamente por las pendientes reaccionarias, hasta dar con la monarquía de Alfonso XII. Si se hubiera prolongado algunos años más la fiebre liberalesca, la nación se habría echado en los brazos de un dictador. El pueblo, por instinto, se habría salvado. España no perdió su nacionalidad, gracias á su topografía y situación geográfica.

Se trató, aunque no recibieron las armas, de formar batallones de jefes y oficiales. Era impolítico, absurdo y sin provecho; algunos suponían daría el proyecto grandes resultados. No podían hacer nada útil tales Cuerpos. Sólo hubieran servido de estorbo y para inutilizar igual número de los indisciplinados que quedaban en el ejército. Los 600 oficiales de cada batallón necesitaban otros tantos soldados para asistentes. Creerían indecoroso ir á comprar el aceite y el vino, guisándose la comida en sus respectivos alojamientos. Pertenecían á la clase de generales los tres jefes de cada batallón, á la de jefes el ayudante y los oficiales de las compañías, y todos caminarían en jaco. Tenían derecho á bagaje los capitanes de más de cincuenta años y los subalternos que hubieran recibido heridas; se necesitaba una acémila para cada diez maletas; serían indispensables lo menos 150 cuadrúpedos más por batallón, recua inmensa que imposibilitaría todo movimiento. Tal idea era digna de la época y de la cabeza que la había concebido. Me propusieron ser teniente; no acepté por no ir, si emprendíamos una marcha, acompañado de tanta caballería.

Como el 73 no nos permitían salir de Madrid, busqué á un diputado republicano para que me concediesen la licencia; dándose importancia, me dijo que la pidiese por enfermo. No quise mentir y le repliqué que para ese viaje no necesitaba alforjas. De él y de otros padrastrós de la patria, diputados aragoneses, tuve que huir al oírles discutir en serio la manera más conveniente de establecer la federal en España. Se lamenta-



ban formalmente de que el Estado aragonés carecía de puertos de mar. Pensaban al referido Estado agregarle San Carlos de la Rápita, suprimiendo, por supuesto, el San y el Carlos, para no recordar que en España hubo religión y que Carlos III trató de convertir dicho punto en establecimiento marítimo. ¿Y el puerto de Canfranc?, les pregunté. Por entonces trataron los republicanos de quitar la inscripción que hay en la Puerta de Alcalá, porque en ella se halla el nombre del referido monarca. Mi paisano, el ministro Gil Berges, prohibió se ejecutasen tales salvajadas.

Entre otras majaderías, pensaban, expresándose en la jerga de moda, crear el Municipio libre en la Provincia libre, la Provincia libre en el Estado libre y el Estado libre en la Nación libre. Los barrios, como se leía en la bandera de uno de Calatayud, en la primera manifestación republicana de Zaragoza, se harían independientes. Adelantando retrocedíamos á los tiempos en que España, dividida en pedazos, la mandaban varios reyezuelos moros. Estos, al menos, tenían fe en Mahoma.

Previnieron á la oficialidad de reemplazo que se hallaba en Madrid, se presentasen en el palacio de Buena Vista los capitanes y subalternos al Mayor de plaza, y los jefes al capitán general. Este, capitán el 68, fué recibiendo uno á uno, sentado junto á un velador, de paisano, cruzadas las piernas, con lazos en los zapatos. Les preguntaba si tenían defecto físico, y si defenderían la República hasta en clase de soldado. Según la respuesta, decía á un oficial de E. M. en cuál de las listas de inútiles, afectos ó desafectos debía ponerle. Replicó agriamente á un coronel que me precedía, de abultado abdomen, chupóptero antes y después de la feliz época que atravesábamos. Presenció la escena desde la puerta, pensando: «Cuando las barbas de tu vecino veas pelar.....» Me paré delante de S. E., no se dignó mirarme, y salí por la otra puerta sin decir oste ni moste. Ignoro si me calificaron. Difícil era, con exactitud. Medio inútil, aborrecía á pasados, presentes y



futuros. Al preguntarle el Mayor de plaza á un capitán si serviría á la República, contestó: «No, señor.» «Pues ponerlo, dijo aquel jefe al escribiente, en la tercera lista.»—«No hay cuarta?» añadió el oficial entre la algazara de los demás. Tales hechos cargaban la atmósfera. La tempestad estallaría pronto.

Los más impacientes y enérgicos, ofendidos en su amor propio, perdieron la esperanza de ver restablecido el orden en el ejército; se marcharon por vengarse, la mayor parte, contra sus ideas, á los carlistas, únicos que estaban en armas. Más de 200 oficiales salieron de Madrid en pocos días; con ellos D. Carlos organizó sus huestes, convirtiendo los famosos cuatro sacristanes en numerosos y aguerridos batallones.

Cuando en Madrid se supo que en Cataluña los soldados de la columna del general Velarde habían echado á sus jefes y oficiales, nombraron un doble cuadro de otros para el batallón cazadores de Béjar; al presentarse al capitán general, éste y el ministro de la Guerra, les llamaron cobardes, porque pidieron que se restableciese la ordenanza en todo su vigor. Trataron de enviar presos á Cádiz á los dos oficiales que más se habían hecho notar por su exaltación; corrió la noticia entre los numerosos grupos que se hallaban siempre en los cafés de Fornos, Suizo y sus aceras.

Bajaron muchos militares á la estación, con revólver; un batallón de voluntarios de la república colocado junto al hospital general, se retiró temiéndoles, y el Gobierno no se atrevió á llevar adelante su propósito.

Los jefes y oficiales de reemplazo (algunos habían ayudado á Prim en la revolución y á Serrano en Alcolea) determinaron reunirse en el Salón de Capellanes, y nombrar una comisión para exigir al Gobierno la separación del capitán general. Aunque me repugna cuanto tiene relación con complots, manifestaciones y demás actos antimilitares, como el Gobierno concedió el permiso, en cuanto me dijeron que los voluntarios, por mi aversión á los paisanos que juegan á sol-



dados, ó la partida de la porra nos atacaría, concurrí al indicado teatrillo. No sé quién promovió la reunión, ni quién nombró la junta, que apareció cómicamente sentada en el proscenio de Capellanes. Su presidente, un coronel, antiguo compañero mío, de más corazón que cabeza, se levantó, y dirigiéndose á los convocados, les dijo que la manifestación no tenía razón de ser ni objeto, que debía disolverse en seguida. El Gobierno, convencido de las justas quejas de la oficialidad del ejército, había separado del mando al capitán general. Los oficiales no se contentaron, como sucede siempre en tales casos, con haber conseguido lo que principalmente deseaban. Protestaron á gritos armando bulla horrible contra la disolución que la presidencia les encargaba. Poco acostumbrados á las fórmulas parlamentarias, todos pedían la palabra á un tiempo, y nadie se entendía. El comandante Peirona (le mataron los carlistas el 76 en Abadiano), porque no le dejaban hablar, subió á un banco, y exclamó furioso en tono de desafío, con acento aragonés: «Yo no tengo miedo de nada; se lo pruebo al que quiera saberlo.»

Con americana negra, de alpaca, pantalón gris, sombrero hongo y grueso bastón, me coloqué en el pequeño teatro de Capellanes, sentado en el tablado, fuera del telón de boca, con las piernas colgando, sitio á propósito para contemplar la tragicomedia que se representaba. Enemigo de todo lo que es inarmónico, permanecí callado, como hago siempre cuando los demás gritan ó chillan: hubiera sentido toda la vida no presenciar escenas tan dramáticas, ridículas y originales.

Viendo el presidente que no conseguía hacer uso de la palabra, restablecer el orden, ni disolver la reunión que el general D. Manuel de la Concha, con la monomanía de meterse en todo, le había exigido palabra de honor de verificar, se cubrió, bajó corrido y corriendo del proscenio, siguiéndole los demás individuos de la junta, que se confundieron entre la multitud. Los reemplazaron los más osados. Uno de magníficos pulmones, dominando su voz la de los otros, preguntó:



—¿Hay algún señor general que nos presida?—No; si fuera para pronunciarse, haciéndonos faltar á nuestro deber, ya lo habría; si tratáramos de conspirar, sobrarían, contestaron á coro los más exaltados reaccionarios, guardando silencio los procedentes de la revolución.

Después de un barullo infernal, espantoso, pudo, por fin, nombrarse la nueva junta. En seguida se presentaron oficiales comisionados por los regimientos de infantería, caballería y del tercio de la guardia civil que existían en la excorte, menos de ingenieros y la nueva artillería, adhiriéndose todos á lo que resolviese la oficialidad de reemplazo, que consideraban representante del ejército español. Un capitán de cazadores leyó con gran entonación un acta firmada por todos los jefes y oficiales de su batallón, poniéndolo á disposición de lo que se decidiese, añadiendo:—Acabo de obrar como delegado del Cuerpo en que sirvo; se hará lo que ustedes determinen. Ibamos al orden por el desorden, como el enfermo que toma veneno para recobrar la salud. A tal punto nos habían conducido los que, engañando en 1868, prometieron á los badulaques convertir á España en nueva Jauja, siendo su objeto la venganza personal, el satisfacer el amor propio contrariado y el deseo del mando perpetuo. Cuando más descuidado estaba yo, cambió la escena. De pronto fueron saliendo de entre bastidores varios oficiales de uniforme. Un capitán, que después, el 3 de Enero del 74 se hizo famoso porque entró á la cabeza de su compañía en el Congreso, elegido por Pavía como el más á propósito para echar del salón de sesiones á los diputados, gritándoles: «Es preciso disolverse», nos dijo, adelantándose á sus compañeros:—Señores; somos los oficiales destinados á mandar el batallón cazadores de Béjar, á los que el capitán general, valiéndose de la posición que ocupa, nos ha insultado. Hemos sorteado para matarlo; me ha tocado el número 7.—Al oír atrocidad tan enorme, la mayoría inmensa, como movida por un resorte, se levantó de sus asientos aplaudiendo frenéticamente, y pidiendo se presentara el favorecido



por la suerte con el número 1. Era un capitán de figura distinguida; emocionado, se desmayó y lo retiraron de las tablas.

En el período álgido de las revoluciones, la perversión moral llega al extremo. El que menos, tiene trastornada la cabeza.

Escenas más ó menos interesantes se sucedían rápidamente, cuando D. Antonio Orense, un caballero que yo conocía, hijo del célebre y excéntrico marqués de Albaida, me preguntó quien era el que presidía, para suplicarle le concediese dirigir la palabra á la oficialidad. Venía del Congreso; los diputados recelaban los lanzásemos á la calle. Le aconsejé que si le permitían arengarnos, y conseguía lo escucharan, no pronunciase nada que se relacionase con la libertad, y menos con la República, cuyos solos nombres serían causa de un alboroto en aquel momento. Orense habló de las glorias militares españolas, de los sufrimientos que se experimentan en la guerra, de las recompensas merecidas, de enorgullecerse en vestir el uniforme del ejército; que las Cortes atenderían, como era justo y conveniente, las reclamaciones de la oficialidad, que el Gobierno había exonerado al capitán general.

En cuanto se enteró el anciano general Bassols que estaban reunidos los jefes y oficiales, y la idea que en ellos dominaba, á pesar de sus muchos años y hallarse enfermo, se presentó en Capellanes, unió su suerte á la del ejército en la borrasca que corría, siendo saludado con aplausos y vivas atronadores.

Por aclamación se eligió al general Bassols presidente de la comisión que se envió al Gobierno y al Congreso para que se restableciese la ordenanza, si querían contar con el ejército; éste no puede existir sin jefes y oficiales de carrera, los cuales, hasta los que se hallaban en las filas, estaban decididos á abandonarlas. Los revolucionarios comprendían que sin ejército los aplastarían los carlistas, y con uno disciplinado, representante de la unidad de la patria, el federalismo se suicidaba. Por eso trataron de sustituirlo con los famosos Cuerpos francos, nuevos bárbaros, que hallándose á las puertas de la capital de España, se encontró ésta en inminente riesgo de



ser saqueada. En los pocos días que permanecieron reunidos dichos salvajes á medio civilizar, esperando una imposible organización, se mataron entre ellos mayor número que en todo el reinado de Isabel II se han fusilado en las diferentes armas é institutos por faltas de disciplina. Las víctimas causadas por la política, superan en mucho, desde 1820, á las de la odiada Inquisición durante los tres siglos que ejerció su poder en España.

Los militares que no se pronuncian, que son los más, los fieles á la dinastía destronada, los opuestos á innovaciones inútiles, los despechados, los que separaran por sospechosos, los que con ideas liberales se arrepintieron al comprender habían servido de escalón, los que se consideraban deshonorados alternando con los vueltos al servicio del cual fueron arrojados por crímenes, todos eran enemigos de la federal. Comprendían que esta desaparecería como el humo en el momento que la ley se cumpliese; no estarían expuestos al furor de la soldadesca sin defensa, la dominarían aplicando la ordenanza, y los ciudadanos egoistas que cegaba el temor de perder sus bienes no los tendrían por cobardes al abandonar los regimientos cuando nadie los amparaba exponiéndose á perecer inútilmente sin la esperanza de que su sangre sería después vengada, y en lugar de castigar á los asesinos, los premiarían como á los sargentos de Artillería de 1866.

Salió el general Bassols del salón de Capellanes y se dispersaron pacíficamente los oficiales. El referido acto tuvo grandes consecuencias, aunque no le hayan dado la importancia que merece. Aquel día, de un solo golpe quedaron heridas de muerte la revolución y la causa carlista.

Cediendo el Gobierno se desacreditaba para sus partidarios, y de lo contrario desaparecía el ejército; los oficiales estaban decididos á mandar comisionados á los regimientos para disolverlos licenciando á los soldados, afiliándose unos á la bandera carlista, y otros, como yo, se habrían cruzado de brazos viendo pasar impasibles á las tropas de D. Carlos, con las



cuales sólo pueden batirse otras que, á la fe de aquellas, opongan el arte y la disciplina.

Cayó el filósofo Salmerón, que, consecuente con sus principios, se oponía á la pena de muerte aunque pereciesen mil víctimas inocentes: subió el poeta, el elocuente, el sabio Castelar, que con sus utopias irrealizables y fantásticas ha hecho, sin desearlo, inmenso é incurable daño á su idolatrada España, predicando á las masas, siempre necias y amigas de novedades, la destructora y estúpida república federal, que, en lugar de reunir, como expresa el nombre, pueblos y Estados, los dispersaba matando la obra de los siglos, y oponiéndose, con el pretexto de progresar, á la marcha de la humanidad, que camina á las grandes nacionalidades.

Don Emilio Castelar en el poder, vió de cerca la situación de la cosa pública, se hizo unitario, y, como hombre de talento, cambió de rumbo. Llamó al disuelto Cuerpo facultativo de Artillería, y puso en vigor la ordenanza.

Después que los federales se desgañitaron en las Cortes del 69, 70 y 71 contra las quintas de 25.000, 40.000 y 35.000 hombres, el 73 establecieron con el mayor rigor el servicio militar obligatorio. Por eso cantaban en mi lugar:

«República federal  
es república embustera:  
ofreció no habría quintas  
y ha establecido la leva.»

Quedaron sin curso las infinitas instancias de licencia absoluta y retiro que los oficiales habían presentado á consecuencia de los sucesos anteriores; comenzaron á mandarlos, por rigurosa antigüedad, al servicio activo. A largos pasos se iba la República, pudiendo aplicar á los que creían no necesitar del ejército, los versos de Calderón:

«Ni contigo ni sin ti  
tienen mis penas remedio;  
contigo por que me matas,  
y sin ti porque me muero.»



Para restablecer la disciplina destinaron á los regimientos á los jefes y oficiales que aborrecían la revolución. En Octubre del 73 me colocaron en el Depósito de instrucción de Castilla la Nueva, donde no se aprendía, enseñaba ni depositaba nada. Los mozos que el Gobierno republicano sacaba á la fuerza de sus casas para hacerlos soldados después de ofrecer la abolición de las quintas, llegaban á Madrid por remesas, en desorden, como rebaños de corderos que llevan al matadero. Establecido el servicio militar obligatorio del modo más tiránico y abusivo, si antes derramaban lágrimas de cada cinco madres una, los republicanos las hacían llorar á todas, mas conforme con la igualdad que predicaban sin creer en ella.

Los ferrocarriles vomitaban á miles los jóvenes sanos ó enfermos en los docks de Madrid, convertidos en cuarteles. A montones llegaban los reemplazos y en manadas los destinaban á las diferentes Armas del ejército. Poco menos que en desorden los enviaban á los Cuerpos que se hallaban en operaciones, ó creaban batallones de reserva en barullo hasta el extremo de que, según decían, al comandante de la Caja de quintos de Madrid se le habían perdido más de 7.000 hombres, en poco tiempo. Difícil habrá sido devanar tan enredada madeja.

Recibimos una mañana multitud de reemplazos andaluces, ya no se llamaban quintos, como si el nombre hiciera á la cosa, y un oficial de Artillería se dirigió á un grupo para elegir.

—No tome usted de esos que son malagueños; no sirven para nada, le dijo un jefe de Infantería, que por aparecer antiliberal ostentaba la cruz de Santiago.

—Mi comandante, á mí nadie me pasa delante y soy de Málaga—replicó furioso el teniente.

—Pues yo también, y los conozco mejor que usted—añadió el jefe con la mayor calma.

Siempre han tenido mala fama de soldados los malagueños. Antiguamente, que los batallones provinciales daban una compañía para los regimientos de la Guardia real provincial,



se mandó que la correspondiente á Málaga se distribuyera entre las demás del Cuerpo.

Era jefe del depósito el coronel Fernández Torrero, buen hombre, acribillado á balazos, sucio de cuerpo y traje, muy enamorado, le llamábamos Don Juan Tenorio, mentecato que hacía gala de descreído sin serlo. Para probar su exagerado liberalismo aseguraba que descendía de Muñoz Torrero.—Advierto á usted que infiere una ofensa á un señor canónigo, le manifesté.—Soy sobrino, dijo.—No se descende de tíos, añadí.—Lo sé, replicó.

UN SOLDADO VIEJO.



# UN LIBRO SOBRE EL PROBLEMA SOCIAL

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO MARCELONÉS

En el año de 1890 vió la luz uno titulado: *La Cuestión económica*, en el que su autor, el Sr. Sanz Escartín exponía con gran lucidez y copiosa erudición, las nuevas doctrinas económicas que pugnan por hallar una solución de armonía entre las extremas antes reinantes, á la par que con distinto criterio ventilaba puntos más prácticos, como la crisis agrícola y la reforma arancelaria. A los tres años publicaba otro, cuyo título, *El Estado y la reforma social*, revela bien claramente su objeto, y en el cual se expone el que debe ser contenido de las llamadas *Leyes obreras, sociales ó del trabajo*. Y ahora ha dado á la estampa éste, de que vamos á ocuparnos, *El individuo y la reforma social*, con el que, al decir de un crítico, el autor «acaba de dar digno remate á su empresa», afirmación con la que no podemos estar en modo alguno conformes.

Y la razón es obvia. En el primer libro se plantea la cuestión, que consiste, en suma, en saber en qué medida toca la solución del problema social al individuo, á la sociedad y al Estado, y es de notar que apenas si hay hoy quien deje de reconocer la necesidad de que coadyuven á tal fin esos tres factores, dado que el mismo anarquismo, que parece negar la



existencia del Estado, lo reconstituye en las asociaciones originarias de obreros y la federación de las mismas; nadie sostiene ya el comunismo radical, y casi todos, quien más, quien menos, distinguen entre individuo y sociedad, entre sociedad y Estado. Ahora bien: salta á la vista que el Sr. Sanz Escartín, para completar su interesante y meritoria labor, necesita escribir otro libro, cuyo título habrá de ser, como seguramente habrá ocurrido al lector, éste: *La sociedad y la reforma social*, y es que si, como dice el autor en su última obra, «la cultura puramente individual no posee la eficacia de conmo- ver y dirigir, inherente á los grandes ideales colectivos; el sentimiento religioso se engrandece, la impresión moral y estética penetran más hondamente en nuestras almas cuando nos sentimos en comunión y simpatía con nuestros semejantes;» lo propio que en esa esfera ocurre en todas las demás, y por eso la sociedad puede y debe cooperar á la solución del problema social de un modo y en una forma en que no es dado hacerlo al individuo. Después de todo, esto mismo debe pensar el Sr. Sanz Escartín, puesto que el objeto de este su último libro «es, antetodo, *preparar* en las ideas y en los sentimientos la *acción social*.»

Que en algunos respectos trascendentales se nota cierta evolución en las ideas del autor, lo muestra el contenido de la *Introducción*. «En lo que afecta, dice, á la parte moral de la crisis moderna, en lo que se refiere á los fines que individualmente debemos proponernos, á los medios por los cuales podemos alcanzarlos, á la influencia de esta acción individual para la resolución de los grandes problemas sociales—objeto propiamente de este libro—mi criterio se aparta un tanto de las huellas trazadas en algunos pasajes de mi libro anterior. Aprecio en términos semejantes á los que fijaron entonces mi pensamiento, la misión del sentimiento religioso en su forma definitiva: el sentimiento cristiano; estimo en el propio altísimo valor que le reconocía en aquella ocasión, el organismo que exterioriza y concreta con superior autoridad todo un



ideal admirable, y en su conjunto insuperado de gobierno moral de nuestra vida; pero afirmo además el valor ético que, aparte de toda relación trascendente, encierra en sí la sociedad humana, valor propio que expresó admirablemente la filosofía de Santo Tomás, al enseñar que la moralidad no depende ni procede de la libre voluntad de Dios.» Y para que se entienda el alcance de esta declaración, preciso es tener en cuenta que más adelante dice: «Ideas y sentimientos que llenaban no há mucho con su prestigio y con su eficacia el corazón y la mente, desaparecen por todas partes en la sociedad de nuestros días. El móvil humano tiende á imperar en la conducta humana. Amamos la justicia, amamos la piedad, amamos el bien, en una palabra, por su propio valor en la humanidad y en la conciencia. En ellas aspiramos á encontrar sus verdaderos y sólidos fundamentos.» Y después escribe estas palabras: «Si fuera cierto que el obrar en armonía con los intereses verdaderos de la sociedad y del hombre, ó sea la moralidad, dependía de tales ó cuales afirmaciones acerca del orden sobrenatural, de ésta ó de la otra interpretación de lo incognoscible, y sólo en aquel orden y en esta esfera de lo arcano habían de hallarse el móvil y el impulso de nuestra recta conducta, si esto fuera cierto, todo pesimismo estaría justificado.» Y luego estas otras: «Urge sostener que el orden moral se realiza no sólo merced al impulso reflexivo y voluntario del hombre, sino también y principalmente por la acción del progreso en la humanidad, y que lejos de ser la moralidad de nuestras acciones de orden sobrenatural, es algo que tiene sus raíces en las leyes mismas de la vida individual y social, en la naturaleza misma de la sociedad y del hombre, como condición necesaria que es de su armonía y de su actividad verdaderamente humana.»

Y no es difícil hallar el sentido en que se inspira el autor, si se toma en cuenta que, según él, el principio de la lucha por la existencia y de la selección natural ha inmortalizado el nombre de Darwin; que la psicogenia nos enseña cómo desde



el movimiento reflejo é indestructiblemente unido á un concurso orgánico de fuerzas naturales, asciende el atributo animado, la misteriosa Psique hasta la cima de la razón y la conciencia humanas. Pero preciso es también recordar como atenuaciones de ese sentido las expresadas en estos términos: «el principio de la lucha por la existencia y de la selección natural, que ha inmortalizado el nombre de Darwin, erigido en ley única de la evolución y del progreso en la humanidad, fué la base doctrinal del individualismo moderno»; y en estos otros: «el principio de la lucha por la existencia necesitaba completarse con el de cooperación, ineludible condición de la vida en todos sus grados y fundamento de sus formas superiores; con la ley de solidaridad, que nos revela el carácter social de todos nuestros actos; con el amor, en fin, que es la expresión más alta de la cooperación y de la solidaridad reflexivas y voluntarias.»

Contiene la obra veintiún capítulos, en que se tratan los siguientes temas: el individuo y la sociedad, el trabajo, la riqueza y el ahorro, la propiedad, el capital, deberes sociales de las clases ricas, acción de las clases obreras en relación al mejoramiento de sus condiciones de vida social, la ciencia, la enseñanza, la moral, la religión, el arte, el derecho, la mujer y su influencia en la reforma social.

En el primero, partiendo de la base de que el individuo humano es la célula social, pero difiriendo radicalmente de la célula fisiológica por virtud del fenómeno de la conciencia, afirma el Sr. Sanz Escartín que «el fundamento verdadero de toda reforma social es, por tanto, el individuo» ya que constituyendo hoy «la libertad, la única norma en el pacto de prestación del trabajo, es realmente quien impulsa y dirige la vida social.»

»En todas las esferas fundamentales de la vida, dice, puede y debe la acción individual contribuir al bienestar y al progreso. En la esfera económica, mediante el trabajo considerado como un deber y una ley de nuestro organismo, mediante la



supresión de ciertos consumos inútiles ó perjudiciales, por medio de las asociaciones que previenen la pobreza ó la remedian, por la fecundidad del ahorro, por el respeto á la propiedad, y finalmente, por la subordinación del interés egoísta al bien individual y social.»

En este punto está conforme con Ziegler, el cual en su libro *La cuestión social es una cuestión moral*, hablando de la utopía de Dellamy, dice: «Pone en primera línea el proceso lógico del desenvolvimiento social; en segundo, las transformaciones sociales externas; y en tercero y último lugar la transformación de los móviles humanos. Ahora bien: lo contrario es lo que pasa en la realidad y en la vida: lo primero que hay que cambiar son los móviles del alma humana.»

Por eso comienza por estimar que el *trabajo* es un deber sagrado para todos, y por tanto, el rico que no lo cumple es un verdadero parásito, y mereciendo honor y respeto todo trabajo útil para la vida de la humanidad, no hay obras serviles. Por todo ello hace suyas el autor estas palabras de Ingram: «Lo que realmente tiene importancia para los trabajadores, no es que unos pocos puedan elevarse á un rango superior, puesto que esto muchas veces les perjudica, privando á su clase de los individuos más aptos y enérgicos; lo que realmente reviste para ellos vital interés, es que toda la clase se eleve y progrese en bienestar y seguridad, y más aún en cualidades intelectuales y morales.»

De otro lado, como no podía menos, volviendo la vista á los patronos, dice que «el que beneficia del trabajo de sus semejantes no afirmará que ha cumplido los deberes que la humanidad le impone, porque ha retribuído, según convenio y con la mayor economía posible, el trabajo de sus semejantes. Sabe que éste no es una mercancía sin otro valor que el que nuestro albedrío le confiere, sino algo que representa la existencia física y moral de un ser humano, y quizá de toda una familia.....»

«Tanto en lo que al salario se refiere, como en lo que se relaciona con el tiempo de trabajo, condiciones del mismo, pre-



visión para los casos de enfermedad, inopia ó ineptitud ocasionada por accidentes ó por la edad, y cultura y moralidad de los obreros, el patrono de la moderna industria tiene verdaderos deberes que, en escala mayor y menor y en formas variadísimas, debe cumplir, y afortunadamente, como tendremos ocasión de demostrar, tiende á cumplir cada vez con mayor eficacia.»

De igual modo, basta atender al epígrafe del capítulo tercero, *De la riqueza y del ahorro*, para comprender que la influencia social y el valor moral de éste, el delicado problema del lujo, la eficacia del ejemplo que deben dar las clases directoras y la posibilidad de que el obrero ahorre, son temas que en él se discuten. El último es el más interesante, sobre todo por los datos estadísticos referentes á la situación del trabajador, y por la enérgica condenación del alcoholismo. En cuanto á lo primero, el hecho de haber aumentado el número de imponentes en las Cajas de ahorro, en Francia, de 400.000 que eran en 1835, á cuatro millones en 1884, y á ocho hoy, y el de ascender á 4.000 millones de pesetas las economías que la clase inferior y las clases obreras tienen en Inglaterra en sus Bancos de ahorros, Sociedades de construcción, de socorros mutuos y cooperativas, demuestran un progreso evidente.

Y no debe pasarse en silencio esta observación que hace el autor respecto de los impuestos con relación al obrero inglés y al español: «El impuesto—dice—sobre los consumos indispensables para la vida, que con tanta razón llamó Federico Passy «impuesto progresivo al revés», apenas existe en Inglaterra; los pequeños ingresos, los alquileres reducidos, las rentas exiguas, se eximen total ó parcialmente del impuesto. Así ha podido afirmarse que el obrero inglés que no fuma y no consume bebidas alcohólicas, se halla casi por completo libre de tributo». «En España é Italia, á pesar de los principios democráticos de sus constituciones, los impuestos que gravan sobre las clases populares son verdaderamente insoportables. Mientras que en Londres la familia de obreros que, por la reu-



nión de varios salarios, obtiene un ingreso de 2.000 pesetas, apenas satisface por razón de impuestos 90, una familia que en Madrid obtuviera la misma ganancia, satisfaría, aproximadamente, y por virtud ante todo de los derechos de consumo, 400 pesetas. En tales condiciones, el ahorro se hace muy difícil, y sólo merced á cualidades morales de primer orden, y á circunstancias muy favorables, puede realizarse.»

En cuanto al consumo del alcohol, que absorbe gran parte del salario del obrero, y que, según el autor, casi por completo podría suprimirse con ventaja para su salud moral y material, baste citar este dato: «Sólo Alemania, consume anualmente siete millones de hectólitros de aguardientes, que importan un valor de 500 millones de marcos. Si se agrega á esta suma la que representan el vino y la cerveza, el consumo total de bebidas alcohólicas representa en Alemania 1.711 millones de marcos por año. Austria, Bélgica y Francia, siguen las huellas del Imperio alemán. El consumo de alcohol va en aumento en todos estos países, así como, si bien en menores proporciones, en Italia, España y Portugal.»

En los capítulos consagrados á la *propiedad*, combate enérgicamente el colectivismo y el anarquismo, pero haciendo las concesiones importantes que contienen estos dos párrafos: «Es indudable que la evolución progresiva de las sociedades conduce á separar por completo al Estado de toda acción directa en la producción y distribución de la riqueza. Pero este resultado final sólo podrá producirse cuando la nueva organización por la libertad, que tiende á sustituir á la antigua organización autoritaria, haya logrado, merced á la multiplicación de la riqueza y á la expansión de los sentimientos morales, satisfacer las exigencias de la justicia. Mientras el régimen de libertad sea un régimen de individualismo egoísta; mientras una libre cooperación de todos á los fines humanos no reemplace á la antigua cooperación estrecha y obligatoria, puede ser conveniente, puede ser necesario, que la representación de la colectividad entera ejerza determinadas funciones



de índole económica. Así vemos en los pueblos más cultos iniciarse una reconstitución del patrimonio colectivo en armonía con las necesidades modernas, mediante el monopolio de ciertos servicios (vías y medios de comunicación y transportes, aguas, luz, calefacción, alojamientos para obreros, aguas minerales, artículos de primera necesidad, etc., etc.), con el fin de atenuar en lo posible los sufrimientos de las clases pobres en esta verdadera crisis producida por la desaparición de un estado social y la creación de un nuevo régimen de vida y de riqueza.»

«Colectivismo y anarquismo, dice, son, en la integridad de sus doctrinas y aspiraciones, dos grandes y peligrosas utopías. Pero ambas responden á necesidades reales de la vida individual y social que es necesario satisfacer. El colectivismo tiene de legítimo su anhelo de coordinación, de armonía, de reparación de las injusticias legales, de alivio de las grandes miserias, de una solidaridad, en fin, más íntima y más completa entre todos los miembros de la sociedad. El anarquismo contiene un alma de verdad, en su deseo de libre expansión, en su aborrecimiento de trabas inútiles, en su amor á los débiles, á los desheredados, á los que la sociedad repele.»

Hablando de los restos de la antiquísima comunidad primitiva que subsisten aún en España, y cuya importancia, dicho sea de paso, pondrá muy pronto de manifiesto el Sr. Don Joaquín Costa en la obra que trae entre manos, son interesantes los datos referentes á Burguete y Roncal, pueblos de la provincia de Navarra.

El Sr. Sanz Escartín considera que los grandes patrimonios territoriales son *legítimo capital* productivo, aunque más fácil es demostrar la legitimidad del representado por las grandes empresas industriales, el comercio y la navegación, y de ahí que respecto de lo primero diga que «sobre ninguna otra forma de propiedad recaen superiores deberes, y que ninguna debe estar sujeta á superiores restricciones en bien de la colectividad. Si un hombre de la significación de Gladstone no ha



temido negar parcialmente el derecho del propietario en Irlanda, es lógico prever que en un porvenir no remoto otros Estados se verán precisados á intervenir, por causas semejantes y en parecidos términos, en conflictos análogos.»

Trata en este capítulo la cuestión batallona de la participación del trabajo y del capital en los beneficios de la industria, citando en apoyo de su creencia de que va ganando más cada día el obrero, algunos datos, interesantes ciertamente, pero que no demuestran lo que con ellos se pretende demostrar. Es corriente tratar este asunto como si capital y trabajo fueran dos abstracciones, y así se sacan de la estadística consecuencias improcedentes. Así, por ejemplo, que en 1888 la explotación de las minas de carbón de piedra produjera en Francia para el capital á razón de 1,47 francos por tonelada, y para el trabajo 5,04 poco significa: lo que importa saber es á cuánto ascienden uno y otro beneficio y entre *cuántos* se reparte cada uno de ellos, porque puede suceder, como está sucediendo, que con el *pequeño* interés de un *gran* capital, dos ó tres individuos se hagan archimillonarios, mientras que aquellos entre quienes se reparta la participación *grande* en los beneficios no tengan, por ser millares y millares, bastante para comer. Cita el Sr. Sanz Escartín otro dato. En 1881, los 20.701 obreros de las cuencas carboníferas del departamento del Norte en Francia, recibieron en salarios 20.529.406 francos, y los accionistas 2.751.914. Aquí ya sabemos que salen los obreros á razón de 2,85 francos diarios, pero ignoramos entre cuántos accionistas se han distribuido los 2.751.914 francos. No hace mucho, M. Neymark aducía, entre otros datos, para demostrar la difusión de los 80.000 millones de francos á que asciende la riqueza mueble en Francia, el hecho de pertenecer las acciones del Banco á 28.358 accionistas, y los títulos del *Credit foncier* á 40.339 personas, correspondiendo á cada uno de los primeros un capital de 17.500 francos, y á los segundos uno de 6.345; pero un escritor hubo de observar que eso era cierto, pero también que 200 accionistas del Banco poseían el resto



del capital y el otro resto del importe de los títulos del *Credit foncier* otras 200 personas. En distinto caso se encuentra el dato aducido por el Sr. Sanz Escartín referente al Estado de Massachussets, pues de él resulta que los 257.656 obreros que trabajan por cuenta de empresarios individuales (*private firms*) ganan á razón de 362,23 pesos cada uno al año, mientras que sus 12.558 patronos reciben por intereses, provechos y emolumentos de dirección 517 pesos cada cual. Con lo dicho no pretendemos negar la exactitud con que Schmoller, citado por el autor, afirma que la riqueza se reparte más cada día entre las clases laboriosas, merced en gran parte al mecanismo de los valores mobiliarios.

Es el contenido del capítulo décimo, *Deberes sociales de las clases ricas*, la médula del problema que es asunto del libro, porque no cabe duda de que el aspecto *moral* de la cuestión social alcanza á obreros y capitalistas, pero á éstos mucho más que á aquéllos. Quien lo dude, se convencerá de ello sin más que recordar la prolongada polémica que en Inglaterra y en los Estados Unidos originó, no há mucho, el célebre opúsculo del fabricante norteamericano Mr. Carnegie y las excelentes *Cartas á un señor*, de nuestra doña Concepción Arenal, cuyo mérito principal consiste, en nuestro humilde juicio, en mostrar todas las consecuencias que puede producir el ejercicio de nuestra libertad y de nuestros derechos, según que sea bueno, ó malo, debido ó indebido, torpe ó discreto, y según que al obrar nos inspiremos en un interés egoísta, ciego y estrecho, ó en los mandatos de la conciencia y de la razón; pues como dice la eximia escritora, el interés se ha de subordinar á la justicia, porque aquel es bueno como subordinado, malo como amo. En efecto, este es el punto principal en que interesa rectificar el sentido corriente conforme al cual esa subordinación reza con todas las esferas en la vida, menos con la económica. El Sr. Sanz Escartín, partiendo de la base de que la riqueza es una *función social*, señala, entre otros deberes que tienen sus poseedores, el de orde-



nar rectamente su consumo, el de fomentar las empresas de utilidad general, el de tomar ciertas iniciativas y el de propagar la institución del patronato, de la cual se ocupa con la extensión que el asunto merece.

Complemento de ese capítulo es el siguiente, en que se ocupa en la *beneficencia*, esto es, en las obras de caridad ejercidas con personas que no pueden alegar determinadas obligaciones morales de nuestra parte, como las que se dan entre obreros y patronos, y á cuyo auxilio contribuimos con donaciones definitivas, sin otro interés que el fin realizado. Hablando de los abusos de la mendicidad, cita una notabilísima descripción que de la de su tiempo hacía nuestro Luis Vives, y da cuenta de la experiencia hecha en París por Mr. Monod para probar las deplorables consecuencias de socorrer en la calle á personas desconocidas. «En ocho meses se encontró con 727 pobres válidos, que se quejaban, naturalmente, de falta de trabajo. A los 727 les advirtió que tenía trabajo bien pagado para ellos, y que podían acudir á su casa, donde les entregaría una nota con las señas del punto en que habían de trabajar. El resultado fué el siguiente: Cuatrocientos quince, ni siquiera acudieron á recoger la nota. Ciento treinta y ocho la tomaron, pero no la presentaron siquiera á su destinatario. Unos cuantos fueron, trabajaron medio día, cobraron 2 francos y se fueron para no volver, y otros desaparecieron después del primer día. En resumen: de los 727, tan sólo 18 continuaron trabajando durante los tres días.»

Estudia á seguida la *acción de las clases obreras en orden al mejoramiento de sus condiciones de vida social*. Después de aducir algunos datos muy interesantes, toma otros de un trabajo de Mr. Julin, sobre el número de jornadas de trabajo que necesita hoy el obrero para procurarse el pan para su manutención (433 kilos), y que es mucho menos del que había menester en 1846; observa cómo en Inglaterra, donde se llevó tan allá la explotación inhumana de las clases inferiores, es el país en que éstas alcanzan el más alto grado de bienestar y de



cultura, todo ello debido á la asociación y á la práctica del *self-control*.

Además, representados los obreros en el Parlamento por doce de sus *leaders*, hijos del trabajo como ellos, procuran mejorar su condición día por día, sin que se les ocurra destruir de golpe la actual organización industrial. Las *Trades Unions* son organismos de paz social, y el número de miembros de las sociedades cooperativas ha subido, en treinta años, de 90.000 á 1.250.000, y el importe de sus negocios se ha elevado en la proporción de 40 á 1.000. De igual modo, en Alemania, en 1890 había 3.910 Bancos populares; 1.070 de ellos con 518.000 asociados y un capital de 1.641 marcos.

Ocupándose el autor en el grave problema del seguro, puesto á la orden del día desde que Alemania lo hizo obligatorio, se declara partidario de la teoría llamada del *riesgo profesional*, ya que, coincidiendo con las estadísticas formadas en Alemania é Inglaterra en afirmar que la gran mayoría de los accidentes que ocurren con ocasión del trabajo industrial no son imputables á obreros ni á patronos, sino inherentes al trabajo mismo, es justo que la industria compute estos accidentes entre los riesgos anejos á la empresa.

Lo extractado hasta aquí constituye la parte principal del libro, y se refiere casi todo ello al aspecto *económico* del problema, que es el más saliente y el que con más urgencia exige remedio. Pero, como «la necesidad de reforma se extiende á las ideas, á las costumbres, á los sentimientos, á las relaciones jurídicas, á la totalidad de la vida, en una palabra, ¿cuáles han de ser los principios fundamentales en que ha de inspirarse dicha reforma, si ha de responder á necesidades reales y positivas del progreso social? ¿En qué sentido debemos, desde la esfera privada, y fuera de toda acción del Estado, dirigir nuestros esfuerzos?» A estas preguntas contesta el autor en los restantes capítulos de su libro, en los que se ocupa de la *ciencia*, la *moral*, la *religión*, el *arte*, el *derecho*, y la *mujer* y su *influencia* en la *reforma social*, y de los que vamos á dar



noticia á nuestros lectores en breves términos, ya porque este artículo va resultando demasiado extenso, ya porque, en nuestro humilde juicio, el Sr. Sanz Escartín examina los graves problemas referentes á todas estas esferas de la vida, más bien en toda su generalidad, que con relación concreta á la cuestión social.

En apoyo de la eficacia de la *ciencia* y de las ideas, y combatiendo la afirmación de Mr. Le Bon, según la cual el gran factor de la evolución de los pueblos no ha sido nunca la verdad, sino el error, dice: «El error del que sacrificaba en el ara las vacas y las ovejas, era menos funesto que el del que inmataba vírgenes y mancebos; el error del que depositaba ofrendas incruentas de frutos y de flores, era menor que el del que imponía sacrificios de sangre; el error del que elevaba sus preces á Júpiter ó Apolo, preparaba ya la verdad del que debía considerar las buenas obras como la expresión propia del acatamiento debido á las leyes superiores de la humanidad. Del mismo modo en la ciencia, en la moral y en la política, pudiérase señalar cómo la eliminación progresiva del error, la afirmación siempre creciente de la verdad, han sido los verdaderos jalones que marcan la ruta del progreso humano.»

Y en cuanto al influjo que la cultura del obrero ejerza en su condición, transcribe algunos datos interesantes reunidos por el ingeniero belga Waxweiler, y resumidos en un estado expresivo de la proporción de los diversos gastos del obrero norteamericano, comparada con los del europeo en general, y del belga en particular, resultando favorable al primero, cuyos subidos salarios se deben, según Mr. Gould, no al fabricante, ni al arancel protector, ni á ninguna otra causa que no sea el obrero mismo.

Complemento de esta materia es el estudio que hace el señor Sanz Escartín de la *enseñanza*, censurando enérgicamente el carácter que reviste, por lo general, en España, y abogando por que sea educativa y práctica. A este propósito cita estas palabras de sir John Lubbock, quien, hablando de la famosa



reforma llevada á cabo en su país en 1870, dice: «La cifra media de presos en nuestras cárceles ha descendido de 12.000 á 5.000. La de condenados anualmente por graves delitos, de 3.000 á 800. En lo que se refiere á crímenes cometidos por la juventud, el resultado es sorprendente: el número anual de jóvenes condenados ha caído de 14.000 á 5.000. No quiero fatigaros con estadísticas, pero permitidme añadir que el número de pobres ha bajado de 47 á 22 por 1.000, esto es, más de la mitad. Debemos formar la mano, el ojo y el espíritu, y confiar menos en la palabra y en la memoria.»

Son de notar, por lo que hace á la *moral*, estos dos párrafos: «La Inglaterra del *Novum Organum*, del *Ensayo sobre el entendimiento humano* y del *Origen de las especies*, es, al propio tiempo, el país de la austeridad puritana, el pueblo en que la religión desenvuelve con fuerza mayor sus elementos morales.»

«No sin razón Carlos Secretan soñaba con ver unidos en superior etapa de armonía y de progreso sobre la montaña de Santa Genoveva á católicos, á protestantes y á hombres de opinión independiente, en un mismo sentimiento de humanidad y de amor.»

Para dar á conocer el sentido del autor por lo que hace á la religión, nada mejor que transcribir los siguientes párrafos: El primero es del célebre Monseñor Ireland, Arzobispo de San Pablo: «La religión que hoy nos hace falta no consiste en cantar bellas antífonas desde el coro de las catedrales, revestidos de ornamentos bordados con oro, mientras están desiertas las naves y en el exterior el mundo muere de inanición espiritual y moral. Buscad á los hombres; habladles, no en frases engarzadas en las nubes ó en sermones á estilo del siglo XVII, sino por medio de palabras ardientes que muevan su corazón é iluminen su mente.»

Del mismo son estas palabras: «Ha llegado el tiempo de que la religión acepte toda la ciencia y toda la democracia, so pena de ver apartarse de ella demasiadas almas.»



«El espectáculo, dice el Dr. Sanz Escartín, que ofrece la América del Norte, es verdaderamente instructivo acerca de este punto. Allí la Iglesia bendice la libertad constitucional á que debe su vida potente y autonómica; lejos de menospreciar la obra de educación moral de las demás Iglesias, la estima en su debido valor; inspirada en el verdadero espíritu cristiano, funda sus esperanzas, no en los poderosos, sino en los que sufren y trabajan, en las clases obreras; erige escuelas, hospicios, instituciones de todo género para el adelanto moral y material; toma parte activa en la vida social luchando por la pureza, por la templanza, por el bienestar de las clases populares, y ejerce, por último, una influencia tanto mayor cuanto menos impuesta por medios coactivos, y más fundada en los propios esfuerzos y merecimientos. En Alemania, Inglaterra y Bélgica, la acción religiosa se convierte rápidamente en acción social y moral, tanto más fecunda cuanto más antepone la caridad al rigor de la adhesión especulativa, cuanto más atiende á mejorar la situación moral y material de las muchedumbres.»

«La acción que, en el orden religioso, corresponde, por tanto, en nuestro tiempo al hombre de recta voluntad, es favorecer por una parte la transformación precisa, en armonía con las necesidades modernas, de las actuales instituciones religiosas, de suerte que su carácter y su influencia sean lo que deben ser, de índole moral principalmente, de armonía de las varias tendencias en ese fondo supremo, que es el amor al bien y de progresiva libertad en lo que se refiere á materias especulativas.»

El Sr. Sanz Escartín dedica un solo capítulo al *Derecho*, y no es extraño, ya que lo que toca hacer al Estado en la reforma social es el asunto de otro de los libros publicados con anterioridad y á él se remite. Baste consignar aquí que á seguida de considerar ocioso demostrar que el estado jurídico de un pueblo influye en su bienestar, combate la falsa idea de que basta cambiar el organismo legal de una sociedad para modi-



ficar en el mismo grado sus hábitos, sus ideas y sus sentimientos; así como para señalar el alcance de la rectificación que procede hacer en lo hecho, escribe lo siguiente:

«El período revolucionario en la política y en la legislación, con sus caracteres de libertad abstracta, de predominio de la especulación sobre los hechos sociales, de optimismo candoroso, toca á su fin después de un siglo de entusiasmos, de luchas y de esperanzas, fecundo en decepciones, pero rico también en enseñanzas provechosas. Volver atrás en el camino de las libertades alcanzadas, es empresa difícil y de dudosos resultados. El derecho de disponer libremente de su inteligencia y de sus brazos, el derecho de participar en una ú otra forma en el gobierno de la nación, son atributos que no se deben ni se pueden, sin grave riesgo, arrebatarse á los pueblos que ya los poseen.»

Finalmente, en el capítulo consagrado á la *mujer y su influencia en la reforma social*, fuera de lo relativo á la vergonzosa organización de la prostitución «para que el libertino disponga cómodamente de medios de ejercitar sus pasiones», y de lo referente al concepto de la unión conyugal de Bebel, lo que estudia el Sr. Sanz Escartín con gran detenimiento es el problema general envuelto en el movimiento *feminista*, hoy tan acentuado, y con relación al cual toma una posición intermedia entre tradicionalistas y reformistas.

Y concluye su libro resumiendo lo en él contenido, mostrando cómo la voluntad constituye el principal factor de la reforma, y la inteligencia el elemento primero de toda civilización, y cómo la solidaridad de ideas, sentimientos é intereses es á la vez condición y resultado del progreso social.

Hemos transcrito muchos párrafos del libro, porque nos parece ese medio de darlo á conocer á los lectores más eficaz que el propio juicio. Quienes conozcan las obras anteriores del Sr. Sanz Escartín hallarán que ésta, igual á ellas en cuanto á la forma y al mérito literario, difiere un tanto por su sentido, ay en cuanto al modo de estimar en conjunto el problema so-



cial, ya en cuanto á los principios en que se inspira el autor al estudiar el aspecto ético y el religioso del mismo. Por lo que hace al primer extremo, la crítica de la actual organización económica resulta menos severa, y las excelencias de la misma contempladas con un mayor optimismo; y claro es que esta diferencia, perfectamente explicable si se tiene en cuenta el estado del problema al presente, y el punto de vista, intermedio entre las soluciones extremas, que siempre ha tenido el Sr. Sanz Escartín, parecerá un progreso ó un retroceso según la tendencia doctrinal de quien las juzgue.

Más grave y trascendental es la evolución referente al otro extremo, por la naturaleza en la esfera de la vida de que se trata y por su relación con el problema social; porque ateniéndonos á este último extremo, que es el que por el momento nos interesa, cuando se trata de investigar los principios morales en que han de inspirarse el individuo y la sociedad para cooperar á la solución de esa pavorosa cuestión, hay una gran diferencia entre proclamar los que son comunes á todos, y bajo los cuales pueden obrar todos los hombres de buena voluntad, y sentar como premisa la serie de los preconizados por una secta religiosa para llegar á hacer imposible otra acción social y solidaria que no sea la encerrada en una comunión determinada. De este error, en que han caído los católicos de algunos países, no los suizos ni los norteamericanos, se ve libre el señor Sanz Escartín. «Cuando se trate, dice, de realizar una buena obra, no preguntéis á los que desean participar en ella cómo piensan acerca de esta ó la otra teoría, cómo interpretan el dogma ó el símbolo, sino sencillamente si con sinceridad aman y desean el bien. La unidad absoluta no es posible en el orden relativo y humano; pero en nada resplandece tanto como en la esfera de la moralidad. El hombre de recto corazón, en todos los partidos y en todas las escuelas tiene caracteres comunes; caracteres comunes que constituyen la más firme base de unión, el instrumento más poderoso de mejoramiento social que ofrece la sociedad moderna.»



Y concluiremos repitiendo lo que decíamos al comienzo de este artículo. Ya que el Sr. Sanz Escartín es de los pocos que en España se ocupan en el estudio del problema social, y ya que lo ha hecho, no en artículos ó trabajos sueltos ó parciales, sino en libros en que se plantea en su totalidad, complete su buena obra con la publicación de otro que se titule: *La sociedad y la reforma social*.

G. DE AZCÁRATE.



# HISTORIA DEL PAN

---

## I

¿Por qué esforzarnos en probar la importancia de un asunto que, sólo con su título, se revela por sí sola, con esa rara unanimidad que le corresponde por derecho propio á cuanto tiene carácter generalizador y universal, y el privilegio de ser una de las grandes palancas, lo mismo de la vida material y orgánica, que se desarrolla en el silencio y en la sombra de las leyes fisiológicas, que en el campo sublime y espléndido de la existencia social, en que el sol deslumbrante de la publicidad colora las ideas de carmíneos matices, da calor, energía y movimiento á los frutos del ingenio, y lleva en pos de sí toda la corriente que los mágicos resultados de la civilización presentan constantemente á nuestra vista? No por ser asunto de apariencia vulgar y baladí, ofrece menos motivos de interés y curiosidad, cual pudiera decirse de aquellos que llenan páginas enteras de libros que se leen con incesante avidez y con sin igual deleite.

La *Historia del pan*, no hay que dudarlo, es la historia del hombre. Sus alegrías y tristezas, sus triunfos y derrotas, sus



cantos de amor y sus lágrimas de amargura, pueden verse retratadas al referir lo que ha consignado la erudición histórica, en lo relativo á tan sencillo é indispensable alimento, emblema de la vida, símbolo de las necesidades de la existencia y síntesis con que se expresa la resolución del problema que á la humanidad preocupa desde la cuna hasta el sepulcro.

Prosaico asunto á primera vista, pero que lleva envuelto un mundo de poesía y de interés dramático, puesto que representa el emblema de la lucha tenaz é incesante por la existencia, que no se da punto de reposo, llevando á las veces á la realización de actos heroicos, y siendo en ocasiones causa de delitos que todos los Códigos castigan, y que lo mismo se ven los arreboles de luz que iluminan y encantan la fantasía, como las negras sombras que obscurecen y matan cuanto alcanzan.

La misma vulgaridad que parece alejarle de toda investigación filosófica, es un motivo poderoso que obliga á detenerse algún tanto en el conocimiento de ese cuerpo, indispensable sostén y acompañante de la humanidad por espacio de muchos siglos, parecido á lo inmortal é imperecedero, por lo mismo que es constante y necesario su concurso.

Su historia viene envuelta, cual aureola de nítidos resplandores ó vaporosa nube de cárdenos matices, entre las sagradas creencias religiosas, como la mejor página en que los preceptos divinos estuviesen escritos, y cual símbolo más digno de consignarse, para que la humanidad en todas las ocasiones lo recordara, lo mismo en las épocas de bienandanza y felicidad que en los momentos de angustia y amargura, y cuando amenazan las complicaciones y conflictos.

Cierta es la frase vulgar de que *no sólo de pan vive el hombre*, pues necesita su espíritu expansiones, como el ave certerse por la inmensidad del espacio y gozar de las delicias y encantos que la naturaleza atesora; pero es lo cierto que constituye lo esencial de la humana aspiración, y en cuanto se ve cumplida, puede asegurarse que el resto es accidental y merece ocupar, seguramente, sitio secundario y baladí.



Pero ¡ay! es más exacta y no ha dejado de cumplirse de una manera implacable, como la fatalidad, la sentencia impuesta al hombre de que antes que saborease el pan que le sirviera para dar pábulo á su vida, habían de surcar su rostro las gotas del sudor producido por el trabajo, ó las lágrimas arrancadas por las penas, que tiránicas le subyugan como á infeliz esclavo.

¡Cuántas lágrimas y sinsabores, amarguras y contrariedades cuesta el poseer los medios de adquirir ese alimento, justamente considerado como el emblema de la vida y la síntesis de la existencia! Puede decirse que todas las peregrinaciones humanas se han escrito en las páginas del libro que trata de tan necesaria substancia, y constituye el motivo de casi todos los asuntos de interés.

Por eso el cristiano pide encarecidamente en sus oraciones el *pan nuestro de cada día*, simbolizando en tan sencilla, breve y elocuente frase, todo un sublime poema de amor, de modestia, de sinceridad, de resignación, de constancia y de fe, pero al propio tiempo fundando tan limitadas y escasas aspiraciones en el trabajo, como clarísima fuente fecunda de ventura y riquezas, en cuanto son compatibles con las punzantes espinas de que la vida está rodeada.



## II

Multitud de frases vulgares hay en nuestro rico idioma castellano, que designan de una manera gráfica y expresiva, en acabada síntesis, grandes y profundas ideas que han venido asimismo á figurar en la Historia con indelebles caracteres. Así se dice el *pan de la emigración*, para significar las inacabables amarguras que produce la nostalgia del destierro; el *pan del pobre*, como uno de los más sagrados tributos del



trabajo; el *partir el pan* con otro, como emblema de fraternal amistad, etc., etc.

Puede considerarse como verdadero lazo de unión de las generaciones, que á través de los siglos se va estableciendo ante un alimento tan sencillo como indispensable.

Investigar, pues, su historia, vale tanto como recorrer la historia de la humana existencia, pudiendo apreciar lo mismo la nota alegre y placentera, que los melancólicos recuerdos y escenas de desesperación, donde van envueltos una serie de episodios que ofrecen motivo de largas y profundísimas consideraciones al hombre pensador que siquiera se detiene un momento á contemplar lo que hay de interesante en el mundo social en que habita.

La sencillez de la composición de este alimento, juntamente con su importancia fisiológica, que lleva toda la representación de los cuerpos que sirven para mantener incesantemente encendida la hoguera de la vida, han sido causa de que su empleo comience en las primeras sociedades humanas, donde se pierde la historia entre nebulosas sombras, y haya, por tanto, que señalarle como uno de esos objetos cuyo origen es de tal antigüedad, que hace imposible la fijación de una fecha determinada.

En el pan se hallan, pues, representados químicamente todos los órdenes diversos de alimentos que necesita el organismo para su complicada vida, y de aquí que forzosamente se haya por todas las generaciones aceptado, sin que haya sido fácil substituirle con otro cuerpo, pues en él hay cuanto exigirse puede para tener satisfechas en gran parte las necesidades incesantes de todo ese conjunto de órganos que constituyen la máquina vital, cuyas exigencias concluyen con el último suspiro.

Seguramente la formación del pan es la representación fidelísima y exacta de un acto instintivo que se perfecciona y afligra por la inteligencia que acude solícita en auxilio de aquel acto, para producir y formar una substancia que tiene



la envidiable y apetecida condición de ser un alimento perfecto y completo en todas sus partes, respondiendo á las más rigurosas exigencias fisiológicas y químicas.

Por eso lo han acogido y adoptado los pueblos y las sociedades, con esa rara conformidad con que se recibe lo que tiene sello indiscutible de conveniencia, ante cuyos influjos no hay opiniones ni bandos, sino que la humanidad entona un himno de alabanza que se representa en el orbe entero y se transmite á través de los siglos, de generación en generación.

Cual acontece con todos los asuntos de tan universal interés, atravesó su conocimiento algunos períodos de imperfección, diversas fases de tentativas y deficiencias, y la práctica fué borrando poco á poco estos defectos, salvando los obstáculos y allanando los tropiezos, hasta llegar á la preparación de la substancia en las condiciones indispensables de aptitud, para ser utilizable como alimento típico y de verdadera importancia práctica en la constante conservación de la vida.

La antigüedad remotísima é imposible de fijar, referente á la fabricación del pan, puede apreciarse, tan sólo consignando el hecho de que en las tumbas egipcias de tres mil setecientos años anteriores á la Era cristiana, hállanse granos de trigo y pedazos de masa, así como en algunos monumentos que alcanzan á más de cuatro mil años se ven alegóricas figuras que representan hombres mezclando y amasando harina, dispuestos en actitud de conducir al horno en bandejas esta masa.

Excavaciones practicadas en Suiza, pusieron en evidencia el precioso hallazgo histórico de utensilios destinados á las diversas operaciones de la preparación del pan, cuales son la molienda y tostación, así como también fragmentos de masa carbonizada, donde pudieron apreciarse pedazos de granos de cebada en perfecto estado de conservación, á pesar del transcurso de los siglos.



## III

De todas suertes, es muy probable que la fabricación del pan naciese en el sitio mismo de la humana civilización, ó sea en el extremo Oriente. Los hebreos, que llevaron á Egipto su cultura, conocieron ya el uso del pan fermentado, del cual se hace mención con bastante frecuencia en los libros sagrados, para que se considere como uno de los hechos históricos remotos que la humanidad puede consignar en sus anales.

No hay facilidad de determinar la manera como se ha ido salvando la distancia, y establecer fechas entre el conocimiento del trigo y del pan. Sábese que hubo pueblos que usaban los frutos del trigo como alimento, sin hacerlos experimentar preparación alguna, y refiere Polidonio que la masticación y digestión fueron los hechos primeros que la naturaleza presentó para servir de norma en las operaciones que, aunque de un modo rudimentario, se practicaron en un principio con la referida substancia.

Las ruinas de Pompeya, que recuerdan una hecatombe, donde la historia y la poesía han marcado sus gloriosas huellas, presentan asimismo testimonios y datos que tienen importancia en el concepto á que nos referimos, pues se han descubierto en ellas tahonas, molinos y hornos, algunos de ellos en un estado tal de conservación, que pudieran haber funcionado de igual suerte, á cuando la irrupción volcánica aniquiló en aciago momento aquella ciudad con todas sus artísticas maravillas y suntuosas obras de arte.

Muchos pueblos de la antigüedad empleaban diversas raí-



ces, en lugar del fruto de las gramíneas, como alimentos (1). Valíanse otros del trigo, pero verde, el cual exponían al fuego y batían después con las manos, para separar los granos que comían sin otra preparación. En tiempo de Herodoto estaba en uso esta costumbre en muchos pueblos de la India, que fué sucesivamente aboliéndose, á medida que iba penetrando en esas poblaciones el espíritu de civilización con su benéfica influencia. Lo primero que ocurrió fué la necesidad de separar las cubiertas, ó sea el pericarpio, de la semilla, sirviéndose para esto de la tostación y empleando frecuentemente la cebada. Otras veces se valían de la coción en agua, cuyo medio utilizaron los griegos y romanos en la preparación de los granos, cuyas prácticas todavía se hallan en uso entre los kalmukos, en cuyos pueblos puede apreciarse la infancia de estos conocimientos, donde no han penetrado los resplandores vivísimos y fecundantes de la antorcha del progreso.

No se tardó, sin embargo, mucho tiempo en conocer que encerraba el trigo una substancia esencialmente alimenticia, á la cual se debía su principal valor é importancia, al paso que contenía otras accesorias y de ningún aprecio. Empezaron por triturarle entre dos piedras y después pulverizarle con más ó menos esmero, valiéndose de morteros, molinos, tamices y de todos los procedimientos que el ingenio y la necesidad implacable ponían al alcance de los pueblos.

Refiere Diodoro que los antiguos pueblos de la Gran Bretaña golpeaban las espigas para extraer los granos, que machacaban y comían sin otra preparación, y dice Plinio que los egipcios hacían los tamices con filamentos del *papyrus* y juncos muy delgados. Los primitivos habitantes de España construían los tamices de hilo, y los galos fueron los que primero

---

(1) Como dato histórico debe consignarse, que Colón, en América, observó que los indios hacían pan de las raíces de dos plantas del género *Manihot* (*Utilisima* y *Aipi*.)



emplearon con tal objeto la crin de caballo, todo lo cual indica la antigüedad de ciertas preparaciones.

El hombre ha de haber forzosamente, en todas épocas, preferido en sus cuidados agrícolas y propagación al trigo, antes que á las vistosas y perfumadas flores que encantaron la vista con sus variados y múltiples matices ó perfumado el ambiente con sus aromas gratísimos, porque en medio de la monotonía de los extensos campos poblados de aquel vegetal, se encierra todo un raudal de vida, que, en no lejanos días, ha de llevar al organismo humano lo mismo la centella que ilumine su cerebro, que la palanca que mueva su corazón y agite sus nervios.

Antes prácticos que idealistas, debieron tener presente que la hermosura y fragancia de las flores no ha de hacer olvidar jamás los aspectos verdaderamente utilitarios de los vegetales más aprovechables que bellos, aunque también, como sucede al trigo, tenga su poesía y encantos, mil veces referidos por los poetas y ensalzados por el arte con variedad de motivos.

#### IV

Consigna la Sagrada Escritura el hecho digno de recordación histórica, de que Abraham ofreció pan á tres ángeles que se le aparecieron, si bien estaba preparado de un modo en extremo sencillo, pues en su composición entraba solamente harina y agua, y se fabricaba momentos antes de comerse, exponiéndolo á la ceniza caliente del hogar, habiendo transcurrido larguísimo período de tiempo antes de que se discurriese la fermentación de la masa y hacerla experimentar la temperatura conveniente en hornos adecuados. En Noruega hay sitios donde todavía se cuece el pan entre dos piedras huecas.

El empleo de la levadura fué ya conocido por Moisés, 1500



años antes de Jesucristo, puesto que prohibió á los israelitas comer el pan fermentado, lo cual revela un mundo de ideas relativas á los conocimientos de aquella época remota, que más tarde ha interpretado la ciencia en diversos sentidos, habiéndose originado multitud de estudios, de igual manera que el microscópico germen da origen al corpulento árbol.

Moisés, en efecto, prescribía á los hebreos el modo cómo habían de comer el cordero pascual, absteniéndose en absoluto de hacer uso del pan fermentado, y en el Éxodo se refiere que los israelitas, á su salida de Egipto, comieron pan sin levadura y cocido bajo la ceniza, y los judíos todavía hoy comen, en determinadas ocasiones, el pan ácimo ó sin levadura, como recuerdo fidelísimo á las tradiciones que desean conservar.

Los panes sin levadura constituían entre los judíos una parte esencial del festín pascual, debiendo comerse todo el tiempo que durase la referida pascua, imponiendo la ley severas penas á los que infringieran el precepto en los críticos días de los Azimos, habiendo llegado la observancia hasta los que en la época actual profesan dicha religión, y se daban minuciosos detalles respecto al modo de preparar el pan en estas condiciones.

La antigüedad del uso de los molinos piérdese también en la penumbra de lo desconocido y remoto. En la época de los egipcios se dice que Moisés prohibía á los israelitas tomar en prenda la muela superior ó inferior del molino, el cual manejaban los sirvientes ó esclavos. Por lo cual, con referencia á la última plaga de Egipto, se conservan las siguientes legendarias frases: «Yo correré el Egipto, dice el Señor, y todos los hijos primogénitos de los egipcios morirán, desde el de Faraón hasta el de la esclava, que mueva la rueda del molino.»

La civilización ha ido en pos del cultivo del trigo y siguiendo sus fases, pues las sociedades todas no tardaron en apreciar las ventajas del fruto de esta planta, por lo cual, desde remotos tiempos, se dedicaron á su propagación, des-



arrollo y aumento, y hasta en las divinidades gentílicas consignase á Ceres el honroso dominio de los vegetales que proporcionan tan útil alimento, y la fantasía poética ha dado multitud de bellas formas á la idea mitológica que podemos admirar en gran número de creaciones artísticas. Así es que el trigo ha sido siempre considerado como la más preciosa de las plantas para la humanidad, y su origen, así como también su cultivo, piérdese en los comienzos del mundo, pues todas las sociedades han procurado conservar y mejorar este vegetal, á fin de que en limitado espacio se produjese la mayor cantidad posible, aumentando su fecundidad, que raya en los linderos del prodigio, por lo cual en todos tiempos se ha conceptuado su mayor ó menor producción como uno de los signos de la riqueza y manifestación de bienestar.

La fábula, en su fantástica idea, adjudica el honor de la primacía en el conocimiento del trigo lo mismo á Osiris, divinidad india, que á Ceres, quien lo cultivó en las llanuras de Sicilia. También los atenienses y los habitantes de la isla de Creta hanse disputado enérgicamente la envidiable gloria de cultivarle por vez primera en sus fértiles campiñas, doradas por un sol espléndido, á cuyo benéfico influjo aumentaban en lozanía las bien granadas espigas. Y el culto de Ceres, en la mitología, sabido es que simbolizaba la familia agrícola, como fecunda fuente de donde derivaba la sociedad, considerando la tierra como madre universal, de donde todo nace, y que, por tanto, debía ser festejada y adorada con sin igual fervor. Considerábase juntamente á Ceres y Proserpina como guardadoras de la paz. A esta última se la tenía como representante de los gérmenes de los cereales, mientras se hallan en las profundidades del suelo, personificando la interesante germinación, cuyo atributo tenía su origen en la fantasía poética que representa la fábula mitológica á Proserpina, joven, que jugando con las hijas del Océano una tarde, iban cogiendo flores en el campo, recreándose con el aroma y matiz de la rosa, el perfume de la violeta, la majestad de los lirios y la belleza de



los jacintos, de que estaba esmaltada la preciosa pradera; poseían ya en sus manos un ramillete de todas estas flores, cuando observaron el narciso, que sobrepujaba en belleza y hermosura á todas las demás, y le cogieron con gran entusiasmo. Pero entonces la tierra se abrió, y el rey de los infiernos, saliendo de su mansión tenebrosa con un carro tirado por briosos corceles, robó á la joven, á pesar de sus quejidos lastimeros, llevándola al averno, no siendo socorrida por ninguna de las otras divinidades, y Hécate y el Sol autorizaron el rapto; de esa manera explicaban fantásticamente aquellas generaciones, en cuya fastuosa imaginación se albergaban tales hipótesis absurdas, el papel protector que en la germinación de las semillas había de ejercer una diosa forzosamente subterránea, después de haber tenido la dicha de admirar las exuberantes bellezas que la tierra produce, pero cuyo origen se halla indudablemente en los silenciosos trabajos germinativos. Tal es el conjunto de monstruosidades acogidas por la fantasía.

Cuando la huída á Egipto, comieron los hebreos pan sin levadura y cocido entre cenizas, porque los egipcios les obligaron á marchar con tal precipitación, que les faltó tiempo para colocar la levadura en la masa. El nombre hebreo *Klo-metz*, que significa pan y se halla en todas las lenguas semíticas, tiene por raíz *khamets* ó fermento. De todos modos, desde fecha remotísima se conocía el procedimiento para levantar la masa del pan, introduciendo la levadura.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO MANRIQUE

## V

El arte de fabricar el pan con la harina del trigo se transmitió á los pueblos de la Europa oriental.

Los romanos le usaban antes de que los galos tomaran á



Roma, el año 365 de su fundación, porque es fama que lo arrojaban desde el Capitolio sobre los sitiadores, á fin de hacerles creer que tenían superabundancia de víveres, y no abrigasen en modo alguno la opinión de rendirles ante los horrores del hambre. Sin embargo, no existieron tahonas en Roma hasta mucho más tarde, pues los ciudadanos cocían en sus respectivas casas el pan necesario para las familias, hallándose encomendada esta faena principalmente á las mujeres. En el reinado de Trajano formaron ya los panaderos una especie de corporación ó gremio, muy agasajada por este emperador, que velaba por el público bienestar y temía en gran manera los graves efectos de una carestía ó escasez en el primero de los alimentos.

Otros historiadores aseguran que los primeros romanos comieron el trigo triturado, ó en forma de papilla, y que no se supo en Roma fabricar el pan de un modo que mereciese el nombre de verdadera y acabada elaboración, hasta la toma de aquella ciudad por los galos, que llevaron, en medio de los horrores de la guerra y la conquista, un adelanto que reportaba tan útiles ventajas y tan beneficiosos resultados. De todos modos es un dato histórico, que aunque aparece algo contradictorio en las obras que del asunto se ocupan, ofrece por lo menos de verídico que, á partir de la referida fecha, se perfeccionó en Roma la fabricación del pan.

Transcurrió largo espacio de tiempo para que la humanidad aprendiese que la panificación comprendía tres principales operaciones, conocidas con los nombres de molienda del trigo y su transformación en harina, preparación de la pasta ó masa panaria, y coción del pan; todo lo cual contribuye, como es sabido, á que dicho cuerpo tenga las verdaderas condiciones alimenticias y de asimilación. Por eso ya, desde remota época, se conocen y emplean esas manipulaciones.

Estas mismas operaciones, toscas y de escasa significación en apariencia, ofrecen motivos suficientes para formar un completo curso de Química orgánica, donde se desarrollasen teo-



rías bizarras é ingeniosas, y asimismo notables ejemplos en que el práctico pudiera demostrar sus conocimientos analíticos de laboratorio, tan trascendentales é interesantes como difíciles, y no al alcance de todas las aptitudes ni de todas las inteligencias. Por de pronto, la fermentación de la masa panaria fué una de las cuatro primeras que se conocieron, formando época con la del mosto para tornarse en vino, la de éste para volverse vinagre y la de las materias animales, ó sea la putrefacción.

Un conjunto interesante de fenómenos químicos tiene lugar, en efecto, en la fabricación del pan: comienza en una hidratación al primer contacto del agua con la harina, para seguir las reacciones que tienen lugar más tarde, cuando interviene el fermento ó la levadura, la adición de la sal, y por último, la coción, que con su temperatura elevada pone término á la fermentación, auxilia el desprendimiento de los gases formados, tuesta la superficie y produce en la corteza sustancias diversas, aromáticas y de constitución especial. Así es que fueron químicos, sin saberlo ni darse de ello cuenta, los que primero idearon la formación de este cuerpo, y hay que consignar en la historia de las fermentaciones el nombre de Moisés, como conocedor de los fermentos. Y si luego se siguen las complicadas evoluciones que experimenta en el organismo, podrían escribirse extensos libros en que se presentaran las maravillas de la química fisiológica, sujeta á leyes invariables; la explicación de muchos de estos fenómenos todavía se halla en el período de discusión, no habiéndose puesto de acuerdo los que se han ocupado de estos estudios, respecto á una solución definitiva.

La serie de portentosas metamorfosis que los elementos del pan realizan dentro del organismo, no pasó desapercibida en absoluto á la consideración de las anteriores generaciones, que apreciaron, no sólo los efectos, sino también algunas de las causas productoras, siquiera estuviesen reservados á la química biológica la resolución de algunos de los grandes proble-



mas planteados en el inmenso piélago de los hechos que tienen lugar en las complicadas manifestaciones vitales.

La ceniza caliente era, como se ha dicho, lo que servía en un principio para la coción del pan, hasta que llegó la invención de los hornos. Muchos pueblos de la antigüedad tostaban las espigas de trigo, que batían entre las manos para separar los granos, y comían sin más preparación. Pero el alimento de tal suerte obtenido, ni era digestivo, ni tampoco presentaba condiciones que le hicieran apetitoso; por lo cual, no se tardó en conocer la necesidad de otros procedimientos y preparaciones que habían de darse al trigo para convertirle en alimento útil. Separar la harina del salvado ha debido ser lo primero que se ocurriese, como indispensable para la obtención de una masa de buenas condiciones digestibles.

Muy en los orígenes de esta alimentación, se sabe que algunos pueblos usaban la harina cocida con agua en vasos de barro, constituyendo lo que recibe los vulgarísimos nombres de gachas y puches, de la voz latina *pulmentum* ó *pulmentarium*.

Desde Italia se extendió el uso del pan á las demás partes de Europa, y Plinio tributa grandes elogios al pan que se hacía en las Galias y en España.

Pero la coción del pan en Occidente se verificó durante mucho tiempo por procedimientos en extremo rutinarios y defectuosos, y los romanos, hasta la época de Tarquino el Soberbio, no empezaron á construir hornos en buenas y practicables condiciones para verificar esta operación.

Los habitantes primitivos de las islas Canarias ignoraban la manera de hacer pan, y comían la harina cocida con carne y manteca.

Es decir, que la conversión del trigo en harina se concibe que se conociera mucho más pronto que la de esta substancia en pan, lo cual, indudablemente, debió costar tentativas diversas hasta llegar á la perfección; pero, de todas suertes, hay que remontar el total conocimiento á muy lejanas épocas,



porque ya en los datos históricos más fehacientes y remotos, figura este cuerpo como uno de los indispensables del uso humano, y del que era imposible prescindir como elemento de sostén y vida.

Sabido es que Jesucristo en la Sagrada Cena bendijo el pan; y aunque existen opiniones diversas respecto á si aquél era pan sin levadura ó ázimo, la Iglesia católica consigna que era *sin levadura*, como propio de la fiesta pascual en que aquel solemne acto se celebraba, y cuya reunión ha sido para la cristiandad de tanta trascendencia, que no es de extrañar que lo haya inmortalizado el arte bajo diversas formas, cual si quisiera recordar á toda hora un hecho que constituye el símbolo grandioso de la humana redención.

El conocido milagro de la multiplicación de los panes, reproducido por los monumentos del arte cristiano, ha servido también para consignar simbólicamente la omnipotencia divina en todas las esferas y manifestaciones de la vida. Para recordar el hecho memorable de una manera delicada y artística, represéntase al Salvador con una pequeña vara en la mano, de la cual parten vívidos rayos de luz, que iluminan tres canastillos donde están los panes colocados, y que al influjo de aquella celeste iluminación, hánse de reproducir éstos de una manera pasmosa. El cuadro del inspiradísimo Luis Caraccio, existente en el Museo de Berlín, representa el instante en que el pueblo, admirado de tan portentoso hecho, no puede menos de postrarse en tierra, viéndose á Jesús en uno de los lados, vestido con túnica roja y manto azul, que tiene á su derecha á San Pedro, el cual lleva los cinco panes, que bendice el Señor, así como los pescados que un joven le presenta. A la izquierda, y en primer término, hay dos mujeres cogidas de un brazo, y una de ellas tiene un niño, y un poco más lejos se ven dos hombres, uno de los cuales se apoya en un baston y la mirada fija en Jesucristo, hallándose el fondo del paisaje ocupado por la multitud. Este cuadro es una verdadera obra maestra, donde la inspiración se derrama á raudales, y que



bastara para inmortalizar un artista. Las figuras principales son diez, y están admirablemente distribuidas; el colorido es dulcísimo y oportuno para celebrar tan memorable suceso, en términos que este cuadro, pintado por Caraccio cuando acababa de recibir las lecciones del Tintoretto, constituye uno de sus memorables trabajos.

Nuestro gran Murillo llevó también su mágico pincel á la realización de este asunto, y en la capilla del hospital de la Caridad, de Sevilla, pueden todavía contemplarse los rasgos de genio de aquel incomparable artista, que esmaltó con los primores de su paleta cuanto concibiera su mente, y por tanto, este trabajo figura como uno de sus buenos lienzos.

## VI

La necesidad constante de este alimento ha ocasionado no pocos conflictos y crisis sociales en todas épocas, siendo algunas de gran resonancia histórica, y de aquí que se haya ideado la sustitución del trigo con otros cuerpos más ó menos adecuados y fáciles de proporcionar, como acontece con la harina del centeno, de cebada, fécula de patata, etc., pero siempre los resultados obtenidos han distado mucho de llenar cumplidamente el apetecido fin de conseguir un sustituto que llenase la misión importantísima de tan indispensable alimento.

El pan figura forzosamente en la historia de todos pueblos, asociándose á los días de regocijo y bienestar, así como también á las épocas de desventura y á los momentos de conflicto. Es como la sombra que acompaña al cuerpo y le sigue doquiera se dirija. Por eso en las crisis económicas, en los instantes de ansiedad, en las escaseces públicas, señalase su aumento de precio, cual motivo de general disgusto y de universal calamidad.

Los azares de una guerra sin cuartel, la imposibilidad de las comunicaciones, las desgracias que llevan en pos de sí



tan tristes hecatombes, trajeron, como es sabido, á España, en los finales del año 1811 y gran parte de 1812, la terrible y angustiosa crisis conocida vulgarmente con la denominación de *época del hambre*, que recordaban con lágrimas los ancianos que hemos visto no hace mucho desaparecer de entre nosotros, cuando en sus remotas reminiscencias referían tan aciagos instantes, en que las contrariedades del infortunio se sucedían incesantemente en nuestro país. No se alegraban los ánimos ante los clarísimos rayos de un sol deslumbrador y ese cielo purísimo, propio sólo de la capital de España, ni los vergeles producidos por aquella primavera, pues el corazón, entristecido y apenado por una calamidad tan vigorosa que puede citarse como rara en la historia de los pueblos, puso á la vez de relieve toda la virtud, heroísmo, abnegación y sacrificio de poblaciones que, como la de Madrid, añadió otra página de oro al libro de sus hazañas, y nuevos laureles á su espléndida corona de gloria, con el sufrimiento y entereza, serenidad, valor, fe y constancia que mostraron ante conflicto tan grave y desdicha tan inmensa. Para formarse idea de lo crítico de la situación y de lo terrible de tan aciagos días, bastará consignar lo que cita Mesonero Romanos, que en los primeros meses del año 1812, llegó á venderse en la plaza de la Cebada la fanega de trigo candeal á veintisiete duros, lo que hacía subir el pan de dos libras á veinte reales, y aun así solamente se vendía en dos tahonas. Así es que sólo las familias más favorecidas por la fortuna, apenas si podían hacer otra cosa que probar un pan agrio y amarillento que costaba *diez reales*, ó sustituirle con una patata cocida, y el pueblo, constituido por la generalidad de las personas más ó menos pobres y poco acomodadas, sin hallar ocupación productiva y exhaustas de todo ahorro, no alcanzaba á procurarse el pan inverosímil que el tahonero le ofrecía á veinte cuartos. El autor antes referido consigna que, por una curiosidad digna de respeto, guardó por espacio de sesenta y seis años un trozo de ese pan de repugnante y repulsivo aspecto, cuya composición quiso co-



nocer, entregándolo para su análisis al químico de mayor reputación que había entonces en España, al Sr. Masarnau, pero que no se decidió á que se practicara el análisis, por no deshacerse de esta especie de recuerdo, pues la operación analítica llevaba, como era consiguiente, la necesidad imprescindible de destruir el objeto analizado.

El espectáculo que Madrid presentaba era horrible, y no hay labio que pronuncie ni pluma que describa con exactitud las negras sombras de tan triste cuadro, en que hasta la atmósfera parecía envolver con fúnebre manto un pueblo que sucumbe de inanición y de angustia y sólo ve en su derredor un horizonte de amargura inmensa y de pena inacabable, que no bastaba á remediar ni la caridad, de que tantos ejemplos se dieron, ni la previsión de las autoridades, ni aun los mismos socorros de aquel extranjero que ocupara el solio español sólo por la violencia, pero que en esos instantes no fué insensible á las lágrimas y desgracias del pueblo en que solamente de hecho reinaba. Todo ello se estrellaba ante la magnitud de la desgracia, en donde tales remedios eran sólo débiles sorbos de agua en medio del Océano. El cuadro de Aparicio que figura en el Museo del Prado, el cual no puede, á la verdad, citarse como obra maestra pictórica ni mucho menos, representa, sin embargo, con gráfica exactitud aquellos instantes aciagos y aquella calamidad inmensa, para cuya noche horrible llegó por fin la aurora del 12 de Agosto de 1812 en que, evacuando la capital los franceses y entrando el ejército aliado, cambió algún tanto aquella situación tirante é insostenible, cuya aurora saludó el regocijado pueblo madrileño con vivas, aplausos y coronas, en medio de los cuales se escapaban de algunas apenadas bocas la frase que conservan las crónicas de la época y que no deben olvidarse jamás, de *¡Viva el pan á peseta!*

Siendo el pan un alimento de primera necesidad, surgió la idea de fijar su precio de un modo invariable, cuando el progreso de las ideas económicas no habían rechazado de sus códigos *la tasa*, y los primeros reglamentos que acerca del par-



particular se dieron en Francia datan del reinado de San Luis, habiéndose después fijado de una manera más ó menos terminante y rigurosa en épocas posteriores.

La importancia social de este cuerpo es de una índole que no reconoce superior en interés jerárquico, pues significa esa sola palabra un conjunto de cuestiones enlazadas profundamente entre sí, como pudieran estarlo las apretadas piedras de colosal edificio, que desde el momento en que alguna desapareciese ó se alterase, sufriría daños de consideración y hasta podría padecer su resistencia. El hombre de ciencia analiza la composición del pan y la formula con exactitud matemática, pero el estadista en todos tiempos necesita estudiar su fácil producción para evitar los conflictos sociales que pueden surgir en críticos momentos.

También se ha empleado el pan como medicamento desde antigua fecha, lo cual indica que la humanidad ha encontrado en esta sustancia, no sólo el principal de sus alimentos, sino un remedio á sus enfermedades y un lenitivo á sus dolores físicos, por lo cual ha figurado en el catálogo de las sustancias usadas por el médico con este fin; y aun cuando sea en este sentido de muy secundario interés, no por eso debe dejar de mencionarse por lo que atañe á la parte histórica.

Meditando acerca de la historia del pan, se observa que constituye un verdadero acontecimiento digno de ser cantado por los poetas y enaltecido por el arte tanto como el asunto más grande, puesto que constituye la resolución del más importante problema que lleva envueltas, en medio de una aparente sencillez, gran número de cuestiones en las que intervienen lo mismo las ciencias físico-químicas y naturales que las sociales y políticas, pues en todas las esferas presenta contingente á las diversas competencias.

Porque, en efecto, la ciencia química tiene en esta historia la honrosa representación de ser un patentísimo ejemplo del complicado y transcendental estudio de las fermentaciones; la Botánica, de una de las plantas más interesantes y vulgariza-



das; la Sociología, de las grandes crisis económicas, promotoras de conflictos, á que los hombres de gobierno deben dar solución, y el Arte y la poesía, porque ofrece caudal copioso de motivos de inspiración en que pueda girar quien se sienta llamado por tan gloriosa senda.

Así es que la Química, esta ciencia sublime, cuyos portentosos adelantos han hecho cambiar la faz del mundo y penetrado hasta lo inconcebible en los más profundos arcanos de la vida y realizado prodigios en la industria, tiene una representación importantísima en la historia del pan, pudiendo estudiarse en este asunto los primeros destellos, las ráfagas nacientes de tan importantes conocimientos, que al andar de las edades se habían de multiplicar inmensamente y producir grandes maravillas, dignas de ser immortalizadas por las mágicas creaciones del arte.

Sintetizando lo expuesto en brevísimas y condensadas frases, diremos:

1.º Que el pan es conocido desde remota época, y que su historia interesantísima es la historia del hombre, cuyas fases sigue y se revelan en todos sus detalles.

2.º Que ha constituido este asunto el motivo de multitud de frases vulgares, en que se reflejan, como en clarísimo espejo, las más avasalladoras aspiraciones de la humanidad en todas las épocas del mundo.

3.º Que las bellas artes han encontrado motivo abundante de inspiración, significándolo en portentosas obras, y la imaginación en los vuelos inacabables de su ardiente fantasía.

4.º Que la Química es la ciencia á quien principalmente corresponde el dominio de este asunto, por lo cual figura en las páginas de su historia como una de las cuestiones que revelan, no sólo la gran importancia de esta ciencia, sino que tiene sus orígenes en los más lejanos horizontes de los conocimientos humanos.

DR. JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,

*De la Real Academia de Medicina y Correspondiente de la de la Historia.*



# PROGRESOS DEL FEMINISMO <sup>(1)</sup>

---

## I

### CARÁCTER EXPANSIVO DEL FEMINISMO

Las doctrinas que pretenden ya influir en la marcha de la humanidad, ya reflejar sus más reales é íntimas aspiraciones, pueden hallarse ante la opinión y en los hechos en dos situaciones extremas perfectamente distintas: ó son doctrinas que, como condensaciones impropias ó inoportunas, se disipan sin haber arraigado en la conciencia colectiva, ó que, por añejas é inadecuadas enfrente de nuevas necesidades, decaen, después de haber dado todo el jugo y sustancia de que eran susceptibles, ó bien son doctrinas que se ofrecen como una aspiración nueva y entrañan una reforma social más ó menos importante y honda. Cuando éstas reflejan un ideal posible y responden á condiciones del medio, que en cierto modo ha podido suscitar dicho ideal, podrá la sociedad, con su *misoneismo*, con sus intereses creados, oponerse á su triunfo definitivo, podrá limitar

---

(1) Véase en LA ESPAÑA MODERNA de Noviembre de 1896 mi artículo *Los problemas del feminismo*.



su alcance, *aguar el vino* todo cuanto quiera, que las doctrinas acabarán por parecer el porvenir deseable para algunos, el posible para no pocos, y para otros, los más recalcitrantes, la imposición de las circunstancias, con la cual es necesario transigir de alguna manera. Doctrinas así son doctrinas que caminan á su triunfo, que llevan dentro gérmenes de progreso, y que poco á poco se convierten en ideas fecundas, y de ideas en fuerzas que al fin se traducen en conducta y en hechos.

El liberalismo abstracto y formalista, que tan rápidamente se extendió por todas partes, como instrumento de destrucción del antiguo régimen y de reconstrucción de la parte *estructural* de los Gobiernos modernos, puede servir, en su actual condición, de general descrédito, como ejemplo de doctrinas que se baten en constante derrota, no por el triunfo, claro está, de reacciones absolutistas, sino bajo la acción de su mismo agotamiento, porque ha dado cuanto podía dar de sí, en los países cultos, preparando de paso la necesidad de nuevas soluciones políticas más de fondo y para mayores exigencias sociales. El feminismo, por el contrario, es una doctrina que se halla en la situación últimamente indicada; condensación teórica de aspiraciones muy diversas, impuestas no tanto por el espíritu innovador de los filósofos ó el afán impaciente de los propagandistas, cuanto por la creciente difusión de las ideas humanitarias, y por las nuevas condiciones morales, jurídicas, económicas, y hasta religiosas, de la sociedad moderna, aunque no en todos tiene la forma de una solución radical conveniente, de un ideal de *humanismo integral* (1), que, una vez realizado, nos lleve á las regiones de una nueva *ciudad futura*, se ha revelado y se afirma doquier con una fuerza expansiva tan poderosa, filtrándose por todos los medios sociales, por todos los espíritus reflexivos, que bien puede decirse que la tendencia feminista es, en cuanto al principio capital de la doc-

---

(1) Expresión de Leopoldo Lacour. Véase su *Humanisme integral*; París, 1897.



trina, una tendencia universal, con imperio cada vez más absoluto en la opinión de las gentes.

No sé si de los feministas podrá afirmarse que lo dominan ya todo; pero sí puede asegurarse que el movimiento feminista, en poco más de treinta años, ha hecho tales conquistas, ha logrado tanto en todos los terrenos, se ha apoderado de tantas opiniones tan contrarias, que su acción expansiva y dominadora debe ser comparada á la de esas grandes ideas de justicia humana, en que tiende á asentarse la sociedad moderna. No es una doctrina que *cede*, sino una doctrina que invade, y ante la cual sus contrarios *ceden*, y á la cual los adversarios tradicionales más exagerados empiezan á *conceder* poco á poco, con mil salvedades á veces respetables, todo lo que sus partidarios atinan á condensar en fórmulas concretas, de inmediata aplicación práctica.

¡Cuánto no dice esto en pro de la oportunidad del movimiento feminista, y del fondo simpático, de justicia, que á través de las descarnadas exageraciones de los más empedernidos sectarios se descubre!

Y no se crea que hay la más leve exageración en el juicio expuesto acerca de la tendencia progresiva y triunfadora del feminismo; me propongo demostrarlo terminantemente, sin grandes esfuerzos: con datos, con hechos, que no pueden ponerse en duda.

Al efecto, con la brevedad que se impone en un artículo, voy á indicar primero, los progresos realizados en estos últimos tiempos por el feminismo en la opinión, considerándolos de tres maneras: los progresos de proselitismo, es decir, conquistas completas de gentes que franca y resueltamente contribuyen al movimiento feminista; los progresos que indican la adhesión benévola de gentes neutrales, y los progresos que señalan transigencias más ó menos importantes en los que, por punto general, pueden estimarse como adversarios del feminismo, en principio, en cuanto éste persigue la igualdad social de los sexos y la independencia personal de la mujer. Es-



tos últimos son los que más interés tienen para argumentar en pro de la actual tendencia triunfadora del movimiento feminista; á una doctrina sin arraigo, sin razón fundada, ó que decae, no se le hacen concesiones: ó se la desprecia, ó se la combate con entera, con absoluta resolución. Después de todo esto, indicaré las conquistas realizadas por el feminismo en los principales países cultos en el terreno de la reforma social, de carácter legislativo, con relación á los tres problemas propuestos por el feminismo *integral*, á saber: 1.º, con relación á la condición *doméstica* de la mujer; 2.º, á su condición *social*: la mujer y las profesiones; y 3.º, á su condición política, especialmente la mujer y el sufragio. Como el campo que señalo es muy extenso, demasiado extenso, para contenido de este trabajo, no se espere un cuadro completo de los *progresos del feminismo*: será un bosquejo tan sólo, en el cual recogeré los datos más característicos, entre los que conozca, y los más modernos de que tenga noticia. Además, no me referiré á España casi para nada, pues he de dedicar ulteriormente un artículo especial á la *Condición jurídica de la mujer española*, y allí se registrarán, con el detenimiento debido, los datos que acerca del feminismo pueden indicarse entre nosotros.

## II

### DE ALGUNOS ANTECEDENTES DEL FEMINISMO

No puede señalarse al movimiento feminista un momento culminante inicial. Las reclamaciones que en justicia hace, no son sólo de estos tiempos: reflejan un estado social característico de todo un período de la civilización humana; fúndanse en hechos generales de gran antigüedad; así, pues, nada de par-



particular tiene que de antiguo se hayan manifestado ideas y conclusiones que sin gran esfuerzo deben estimarse como precedentes históricos del actual movimiento en favor del cambio de condición de la mujer, y de la afirmación de un régimen jurídico, menos despótico por parte del varón, en la familia, en la sociedad y en el Estado. «Desde la más remota antigüedad, dice Frank, los filósofos y los moralistas se han preocupado con el problema de los derechos de la mujer, enunciando á este propósito ideas y teorías que difieren muy poco de aquellas que han logrado la adhesión de nuestra época (1).» Platón, el gran filósofo de la antigüedad, ha sido el primero en sustentar la igualdad de los sexos (2).

La distinguida escritora Mad. María Chéliga, en un interesante artículo publicado en una revista francesa, de que luego hablaremos especialmente (3), advierte que, «sin remontarnos á los tiempos antiguos— aun cuando el programa de Proxágoras, repetido por Aristófanes, no difiere en nada del de los militantes de nuestros días— se debe indicar que el movimiento feminista se manifiesta á través de todas las épocas, siendo fácil señalar sus huellas, tanto en la Edad Media como antes y después de la gran revolución.» «Sin embargo, añade, sólo se trata de tentativas aisladas: mujeres nobles que usaron de su privilegio para instruirse ó para guerrear.....; teorías personales de algunos autores, hombres ó mujeres, que tanto en el siglo XV como en los siglos XVI y XVII reivindicaron la igualdad para los dos sexos, protestaron contra el abuso de autoridad masculina en la familia y en la sociedad, afirmando la necesidad de las reformas.» De todas suertes los feministas fueron raros. La escritora indicada cita entre ellos á María Lejars de Gerunay (1566-1645), autora de un libro sobre *La igualdad de los hombres y de las mujeres*; á un Sr. Doyen,

---

(1) *Essai sur le condition politique de la femme*. Un vol. 1892, p. 1.<sup>a</sup>

(2) Platon, *La República*. Lib. V.

(3) *Revue Encyclopedique Larousse*, Noviembre 1896.



(1766), autor del *Triunfo de la mujer*; á Thomas, que escribió el *Ensayo sobre la mujer* (1750); á un anónimo, autor de *La educación de las mujeres* (1719); las opiniones favorables de Sieyés y de Condorcet; á Madame d'Orbe, gran oradora de la época de la revolución; á Olimpia de Gouges, redactora de un verdadero y completísimo programa feminista—época revolucionaria—con más otros nombres de propagandistas, ya dentro del siglo actual. Para Mad. Chéliga la iniciación vigorosa del movimiento feminista, particularmente con relación á Francia, está en 1848; entonces es cuando dicho movimiento tomó formas políticas de acción, de propaganda; entonces se fundaron periódicos, revistas, asociaciones, se hicieron reclamaciones á los poderes públicos, etc., etc.

Refiriéndose más especialmente á Inglaterra, la ilustre Miss M. G. Fawcet (1), advierte que el movimiento favorable á los derechos de la mujer puede estimarse allí como cosa tradicional. Inglaterra no ha aceptado nunca el principio de la ley sálica. «Aun cuando nuestra historia, escribe, no nos haya dado ninguna figura de la pureza y belleza incomparable que Francia posee en su Juana de Arco, sin embargo, nuestra institución hereditaria y aristocrática ha permitido, desde los más antiguos tiempos, á las mujeres de carácter y capacidades ordinarios, ocupar ciertas posiciones de las que implican una responsabilidad política. En varios condados las mujeres desempeñaban antiguamente las funciones de sheriff.» Copiando á Ruskin, indica cómo Shakespeare estimaba á la mujer: «La catástrofe, dice Ruskin, en los dramas de Shakespeare, la causa invariablemente la locura, ó la falta de un hombre; la redención, cuando la hay, es obra de la prudencia y de la virtud femeninas, fuera de las que no hay *salud* posible» (2). «Mucho antes del movimiento consciente, añade más adelante

(1) *Le mouvement féministe en Angleterre* (*Revue politique et parlementaire* de Agosto, 1896).

(2) Ruskin, *Sesame and Lilies*, cit. por Miss Fawcet.



Miss Fawcet, en favor de la emancipación de la mujer, Thomas Moro se mostraba partidario de una mayor libertad industrial para la mujer, y Defoe, en 1697 (1), conceptuaba bárbara la costumbre del sexo masculino, consistente en negar á las mujeres el beneficio de una instrucción adecuada. Como precursores del movimiento feminista, cita Miss Fawcet, para Inglaterra, á Mary Astell (1731), autora de un libro titulado: *Proposición formal dedicada á las damas para el mejoramiento de sus verdaderos y más grandes intereses*; á la muy célebre Mary Wollstonecraft, con su obra (1791) importantísima, *Reivindicación de los derechos de la mujer*, señalando de paso el carácter inicial, ya religioso, moral, profundamente jurídico, que toma el feminismo inglés, lo que resulta del citado libro de Mary Wollstonecraft, del apoyo de los cuákeros, de la obra de renovación moral de Mrs. Fry, y del género de reformas pedidas para la mujer inglesa en primer término. Miss Fawcet no señala un momento culminante que sea dable estimar como inicial del actual movimiento feminista.

Pero no importa: del contexto del trabajo interesantísimo de la noble Miss Fawcet, y del de todos los que del asunto han tratado, bien puede inferirse, que si no cabe señalar el año 1848, como hace Mad. Chéliga, y á su vez afirma Mad. Kaethe Schirmacher (2) como la fecha indudable de los comienzos del feminismo, cabe decir que, á pesar de todos los antecedentes indicados, el movimiento feminista es un movimiento peculiar y característico del presente siglo, y no de los comienzos, sino de los años treinta para hacia adelante. «La primera mención que del derecho político de las mujeres se hizo en la Cámara de los Comunes de Inglaterra, fué el 3 de Agosto de 1832, bajo la forma de una petición presentada por una dama de alto rango, Mary Smith de Stanmore, que no obtuvo por lo demás

(1) Defoe, *Essay ou Projects*.

(2) En un artículo publicado en el *Journal des Debats* del 4 de Septiembre de 1896 sobre el *Congres feministe international de Berlin*.

E. M.—Marzo 1897.



éxito alguno» (4). Recibió el feminismo allí gran impulso con la adhesión de Ricardo Cobden y Stuart-Mill, pudiendo considerarse como acontecimiento determinante, de inmensa importancia en el movimiento feminista universal, la publicación del hermoso libro de este último, traducido entre nosotros por la Sra. Pardo Bazán, con el título de *La Esclavitud femenina*.

### III

#### FEMINISMO AMERICANO. — EN AUSTRALIA

Realmente, por más que el movimiento feminista encontrase en Inglaterra, y en Francia, y en los países escandinavos grandes y vigorosos gérmenes, y aun cuando en los pueblos europeos hubiera condiciones más que favorables para que la cuestión surgiera espontánea en nuestros medios económico y moral, sin embargo, el movimiento feminista con los caracteres de consciente y ordenado, que á partir de mediados del siglo alcanza en Europa, es en gran parte una consecuencia de influjos americanos. América fué, en rigor, la primer conquistadora casi total del feminismo. El feminismo, escribe la citada Mad. Schirmacher, nos ha venido de América, donde se ha presentado inmediatamente con toda la fuerza y audacia de ese pueblo nuevo, que tiene por máxima *God ahead* (adelante). La americana, que no cede en iniciativa al americano, no ha permanecido callada y quieta. Desde el primer momento ha reclamado su derecho de voto, iniciando así la fundación de asociaciones, hoy numerosas, designadas con el nombre de *Woman's Suffrage Leagues* (Ligas para el sufragio de la mu-

---

(4) Villey: *Les droits de la femme* en la *Revue du Droit public*.



jer), y que van hacia la conquista de los derechos políticos más amplios.» «El movimiento se acentuaba aun en 1865, cuando, después de la guerra de secesión, se concedía á los esclavos del día antes los derechos políticos, de que la mujer quedaba privada.» Lo cual estimó la mujer americana como una verdadera injuria (1). Pero no sólo con relación á los derechos políticos: el movimiento feminista americano, que el Sr. Villey toma desde 1820 con la campaña feminista de la valerosa escocesa Miss Frances Wright, de Miss Ernestina Rose, y en 1840 con el libro de Miss Margarita Fuller, *Las mujeres en el siglo XIX*, tuvo siempre un carácter general, alcanzando desde luego un éxito prodigioso.

«Hace veinticinco años que fueron fundados, casi al mismo tiempo, los primeros clubs de mujeres en Boston y en Nueva-York. Desde entonces no han cesado de constituirse asociaciones análogas en los diferentes Estados, contándose hoy 300, con más la Federación general, que las unifica y les da fuerza. Mad. Th. Bentzon, que ha descrito de un modo atractivo y simpático muchos aspectos interesantes del feminismo americano en su libro *Les Américains chez elles*, nos da idea muy clara del valor é importancia de estos grandes clubs de las mujeres americanas. En uno de sus viajes visitó dos de los principales: el *Fortnightly* y el *Woman's Club*, dando de ellos noticias curiosas, que hacen ver el poderoso influjo que los mismos deben ejercer en la opinión. «El *Fortnightly* es exclusivamente literario; lo he encontrado, dice Mad. Bentzon, instalado en un local elegante, Hotel Richelieu: mujeres de todas edades, con vestido de calle, están sentadas en gran número, ante el estrado donde se encuentran la presidenta y dos

---

(1) Este sentimiento de la injuria lo manifestó la mujer americana, en un cuadro célebre, presentado en la Exposición de Chicago, cuadro que representaba á aquellos á quien la ley americana no deja votar, y que son: El Piel-roja, el idiota, el loco, el presidiario, y... ¡la mujer! (V. el trabajo citado de la Srta. Schirmacher.)



miembros de la mesa. Miss Amelia Gere Mason lee un estudio titulado *Tipos de mujeres antiguas y nuevas*, asunto propuesto, como de costumbre, y que se discute inmediatamente, suscitándose objeciones, completándose los detalles y rectificándose los errores. Por mi parte admiro la facilidad de palabra, desenvuelta en todas las damas que la usan, la sencillez de sus juicios y su sentido crítico... Fácilmente se puede comprender la acción poderosa que estas reuniones periódicas ejercerán sobre el espíritu de las mujeres, sobre sus aptitudes para la conversación, y de qué manera las acostumbrará á apartarse de los entretenimientos frívolos y de las querellas demasiado personales, habituándolas, en cambio, á escuchar con atención y á refutar con lógica» (1). El *Woman's Club*, que preside la notable Miss Sara Stevenson, tiene un programa de acción distinto del *Fortnightly*: se ocupa sobre todo en las cuestiones sociales. En el *Woman's Club* hay mujeres de todas las condiciones: cuenta con quinientos miembros, distribuídos en seis grandes divisiones: los comités de informe, de filantropía, de educación, de enseñanza doméstica, de artes y de literatura, de ciencias y de filosofía. Para que se vea lo que este *Club* hace, baste decir que de 1893 á 1894 se han tratado en los distintos departamentos los siguientes asuntos: *Evolución de la mujer moderna*.—*La emigración ¿debe restringirse?*—*De la significación del trabajo*.—*El realismo en el arte y la literatura*.—*La corporación industrial*.—*La ciencia y la vida superior*.—*La reserva de la energía*.—*La coeducación*.—*Los derechos de la madre*, etc. Y no sólo esto; el *Club* ha tomado una parte activísima en la cuestión de las gentes sin trabajo, buscando éste en todas partes para proporcionarlo á las que lo solicitaban; además ha fundado y sostiene la *Protective Agency* de las mujeres y de los niños, cuyo fin es velar por sus derechos, hacer pagar los salarios injustamente retenidos á las obreras, á las domésticas, impedir los préstamos usurarios,

(1) Th. Bentzon, ob. cit., p. 26 y sig.



la violación de las contratas, encontrar asilos para los niños abandonados, procurar el divorcio á las mujeres maltratadas, etcétera, etc. (1)

Pero ¿á qué seguir? la fuerza y arraigo del feminismo en América son notorios: allí la propaganda feminista ha logrado cuanto constituye casi el máximum de las aspiraciones en la opinión: la mujer tiene allí una fuerza inmensa: sus campañas contra el alcoholismo y á favor del sufragio político, última conquista que aún no ha conseguido la mujer americana, son títulos de gloria indiscutible para el movimiento feminista de aquella sociedad del porvenir. Luego, cuando hablemos de los progresos de hecho, señalaremos con más detalles lo que real y positivamente ha conseguido para la mujer el movimiento feminista de América.

Después de América, en donde el feminismo ha logrado un triunfo más general es en Australia, el país en el cual las reformas más radicales se hacen con menos ruido y con menos escándalo. En Australia el feminismo ha logrado tomar la última fortaleza, la que con más resistencia entregan en todas partes sus adversarios: el sufragio político. Por solo este dato puede calcularse la fuerza que las ideas feministas tendrán en aquel pueblo. Y ya ha hecho uso de él la mujer: las mujeres australianas han votado en la elección de Abril de 1896, sin que por su intervención se haya podido advertir ningún gran trastorno en la marcha general de la política. Como consecuencia de las elecciones, se ha celebrado un *referendum* sobre la candente cuestión de la instrucción religiosa en las escuelas primarias del Estado. «Las mujeres electoras, dice una correspondencia publicada en la *Revue politique* (2), han hecho uso con gran amplitud de su derecho, considerándoselas responsables de las sorpresas del escrutinio. En efecto, se so-

---

(1) Th. Bentzon, ob. cit. págs. 29-37. V. el hermoso libro de M. Dugard *La société américaine*, especialmente capítulos VIII y siguientes.

(2) Número de Septiembre de 1896, p. 631.



metieron al cuerpo electoral tres importantes preguntas: la primera ponía la cuestión de la continuación del sistema laico de enseñanza, y respondieron afirmativamente 50.622, y en contra 17.517; la segunda pedía si debía introducirse la enseñanza religiosa en las escuelas durante las horas de clase, respondiendo *sí* 18.000 votos, y *no* 34.000, y la tercera, versaba sobre si se debían subvencionar por el Estado las escuelas religiosas, contestando que *sí* 13.000 votos, y que *no* 41.000.

#### IV

##### POR INGLATERRA

Ya queda dicho cómo se inició el movimiento feminista en Europa, y sabido es que de Europa, el país en donde ha encontrado, en parte, bajo el influjo americano, un terreno mejor dispuesto, fué Inglaterra. No alcanzó nunca en este pueblo el feminismo un carácter tan radical y universal como el americano y el australiano. Obra del temperamento inglés, el movimiento feminista en Inglaterra no se ha manifestado, nos dice Miss Fawcet, como obra de rebelión contra los deberes *femeninos* de la mujer, sino que más bien se ha inspirado en el deseo de desempeñar más dignamente sus deberes, y de darles una más lata interpretación. «Jamás se ha puesto en duda, por ejemplo, que el más grande de los deberes de la mujer consista en prodigar sus cuidados á los niños, á los enfermos, á los viejos y á los pobres. Precisamente, para poder entregarse más por entero á esta tarea, las mujeres han reclamado, y obtenido, no sólo el derecho de votar en las elecciones de los concejos escolares (School Boards) y de los guardianes (Boards of Guardians), sino el de sentarse en sus asambleas. En calidad de «Poor law Guardians» es quizá cómo las mujeres de Inglaterra



han hecho obra más fructuosa. A sus esfuerzos se deben una gran parte de las reformas de reorganización de las enfermerías de las *Workhouses*, y la inteligente renovación de los métodos de enseñanza y de educación de los niños pobres, á más de que su presencia en los *School Boards* ha bastado para impedir que los intereses relativos á la educación de las jóvenes fuesen abandonados (1).»

Este carácter *devoto*, piadoso y benéfico del feminismo inglés, no le ha impedido tener manifestaciones en otros órdenes de la vida. Para lo que principalmente le ha servido, es para tener una gran fuerza en la opinión y para conquistar ventajas sólidas, abriendo á la mujer todas aquellas profesiones en que decididamente conviene, tanto como la *energía* varonil, la gracia y la bondad femeninas. Por otra parte, el feminismo inglés militante, prescindiendo de las reclamaciones inmediatas, ha tenido éxitos notabilísimos en la vida política, hasta el punto, como es sabido, de estimarse elemento de decisiva importancia la participación de las mujeres en la preparación y en la celebración de las elecciones legislativas.

Según refiere Madlle. K. Schirmacher, las mujeres que actualmente dirigen el movimiento político en Inglaterra son lady Henry Somerset y lady Aberdeen, «mujeres de una gran distinción y pertenecientes á la más alta aristocracia inglesa (2).»

## V

### LAS MUJERES Y EL ALCOHOLISMO EN NORUEGA

No voy á seguir ahora por entero la expansión del feminismo por todos los países europeos (3). Voy á limitarme á se-

---

(1) Ob. cit. p. 307.

(2) Artículo citado.

(3) Ibidem.



ñalar su influjo y sus conquistas en los dos países que se estiman como más refractarios á la emancipación social de la mujer: esto es, en Francia y en Alemania. Pero antes quiero consignar, tomándolo de una revista nada entusiasta por el movimiento feminista, *La Reforme Sociale* (1), un hecho relativo á Noruega—país muy trabajado por el movimiento feminista—hecho que tiene una gran significación, ya como dato que revela un progreso del feminismo, ya como manifestación tangible de la acción benéfica, desde el punto de vista de la moral colectiva de las mujeres en el orden social.

Sabido es que el alcoholismo se estima, con razón sobrada, como una de las llagas más profundas y gangrenosas de la sociedad moderna: el alcoholismo y la prostitución: he ahí dos grandes enemigos de la civilización actual. Ahora bien, contra el alcoholismo y contra la prostitución se dirige de un modo resuelto y eficaz el movimiento feminista. El hecho típico á que quiero referirme, en Noruega, es relativo al alcoholismo. «Noruega, dice el Sr. Cazajoux, semillero de hombres vigorosos, ha trabado, desde hace años, lucha sin cuartel contra el alcoholismo. En 1833 el consumo del alcohol era de 16 litros por habitante, y ha descendido ya á unos tres litros. Esta disminución puede atribuirse á tres causas principales: la presión de la opinión pública, el influjo de la iniciativa individual y *la intervención activa de las mujeres*. Hay en Noruega 818 asociaciones de templanza, bajo la dirección de la Asociación de abstinencia total. Esta Asociación cuenta 110.606 miembros, de ellos 45.197 varones, 48.984 mujeres y 17.425 niños. Fuera de esta unión, hay otras sociedades con 15.000 miembros, la mitad mujeres. Además, hay 61 sociedades de templanza con mujeres sólo, 1.497 miembros: en suma, Noruega, con sus dos millones de habitantes, cuenta con un ejército de 57.000 mujeres, activamente dedicadas á las cruzadas por la templanza, y que trabajan por extirpar todo abuso de la bebida (2).»

(1) Núm. 20, 16 de Noviembre de 1896, pág. 748.

(2) *Reforme Sociale*, etc.



Y no sólo esto: comprendiendo el legislador el beneficioso influjo de la mujer en la supresión del alcoholismo, la ley de 24 de Julio de 1894, por la cual se autoriza á los Municipios para prohibir en sus territorios el comercio del alcohol, si la mayoría de los habitantes así lo acordasen, confiere el voto á la mujer. Esta ley, en vigor desde 1.º de Enero de 1896, ha dado sus frutos: la mayoría de las mujeres se han decidido contra el comercio del alcohol. De una estadística referente á 13 ciudades, consultadas sobre el caso, resulta que 11 se han pronunciado por la prohibición del alcohol. He aquí cómo: «En las 13 ciudades consultadas, el número de electores suscritos se eleva á 23.791; de ellos, hombres 10.355 y mujeres 13.436; esto es, de cada 100 45,5 hombres y 56,5 mujeres. De esos 23.791 electores, 14,624 se han decidido *contra* el alcohol.» Sumando todos los electores, resulta que en las 13 ciudades el cuerpo electoral comprendía 56,5 por 100 de mujeres, habiéndose prohibido el alcohol por el 59,4 por 100 de los sufragios. De todo lo cual, como dice el autor que copio, resulta evidentemente, que la causa de la templanza acaba de lograr victorias notables en Noruega, gracias á la acción moral de las mujeres y gracias á los sufragios femeninos (1).»

Y pasemos ya á Francia y á Alemania.

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO HAROPLONES

## VI

### CONGRESOS Y ASOCIACIONES FEMINISTAS EN FRANCIA

En Francia el movimiento feminista, á pesar de todos los antecedentes que como generales antes indicábamos, encontró grandes resistencias, tanto en la opinión como en las esferas

(1) *Reforme Sociale*, etc.



legislativas. Acaso se debe esto, en parte, á que el feminismo en Francia ha tomado ciertos aires de reivindicación social, radical, íntegra, presentándose como una solución propuesta á veces por los elementos más avanzados y atrevidos de la política. Un autor, no feminista, pero que á vuelta de muchos rodeos acepta no poca cosa del feminismo (1), apunta la idea de que en Francia la cuestión de la mujer no ha alcanzado los caracteres que en América, ni se ofrece de un modo tan perentorio como se va ofreciendo en Alemania, porque el plantel de jóvenes casaderas no es tan grande como en este país. «No tenemos por qué preocuparnos, dice, de la necesidad de buscarles un empleo, á falta de marido..... Además, nosotros (los franceses) tenemos una idea de la mujer distinta de la de los americanos.» El francés, por lo visto, admira sobre todo al guardián del hogar; cosa, naturalmente, que no admira menos que el francés el inglés, lo cual no impide que en Inglaterra se conceptúe necesario modificar la tradición contraria al papel *íntegramente humano* de la mujer.

Pero esto no importa: aun cuando por esas y por otras causas el feminismo haya tropezado con resistencias fuertes en Francia, lo cierto es que en Francia el feminismo ha logrado muchísimo, sobre todo en el trabajo de propaganda, en la obtención de adhesiones valiosas y en la conquista de la opinión general. Un francés ilustre, el gran Víctor Hugo, fué quien, en 1853, en Jersey, pronunciaba aquellas palabras que Mad. M. Chéliga llama proféticas: «El siglo XVIII ha proclamado el derecho del hombre; el XIX proclamará el derecho de la mujer.»

Pasando ya al detalle de los progresos del feminismo en Francia, la fecha que suele citarse como culminante para su propaganda ya hemos dicho que es la de 1848. En un resumen de la evolución feminista, Mad. M. Chéliga cita como

---

(1) Arnold Mascarel. *Le mouvement féministe en la Reforme Sociale*, (1896), p. 453.



una de las grandes impulsoras de la campaña á la ilustre Marie Deraismes. «El feminismo francés debe á esta mujer superior, notablemente dotada, capaz por entero de defender la idea, una gran parte de su desenvolvimiento actual» (1). Al lado de ella deben citarse á Hubertina Anclert, fundadora del periódico *La Citoyenne*, y á Eugenie Petonié-Pierre. El feminismo pudo reunir en Francia varios Congresos, habiendo logrado en ellos creciente éxito. El primero, organizado por Maria Deraismes, presidenta de la Asociación para el mejoramiento de la mujer, y por Leon Richer, celebróse en 1878, pudiendo estimarse este Congreso como la primer manifestación de éxito de los feministas. Tuvo ya mucha mayor importancia el segundo Congreso (1889), reunido también merced á la iniciativa de la citada Deraismes. A este Congreso, dice madama M. Chéliga, asistieron muy numerosas representaciones extranjeras, que expusieron ante el público los resultados de su propaganda. «Esos resultados, primeros frutos de la emancipación para la mujer americana, inglesa, escandinava y eslava, atrajeron la atención, despertaron algunos escrúpulos en la conciencia latina, haciéndole ver sus injusticias respecto de la mujer francesa, la menos afortunada de todas sus hermanas, y condenada sin razón á sufrir las llamadas leyes protectoras, en el fondo leyes meramente opresoras.» Posteriormente celebráronse otros Congresos, todos con buen éxito. Uno de ellos fué el de las Obras é Instituciones femeninas, reunido bajo la presidencia honoraria de Julio Simon, el cual contribuyó no poco á disipar las prevenciones públicas, manifestándose su buen influjo en el hecho de la formación de no pocas asociaciones feministas.

El 25 de Abril de 1891 se celebró la primera Asamblea general de la Unión universal de la mujer, presidida por la ilustre Clemencia Royer, Asamblea que tuvo el privilegio de llamar la benévola atención de la prensa y, en general, del pú-

---

(1) Lugar cit.



blico. «Entonces apareció, dice la citada Mad. Chéliga, el primer esbozo de un partido feminista francés, bajo la forma de una federación de las sociedades femeninas y feministas; federación que ha podido reunir diez y ocho grupos, la mayoría de carácter filantrópico y profesional. La Federación y la Unión organizaron en 1893 un Congreso internacional, que tuvo un gran éxito, pues en él tomaron parte algunos diputados, consejeros municipales, literatos, todos los cuales asintieron á la necesidad de procurar reformas que modifiquen la condición de la mujer, en el sentido de la emancipación. El último Congreso reunido en Francia es el de 1896, organizado por la Solidaridad de las mujeres y por la Liga francesa para el derecho de las mujeres, Congreso que, aunque un tanto desordenado y movido, atrajo poderosamente la atención pública, manifestándose en él fuerte y vigoroso el esfuerzo propagandista del feminismo.

En la actualidad el movimiento feminista cuenta en Francia con muy poderosos organismos, y con numerosos medios de expansión y de propaganda. Por de pronto, se cita un grupo parlamentario feminista bastante nutrido. Además, en París existen las siguientes sociedades feministas: La Solidaridad: secretaria general, Mad. Potonie-Pierre (radical); La Liga francesa para el derecho de las mujeres, que preside Mad. Pognon (moderada); La Igualdad, de Mad. Vincent (moderada); La Sociedad para el mejoramiento de la suerte de las mujeres y reivindicación de sus derechos, presidida por Mad. Teresse Deraismes (moderada); L'Avant-Courriere, de madama la duquesa de Uzés (conservadora); La Unión universal de las mujeres, que preside Mad. Marie Chéliga (propaganda federalista); El Sindicato de las Lavanderas y Enfermeras, de Mad. Coutant (radical socialista). Por otra parte, el feminismo francés tiene los siguientes órganos en la prensa: el *Journal des femmes*, de Mad. María Martín; la *Revue féministe*, de Mad. Clotilde Dissard; la *Revue des femmes russes*, de Mad. Olga de Bezobrazov; la *Revue des femmes chrétiennes*,



de Mlle. Mangerai; la *Femme*, órgano de las mujeres protestantes, dirigido por Mlle. Sara Monod. Esto sin contar con el feminismo no organizado en ninguno de los grupos oficiales, ni representado por ninguno de sus periódicos, y que reúne muchas mujeres ilustres y literatas eminentes, que luego citaré (1).

## VII

### EL PROFESORADO Y EL FEMINISMO EN ALEMANIA. — CONGRESOS FEMINISTAS DE BERLÍN

Si Francia ha sido refractaria al movimiento feminista, más lo ha sido Alemania. La resistencia, sobre todo del elemento intelectual contra la admisión de la mujer á las altas funciones del espíritu, es notoria. Los médicos y estadistas de Alemania se han presentado desde el primer momento antifeministas. Lo que en Inglaterra es ley muy general, por ejemplo, para la admisión de la mujer en la enseñanza, en Alemania es cuestión que la mayoría de las veces se resuelve en contra de todas las exigencias de la equidad y de la justicia. ¿No se dice que el profesor von Treitschke llegó hasta coger por el brazo á una señora, que se había introducido en su curso, para hacerla salir, y que después de haberla expulsado «*manu militari*», dirigió una ruda reprimenda al bedel, culpable de haber admitido la intrusa? ¿No se ha acusado de lo mismo por los periódicos á otro profesor, el Sr. Schmidt (2)? Sea de esto lo que quiera, lo evidente y sabido es que la admisión

---

(1) V. el trabajo citado de Mad. M. Chéliga.

(2) Véase *Revue internationale de l'enseignement*, número de Junio de 1896, pág. 497.



de una mujer en los estudios universitarios en Alemania es todavía un problema, que la reglamentación oficial de dicha admisión en la Universidad de Berlín rodea el caso de muy serias precauciones, cual si se temiese una irrupción ó inundación de las aulas por parte del bello sexo (1).

Sin embargo, el movimiento feminista persiste: las condiciones económicas del país imponen la cuestión de las mujeres, aun cuando sea bajo la forma de una crisis de las jóvenes sin dote, en virtud del excedente verdaderamente respetable de las mujeres no casadas (2). No ha mucho—lleva la fecha de 1897—se publicó en Berlín un libro acerca de *La mujer académica* (3), que revela muy bien el estado de crisis en que la opinión de las gentes científicas se encuentra, respecto de las grandes cuestiones que el feminismo impone. Este libro, debido á la iniciativa de un periodista, Arturo Kirchhoff, contiene las contestaciones, dadas por cien profesores y literatos, elegidos entre los más eminentes, á un cuestionario que les remitiera el citado periodista, y en el cual se preguntaba acerca de la admisión de las mujeres en los estudios superiores. «Hace tres ó cuatro años no más, dice la escritora Arbede Barine, una investigación de esta naturaleza hubiera sido imposible en Alemania: no se la hubiera tomado en serio.» Hoy, la cuestión se ha tomado tan en serio como merece, pudiendo afirmarse que el sentimiento que en todo libro domina es el de

(1) *Revue intern. de l'enseign.* citada.

(2) *La question des femmes en Allemagne*, por María André, publicado en *El Correspondent* del 10 de Marzo de 1896.

(3) *Die akademische Frau, Gutachten hervorragender Universitätsprofessoren über die Bataehigung der Frau zum wissenschaftlichen Studium und Beruf*, por Arturo Kirchhoff. (*La mujer académica: opiniones de eminentes profesores de Universidad, profesores de cursos para mujeres, y de escritores, acerca de la actitud de la mujer para los estudios y carreras científicas.* Un vol., Berlín, 1897.) No conozco el libro directamente. Me refiero á él por un extracto publicado en el *Journal des Debats* por Mad. Arbéde Barine.



que los problemas feministas es preciso estudiarlos, y procurar resolverlos. «Han pasado por fortuna los tiempos, dice el doctor Freund, director de la *Universitäts-Frauenklinik* (Strasburgo) en que las reclamaciones de la mujer contra el orden social existente se despreciaban sin examinarlas. La cuestión feminista arraiga tiempo ha fuera de su dominio primitivo. En un principio la esfinge se ha producido en el terreno del matrimonio; hoy interroga al teólogo, al científico, al jurista, al artista.....» Naturalmente, no todas las opiniones manifestadas en el libro son favorables á las pretensiones del feminismo. ¡Cosa rara! los médicos son más contrarios á las buenas aptitudes de la mujer para los estudios superiores, que los matemáticos. De todas suertes las hay muy favorables, y en general se admite la necesidad de instruir á la mujer. «Désela, ante todo, instrucción, dice un teólogo alemán, el barón von Soden; que de ese modo se crearán fuerzas sociales que la comunidad no dejará de aprovechar á su tiempo.» No hay derecho, sea cual fuere la capacidad originaria de la mujer para el estudio, á privarla el acceso á las diferentes carreras, á menos que el Estado se encargue de casarlas, ó de procurarles una renta congrua. Esa limitación á la actividad de la mujer es una injusticia «que ya ha durado demasiado», dice el profesor Huber Ludwig, director del instituto de anatomía comparada en Bonn.

Fuera del mundo académico y literario, el feminismo ha hecho grandes progresos en Alemania. Recuérdese que el socialismo, uno de los partidos más fuertes y de mayor porvenir del Imperio, tiene como parte de su programa las reivindicaciones feministas. *La mujer ante el socialismo*, de Bebel (1) es quizá expresión científica de las aspiraciones feministas del socialismo alemán.

Según refiere Mlle. Keathe Schirmacher, en la actualidad en Alemania hay un movimiento feminista de innegable im-

---

(1) Publicada en español por la Sra. Pardo Bazán.



portancia. Lo revela desde luego el hecho del éxito de los dos congresos feministas, celebrados el año pasado en Berlín, general el uno y socialista el otro. Revélalo además el gran número de Asociaciones fundadas, muchas de las cuales cuentan por miles sus miembros.

Tomando los datos de la citada escritora (1) cabe distinguir hoy en Alemania hasta tres grupos feministas: el grupo conservador, el grupo liberal y el grupo socialista. La sociedad patriótica de las mujeres alemanas, es la más antigua y más vasta del primer grupo. No es una sociedad ésta decididamente feminista, sino más bien filantrópica, pero de un modo práctico hace obra de feminismo. Al lado de esta sociedad, cítase otra del mismo color político, que comprende mujeres dedicadas al cuidado de casas de caridad. En el grupo liberal, constituído por las gentes reclutadas en la burguesía, hay ya un verdadero partido feminista. Sus comienzos remóntanse á 1865, cuando se fundó la Asociación general de las mujeres alemanas en Leipzig. Sus fundadoras, las señoras Ottó-Peters y Goldsmidt, y la señorita Schmidt, organizaron primero una sociedad de propaganda feminista, cuyas teorías eran bastante avanzadas; pero, obrando con gran tacto, en la práctica se contrajeron sólo á las cuestiones de enseñanza y educación. Durante quince años trabajaron casi solas, pero merced á las crisis económicas sufridas por la burguesía alemana, al problema de la colocación de las hijas, que se impuso con terrible y fuerte presión á las familias, desde 1860 el movimiento arraigó profundamente en la masa burguesa, teniendo hoy verdadera importancia. A su influjo se debe en gran parte la creación de las escuelas secundarias para las jóvenes. Dentro del grupo liberal hay otra Asociación para el bien de la mujer, residente en Berlín, con sociedades auxiliares en Dantzig,

---

(1) Casi todos estos datos sobre Alemania, están tomados de los artículos de esta señorita, publicados en el *Journal des Debats* en Septiembre de 1896.



Kœnigsberg, Dresde y Munich. La característica de esta Asociación, es representar el elemento más avanzado del grupo liberal. Fué fundada hace diez años por la señora Cauer, mujer eminente, de grande iniciativa, filántropa, á quien también se debe la creación de la Asociación de las empleadas del Comercio de Berlín, que cuenta con 1.700 miembros. Esta señora y la señorita Augspurg son las que han dirigido la campaña de las mujeres alemanas contra el nuevo Código civil.

El grupo socialista del feminismo es el más fuerte, por lo que queda dicho: porque el socialismo alemán es feminista. El gran tema del feminismo socialista, hasta ahora, ha sido la cuestión de los salarios de la mujer.

Ya he indicado más arriba, como dato significativo del progreso feminista en Alemania, el hecho de que en este año pasado se celebraron en Berlín dos Congresos del feminismo. Y así es en efecto. En Septiembre se reunió en esta ciudad, primero el Congreso feminista internacional, debido á la iniciativa y trabajos de Mad. Morgenstern y de Mad. Cauer, y luego el socialista. El internacional tuvo excepcional importancia: más aún que el de París del mismo año. Fué un Congreso con cierta consagración oficial, pues se reunió en la Sala de fiestas del Ayuntamiento de Berlín; asistieron á sus sesiones, constantemente, unas 800 personas, de casi todas las nacionalidades, reinando el orden más completo en sus interesantes discusiones. No voy á dar cuenta de éstas, pues alargaría demasiado este artículo; pero sí diré que los informes presentados han tenido, en general, un carácter eminentemente práctico, deduciéndose, de los unos, los progresos del feminismo en todas partes, especialmente en Armenia y en Finlandia, y de otros, el interés que para la mujer tiene la apertura de todos los caminos por donde pueda conseguir una posición económica, que la ponga en condiciones de valerse por sí misma. Se habló, muy principalmente, de la admisión de las mujeres en las Universidades, de la mujer en la profesión de la Medicina, en el comercio y en la industria, de las



escuelas profesionales y de los sindicatos obreros. El Congreso internacional tuvo un carácter general: sin exclusivismos de clase, sus iniciadores invitaron á las mujeres que se hallan al frente del movimiento feminista en el socialismo, pero de éstas sólo asistió la señora Braun, que proclamó la separación radical que existe, según ella, entre las mujeres proletarias y el feminismo burgués. Conviene advertir que esta señora, mujer elegante, distinguidísima, hija de un general, se ha hecho socialista por convicción, casándose con un socialista y dedicándose á la propaganda socialista. El otro Congreso, socialista puro, si no tuvo la resonancia del internacional, fué de importancia también. En él se distinguió, principalmente, Mad. Zetkin, jefe del feminismo socialista, en cuyo discurso señaló los puntos de vista comunes del programa socialista y del burgués (el voto para la mujer, la lucha contra el código civil, la lucha contra el alcohol y contra la inmoralidad, y el aumento de salario de la mujer), pero indicando luego que, á pesar de estas coincidencias, no hay fusión posible entre ambos feminismos, porque el socialista no se detiene ahí, sino que quiere y pide la revolución social, una revolución sin violencias, pacífica, por medio de la transformación del régimen económico capitalista.

## VIII

### FEMINISMO Y SOCIALISMO

Prescindiendo ya de esta indicación referente á la expansión del feminismo por las diversas nacionalidades, el progreso de éste, en la opinión, puede apreciarse más en conjunto en ciertas conquistas y manifestaciones, que implican su carácter universal, humano. No voy á registrar todas estas conquistas



y manifestaciones. Voy sólo á fijarme en una de las primeras, y á señalar luego la amplia acción del feminismo, resumiendo los datos que indican una manifestación universal de simpatía y de fuerza á su favor, tal cual resulta del número que al feminismo dedicó hace poco la *Revue Encyclopedique Laroux*.

La conquista más trascendental obtenida por el feminismo en el orden internacional, es, sin duda, el socialismo. El feminismo no sólo ha conquistado al socialismo alemán; el socialismo democrático, en general, es feminista. Y ya de antiguo, Fournier fué el primero que habló de la *emancipación de la mujer*. Los saint-simonianos, afirmando el espíritu emancipador cristiano, defendían la igualdad de los sexos. En 1851, Pierre Laroux pidió á la Asamblea Nacional el sufragio administrativo para la mujer (1). Resumiendo el venerado Benito Malon la tendencia de la Internacional, afirma que «los fundadores de la gran personificación del socialismo reconocían la igualdad de derechos para la mujer, primero como obra de justicia, luego como causa de moralidad más elevada, de mayor dignidad y de perfeccionamiento más rápido de la familia humana» (2). De Bebel nada diremos: ahí está su libro sobre la mujer. Pero ¡á qué seguir! Veamos las conclusiones de los diferentes Congresos del partido socialista: el partido obrero belga pide, en el artículo 4 de sus estatutos, «la revisión, en el sentido igualitario, de los artículos del Código civil que establecen la inferioridad política ó civil de los trabajadores, de *las mujeres* ó de los hijos naturales.» El Congreso internacional obrero socialista, reunido en Bruselas en Agosto de 1891, votó con entusiasmo la siguiente moción de Volders: «El Congreso invita á los partidos socialistas y obreros de todos los países, á afirmar enérgicamente en sus programas la igualdad completa de los sexos, y á pedir: 1.º Que se concedan á la mujer

---

(1) Frank, ob. cit., pág. 9.

(2) *Exposé des Ecoles socialistes francaises*, pág. 287.



los mismos derechos civiles y políticos que al hombre. 2.º La derogación de todas las leyes que colocan á la mujer fuera del derecho común y público.» El de Erfurt formuló como reivindicaciones necesarias, primeramente el restablecimiento de la mujer en una situación de igualdad completa respecto del hombre, y además la institución del sufragio universal sin distinción de sexo (1).

Acaso esta solidaridad que el socialismo establece entre sus pretensiones y las del feminismo, retraiga ciertas fuerzas conservadoras, que de otro modo se sumarían con resolución al movimiento feminista. Pero no es esta ocasión de discutir la cuestión desde este punto de vista. Lo esencial es afirmar que el socialismo, fuerza política poderosísima, partido internacional de porvenir indudable, comprende entre sus reivindicaciones sociales las más importantes del feminismo, y que, por ende, donde quiera que el socialismo alcanza una representación en los poderes públicos, los feministas cuentan con un apoyo oficial seguro. Por otra parte, la desconfianza que el socialismo puede inspirar á las llamadas clases conservadoras, sobre no ser completamente invencible, no se advierte que perjudique al feminismo, ya que no puede, como dice uno de sus ilustres defensores, conceptuarse á éste solidario de ningún partido político militante.

## IX

### UN NÚMERO DE LA «REVUE ENCYCLOPEDIQUE»

Y paso á presentar una ojeada de conjunto de la manifestación general del progreso feminista, refiriéndome no más que á los datos de la *Revue Encyclopedique*, en su número

---

(1) Frank, ob. cit., págs. 15-16.



*Las mujeres y los feministas* (1). Dos indicaciones de éste me bastan para mi objeto: son éstas, la primera, relativa á las declaraciones de simpatía ó de adhesión hacia los derechos de la mujer de una porción de representantes del mundo científico y literario de casi todos los países, y la segunda, referente á las mujeres que en todos los pueblos están, por decirlo así, en la brecha defendiendo la causa del feminismo. Ambas indicaciones tienen una significación importante como demostración, ya sea de la gran difusión del feminismo, fuera de su propio campo, ya de la gran extensión de éste á causa del gran número de sus adeptos militantes.

La feminista tantas veces citada, Mad. María Chéliga, convencida de que el feminismo interesa hoy á todas las gentes *intelectuales*, para demostrarlo, se dirigió en consulta á unos cuantos hombres de verdadero mérito, que representan en el mundo los más variados principios, creencias, escuelas, razas y nacionalidades, al efecto de obtener de ellos la expresión de su pensamiento en cuanto á las reivindicaciones femeninas. Ahora bien, entre los consultados hay novelistas como los Rosny, Rod, Jokai; críticos como Jorge Brandes; dramaturgos como Ibsen, Hervieu; poetas como Armando Silvestre, Bois, Rodenbach; periodistas como Montorgueil, Riza-Bey; escritores como Lawroff, Renard, Magalhaes Lima, Lacour Descaves, Aicard; sociólogos como Novicow, pedagogos como Stanton, científicos como el doctor Manouvrier, y hasta sacerdotes como el abate Charbonnel: todos han contestado á Mad. Chéliga, y todos expresan con más ó menos entusiasmo y radicalismo su simpatía por el movimiento feminista, ó bien cuando menos el interés que el movimiento despierta, y la necesidad de acudir de alguna manera á remediar los males sociales que el feminismo acusa.

La lista de feministas ó de mujeres dedicadas de una manera más ó menos activa á la propaganda feminista, ó bien

---

(1) De Noviembre de 1896.



ocupadas en obras de carácter social, de las que el feminismo pide para la mujer, ó bien, por último, representantes de la *élite* intelectual con que el feminismo argumenta, es verdaderamente notable, muy numerosa, muy llena de nombres universalmente estimados. Figuran en ella hasta *ciento cuarenta y cinco* nombres de mujeres de todas las nacionalidades; unas literatas, otras escritoras, artistas otras, propagandistas muchas, profesoras algunas, médicas, dedicadas á grandes empresas sociales, de beneficencia, de caridad, no pocas: en suma, la colección de retratos y de pequeñas biografías que la *Revue Encyclopedique* comprende bajo la etiqueta de *La femme moderne par elle-même*, es el mejor argumento en pro de la gran difusión y de la gran fuerza del movimiento feminista. Unida á la de las adhesiones y muestras de simpatía de la lista anterior, y sumado todo ello con la significación y alcance de las conquistas del socialismo, creo que no puede darse una prueba más concluyente del carácter universal del influjo feminista sobre la opinión de las gentes.

## X

### PROPAGANDA FUERA DEL FEMINISMO

Pero los progresos del feminismo en la opinión de las gentes, no deben mirarse sólo desde el punto de vista de su difusión por los medios sociales é intelectuales, que desde luego se revelan simpáticos é inclinados á sus soluciones parciales ó totales. Es preciso ver también cómo el feminismo labra fuera de su propio campo; ó, en otros términos, es necesario fijarse en cómo los no feministas, esto es, los que no parten del principio de la igualdad social de los sexos, transigen con el feminismo, y de qué modo, desde las más opuestas doctrinas, se em-



pieza á admitir algo de lo que constituye sus aspiraciones más caras. Realmente, nada revela la fuerza de una teoría como esto de que los adversarios empiecen por razonar, con argumentos propios, algunas de sus conclusiones.

Ahora bien, desde este nuevo punto de vista, tiene un gran alcance cuanto dejamos indicado más arriba, acerca de cómo ahora preocupa el problema de la mujer á los profesores alemanes, como lo tiene la declaración en favor del reconocimiento de aptitudes varoniles en la mujer, hecha por autores que en principio no se adhieren al feminismo y que resueltamente combaten sus supuestos fundamentales. Uno de éstos, que escribe en *La Reforme Sociale*—revista antirrevolucionaria y mantenedora del espíritu religioso y social del ilustre Le Play—dice lo siguiente: «La cuestión de la falta de aptitud de las mujeres para instruirse, y por tal modo elevarse, no se discute ya. Los partidarios más convencidos del papel limitado, y por lo demás honorable, que nuestras costumbres asignan á la mujer, no le niegan los beneficios de la instrucción. Basta, para convencerse de ello, leer un libro admirable y poco conocido..... las *Cartas de Mons. Dupanloup sobre la educación de las jóvenes.*» (1) Y añade en nota: «De entre las profesiones liberales, únicamente veo una que puede ser útilmente ejercida por la mujer: la de la Medicina.» Mr. Gabriel Alix (2), al presentar en la *Société d'Economie Sociale* (fundación de Le Play) una moción sobre el voto municipal y provincial de las mujeres, escribe, entre otras cosas, lo siguiente: «No ignoro que la *cuestión feminista* encuentra escasa simpatía en un gran número de gentes honradas. Hay contra ella grandes prevenções. Los más no pueden tomarla en serio; suscita en otros cierta desconfianza..... Importa reobrar contra ambos sentimientos.» Y más adelante, después de hablar del voto muni-

---

(1) A. Mascarel, loc. cit.

(2) De *La Reforme Sociale*, núm. 19, Noviembre 1896. *L'electora municipal et provincial des femmes.*



cipal y provincial de la mujer, dice: «Por los ejemplos que invoco se ve que mi moción nada tiene de revolucionaria. Verdad es que figura en muchos programas radicales..... Pero sería mal procedimiento rechazar por entero todos los artículos de un programa, por temor de no acertar en la elección de los mismos. Hay un medio seguro de no equivocarse en lo referente á las reivindicaciones femeninas: estudiarlas á la luz de la única filosofía que da la clave de todas las cuestiones morales. La mujer no es ni el ser inferior, el *sexus sequior*, de que habla Schopenhauer..... ni el hombre-mujer de Stuart-Mill..... Es el ser que nos presenta el cristianismo y que conocemos, ni inferior ni superior al hombre, dotado de facultades no menos ricas, aunque diferentes..... Puede ella reivindicar los mismos derechos que nosotros, siempre que sean compatibles con su misión providencial..... Ahora bien, el derecho de que hablo (el voto administrativo) no me parece que está en oposición con ella.»

Dando cuenta Mad. Vincent en las *Reuniones du Travail* de la misma sociedad, del estado de la opinión en Inglaterra sobre el voto de la mujer, inserta las noticias interesantísimas que copio: «En una reunión reciente se ha hecho pública la opinión del *clero*, favorable en general á la liberación de las mujeres, y que les recomienda tomen una parte activa en los negocios públicos. El *cardenal* Waughan, *primado de Inglaterra*, dice que es muy importante garantizar á las mujeres su participación en la administración de los asuntos locales. El obispo de Londres quisiera que las mujeres tuvieran las mismas franquicias municipales que los hombres. Los obispos de Southwell, de Edimburgo, los reverendos de Newmann, Hall, Martineau, manifestaron las mismas simpatías.....» (1) Opinión esta del clero inglés, que en el fondo coincide con esta apreciación hermosa del arzobispo de Ireland: «Ya tenemos, dice, el Estado de Wyoming, donde se ha concedido á la mu-

(1) *La Reforme Sociale*, núm. 109. Julio 1895, pág. 75.



jer el sufragio. Hace pocos días he sabido que en un Estado una mujer había sido elegida alcalde de la ciudad, y al día siguiente estaban cerradas todas las tabernas. Lo que demuestra que no debemos desesperar del mundo si llega á ser concedido á las mujeres el sufragio.» (1)

Y un último dato de análoga significación. No ha mucho, respondiendo al influjo general del feminismo, quizá para encauzarlo en determinado sentido, se fundó en París una *Société des féministes Chrétiens*, cuyo secretario general, mademoiselle María Maugeret, dice en su artículo-programa—25 de Febrero de 1896—lo siguiente: «Para hablar con claridad, la emancipación de la mujer, tal como actualmente se considera, jamás nos ha parecido muy deseable. Si en el mundo hubiera un poder bastante eficaz para conducir la familia, y por ella la sociedad hacia un estado de cosas, quizás un tanto quiméricas, en el cual el hombre cumpliera con conciencia todos sus deberes de esposo, de padre y de ciudadano, ningún inconveniente veríamos en que la mujer, cultivando, eso sí, su inteligencia, hasta tener algo más que «des chartés sur tout,» se encerrase en los deberes de la casa, sin pensar en abandonar el hogar.» (2) Lo cual, claro es, supone que la mujer se ha casado, lo que, ciertamente, no siempre ocurre.

## XI

### EL FEMINISMO Y LA CONDICIÓN LEGAL DE LA MUJER CONDICIÓN CIVIL

La parte relativa á los progresos del feminismo en la opinión, se ha alargado algo más de lo que me proponía; así que, para no dejar enteramente incompleto el artículo, voy á resu-

(1) *La Iglesia y el Siglo*, trad. esp., pág. 126.

(2) Citado por Leopoldo Lacour. Ob. cit. pág. VIII, nota.



mir las manifestaciones, más ó menos en el sentido del feminismo, de carácter concreto, que implican principalmente conquistas en las decisiones del Estado, ya como legislador, ya como gobernante, ya, en fin, como administrador.

Según dejo dicho más arriba, las que suelen denominarse *reivindicaciones femeninas*, desde el punto de vista de la acción social del feminismo, resúmense por lo común con relación á tres puntos capitales: 1.º *La condición civil de la mujer*: emancipación de la misma, en cuanto al ejercicio de los llamados derechos civiles, muy especialmente con respecto á la situación legal de la mujer en el matrimonio y con respecto á los hijos; 2.º *La condición social de la mujer*: emancipación en gran parte *económica* de la mujer, mediante el reconocimiento y consagración legal de su derecho á hacer «un uso honrado de sus facultades, haciendo accesibles á todos, sin distinción de sexos, los oficios, los empleos, las profesiones liberales, las carreras industriales y demás», (1) y 3.º *La condición política*: reconocimiento del derecho de las mujeres á intervenir en la gestión de los negocios políticos; actualmente, todo el trabajo del feminismo en este punto se encamina á recabar para la mujer el sufragio. (2) Haré rápidas indicaciones acerca de cada uno de estos tres puntos, señalando primero los problemas varios que algunos comprenden, presentando luego la solución antifeminista, la aspiración que quizá refleja el ideal del feminismo, y, por fin, las modificaciones legales ó reglamentarias que se acercan á este ideal.

**SOBRE LA CONDICIÓN CIVIL DE LA MUJER.**—Abarca ésta varias cuestiones, que, siguiendo combinadas las indicaciones de dos libros que las resumen muy adecuadamente, voy á presentar: (3)

---

(1) Frank. Ob. cit. pág. XI.

(2) Ostrogorski: *Les droits des femmes* en los *Annales de l'École libre des sciences politiques*, 1894, Enero.

(3) Bridel. *Los derechos de la mujer y el matrimonio* (trad. españo-



1. *La autoridad marital*.—Refiérese, principalmente, á los derechos de la mujer casada frente al marido. La solución menos simpática al feminismo es esta: «La mujer casada está bajo la dominación legal del marido, su dueño y señor;» en su consecuencia, la mujer que es civilmente capaz antes de casarse, según muchas legislaciones (1), pierde su capacidad después de casada, incapacidad que se extiende hasta impedirle el ejercicio de ciertos cargos (tutor, si bien en algunas excepciones, testigo). Por otra parte, el principio es que la mujer *debe obediencia* al marido, y, de un modo ó de otro, según los diversos sistemas, para verificar actos jurídicos necesita la autorización del marido (2). La solución que el feminismo más general (no el más radical) reclama, puede acaso resumirse, con Bridel, en estos términos: «Borrar de la ley las palabras «la mujer debe obediencia al marido,» sin destruir por eso el principio de que el marido es el *jefe de la familia*, al menos mientras cumpla con sus deberes,» y reconocer «la plena capacidad civil de la mujer casada, derogando las disposiciones referentes á la licencia marital y demás instituciones que coartan la libertad de la mujer» (3). Han adoptado la tesis feminista en cuanto á la abolición de «la autoridad *despótica* del marido» Inglaterra, Rusia, Canadá, Australia y Estados Unidos (4).

---

la) L. Frank. *Le grand catechisme de la femme*, 1894. Véase el trabajo citado de Villey, y H. Pascaud, *Le droit de la femme mariée aux productos de son travail*, en la *Revue politique et parlementaire*, 1896.

(1) La tutela del sexo ha desaparecido por completo. (V. Bridel, obra citada, pág. 53.)

(2) Pueden verse estos sistemas resumidos en el libro de Bridel, páginas 62-76.

(3) Bridel. Ob. cit. pág. 215.

(4) En Inglaterra, dice Lehre (*Elements de droit civil anglais*), según las antiguas leyes, la autorización marital era desconocida, porque la mujer nada por sí misma podía hacer. Según el derecho novísimo, la autorización marital sigue desconociéndose, porque puede la mujer realizar libremente todos los actos de la vida civil. (Bridel. ob. cit., pág. 76.)



2. *Fidelidad conyugal.*—Refiérese al tratamiento legal de los deberes morales entre esposos, y especialmente con relación á la represión del adulterio. El principio general, sin duda, es el de que «los esposos se deben mutua fidelidad, socorro y asistencia» (Cód. Napoleon, art. 212); sin embargo, es sabido cuán distinto es el tratamiento legislativo de la infidelidad ó adulterio, según que el culpable sea el varón ó la mujer, en muchas legislaciones. El feminismo, en general, reclama una misma legislación civil y penal para reprimir el adulterio y para regular la *fidelidad* conyugal. «La mayor parte de las legislaciones de Europa, dice Bridel, consagran hoy un sistema de completa igualdad, no estableciendo diferencia entre el adulterio de uno ú otro cónyuge, por lo que á las causas y consecuencias del divorcio se refiere; ocurre esto en Alemania (salvo el gran ducado de Baden), Austria, Estados escandinavos, Holanda, Suiza (1874), Rusia, Francia (1884), República Argentina, Estados Unidos (excepto Carolina del Norte, Tejas y Kentucky) y Japón (1896). También la mayoría de los países han sometido al mismo régimen penal el adulterio del varón y de la mujer: por hoy la mayor parte de los Estados Unidos, Alemania, Suiza, Holanda, Austria, Hungría, Rusia. Otros no castigan el adulterio (sistema que preconiza cierta parte del feminismo): tal ocurre en Ginebra, Nueva York é Inglaterra.

3. *La patria potestad.*—Aunque con un nombre impropio, suelen las leyes modernas denominar así la autoridad que sobre sus hijos tienen el padre y la madre; pero la exactitud resulta luego cuando, en el desenvolvimiento del sistema doméstico, se atribuye todo el poder al padre, y, sobre todo, cuando la madre, ni aun siendo viuda, recoge la integridad del poder familiar, ó bien lo pierde por causas en virtud de las cuales el marido viudo no lo pierde: v. gr., por contraer segundas nupcias. El feminismo, en general, reclama en este punto varias cosas: que se sustituya la expresión patria potestad, por otra que exprese el poder de los padres; la potestad



en la familia debe ser legalmente, como de hecho es en las familias bien regidas, un poder de ambos esposos; que cuando la potestad familiar pase á la madre—viuda, separada, etc.,—pase íntegra, tal como el padre la ejerce en su caso. Siguen un régimen, basado en la igualdad de derechos para ejercer la potestad familiar, Austria, provincias bálticas, Inglaterra, Italia, varios Estados norteamericanos, etc.

4. *El régimen económico de los bienes.*—El sistema que más se aparta del criterio de justicia, según las corrientes feministas, es el que señala el régimen de la comunidad de bienes como general, salvo pacto expreso en contrario. El feminismo, según Bridel y Frank, prefiere como régimen legal el de la separación de bienes, ó sea el de mutua independenciam entre los cónyuges, debiendo dejarse la más absoluta libertad en las capitulaciones matrimoniales. Se ha adoptado este sistema en Austria, Francia y siete Estados norteamericanos, Rusia, Servia, Italia, Canadá, Inglaterra, Australia, Turquía.

5. *Derecho de la mujer á los productos de su trabajo* (cuestión de los salarios de la mujer casada).—¿Tiene la mujer casada derecho á disponer de lo que gane? ¿Tiene la mujer casada derecho á ahorrar? Según resulta del contexto de algunas legislaciones, del régimen económico á que la familia se somete y del carácter de administrador que se atribuye al marido, la mujer casada no puede disponer de lo que gana con su trabajo intelectual ó material. El feminismo ha hecho gran hincapié en reformar la legislación en este punto. Su ideal es que, sea cual fuere el régimen económico de la familia, aunque la mujer contribuya al sostenimiento de las cargas domésticas, debe garantizarse á la mujer casada la libre disposición de los productos de su trabajo; y en ese sentido van muchas legislaciones, por ejemplo, las de Dinamarca, Italia, Alemania, Inglaterra, Noruega, Finlandia, Suecia, muchos de los Estados norteamericanos (Rhode-Island, New-Hampshire, Maim, Minnesota, Iowa, Carolina del Norte, Delaware, Nevada, Illinois, Massachusetts, Kansas, Virginia, Arkansas,



Colorado, Missouri, Nebraska, Wyoming, Connecticut, Oregon, Wisconsin, Mississippi, Indiana, Alabama, Pennsylvania, Ohio, Dakota), Canadá, Nueva Gales del Sur. La propuesta ley Schmall ó ley Goirand, en Francia, consagra el régimen que defiende el feminismo (1).

6. *Del testimonio de la mujer casada.*—La mujer casada no puede servir de testigo en ciertos actos, según la ley francesa y belga (2). El feminismo reclama con calor contra esa mutilación de la capacidad de la mujer, exigiendo que el testimonio de la mujer tenga en el derecho instrumental el mismo valor que el del hombre. Han modificado en este sentido la ley, Alemania, Italia, Hungría, Dinamarca, Suecia y Noruega, Rusia, Finlandia y todos los Estados norteamericanos. En la Cámara francesa se aprobó una proposición de ley de M. Laconte, reconociendo el derecho de la mujer casada para ser testigo en los actos de estado civil.

## XII

### CONDICIÓN SOCIAL DE LA MUJER.—LAS PROFESIONES

**SOBRE LA CONDICIÓN SOCIAL DE LA MUJER.**—Este es un aspecto muy universal de las reivindicaciones feministas. El principio que puede estimarse como tradicional, contrario al feminismo, implica la exclusión legal ó consuetudinaria de la mujer para el ejercicio de empleos, funciones ú ocupaciones de carácter social, especialmente de ciertas profesiones de índole reglamentada y pública. La mujer, se dice, tiene por misión la maternidad, y la maternidad determina, fisiológica y social-

(1) Trabajo citado de H. Pascaud.

(2) Bridel y Frank, ob. citada.



mente, una incapacidad en ella para dedicarse á las profesiones liberales, que exigen condiciones de inteligencia y de voluntad, y de fuerza física, que no reúne el sexo, que por algo se llama *débil*. No voy á discutir ahora esta afirmación. Me limitaré á poner enfrente de ella la del feminismo, que en su fórmula más templada implica lo siguiente: los hechos presentan numerosas mujeres que, prácticamente, han desempeñado perfectamente todas las profesiones sociales. ¿Será esto una excepción? Todo lo más que puede concederse es que no se sabe; los razonamientos imparciales, y que tienen presentes las dificultades que la sociedad opone á la libre manifestación de las aptitudes humanas en la mujer, la tradición contraria á ella, etcétera, inclinan la balanza en el sentido de que la mujer es apta para todo, y aun cuando así no sea, aun cuando la mujer apta sea una excepción, *no hay derecho* á quitar á la mujer la eventual posibilidad de servir para algo profesional; *no hay derecho* á cerrarle *à priori* las profesiones, y á privarle de los medios de instrucción y de preparación adecuada, para que la mujer, como el hombre, y en la misma medida que el hombre, pueda realizar su destino económico, y por él su destino racional (1).

Y en este punto, es decir, en el de arrollar obstáculos en la esfera de los prejuicios contra la capacidad perfeccional de la mujer, y borrar limitaciones legales por las que se la excluye *à priori* del ejercicio de las profesiones sociales reglamentadas por el Estado, el movimiento feminista ha logrado muchísimo, como rápidamente vamos á ver. Prescindo de aquellas profesiones de índole absolutamente extralegal: la literatura, las Bellas Artes, el teatro, etc., etc., y me fijaré sólo en aque-

---

(1) V. Arvede Barine, loc. cit. Lourbet. *Le femme devant le science contemporaine*, (1896); Juana Chauvin, *Étude historique sur les professions accessibles aux femmes* (1892); Irma de Troll-Borostyani, *Les droits de la femme* (1896); J. Aleson, *Les femmes militaires* (1887); E. M. Mesnard, *Les femmes medecins* (1889); Frank, *Le femme avocat* (1888).



llas para cuyo ejercicio se requiere la aquiescencia de las decisiones favorables de los poderes públicos, en esta forma:

1. *La mujer y la enseñanza.*—Tiene la cuestión dos aspectos: primero, el de la difusión de la enseñanza oficial hasta hacerla perfectamente accesible á las mujeres, y muy especialmente la admisión de las mujeres en los estudios superiores; y segundo, la admisión de la mujer al ejercicio del magisterio oficial.

Respecto del primer punto, insistiré poco. Como dice el señor Torres Campos (D. Rafael): «Hoy ya se va reconociendo que ambos sexos necesitan una cultura general análoga, y en las llamadas escuelas superiores, colegios y liceos femeninos, se da enseñanza equivalente á la secundaria, cuando no la misma» (1). «En el espacio de doce años han creado los franceses 120 colegios ó liceos para mujeres, frecuentados en 1893 por 11.645 alumnas.» En los Estados Unidos existen 157 colegios de enseñanza superior destinados á las mujeres, con 2.235 profesoras y 25.024 alumnas (2). La cuestión en que el feminismo ha tenido que insistir más, es en la de la admisión de la mujer en los estudios superiores. Pero mucho ha logrado: Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza, Italia, Suecia, Noruega, Dinamarca, España y los Estados Unidos, han abierto sus establecimientos de enseñanza superior á las mujeres, aunque no siempre se concede á sus estudios valor académico profesional. En Escocia, las Universidades de Edimburgo y Aberdeen admiten en la Facultad de Artes á las mujeres en las mismas clases que á los hombres. La de St. Andrew las admite en las de Teología, Medicina y Artes. La de Glasgow ha adoptado el sistema de la separación de los sexos en la enseñanza. En los Estados Unidos sabido es que la educación universita-

(1) *Las profesiones de la mujer*, en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza*, págs. 33, 65 y 85.

(2) Torres Campos (M.), *El Movimiento en favor de los derechos de la mujer*, 1 vol.



ria de las mujeres tiene una gran importancia. En la gran Universidad de Harvard, las mujeres estudian en colegios anexos á ella. Sin embargo, la coeducación es el sistema más generalizado. En la Universidad de Baltimore (John Hopkins) se ha fundado una escuela superior de Medicina para hombres y mujeres. En la de Yale se practica la coeducación universitaria: en uno de los pasados cursos, la quinta parte de los discípulos eran mujeres.

Donde mayor resistencia se ha hecho á la admisión de la mujer en los estudios superiores, ya se dijo que es en Alemania. La admisión de una mujer en la Universidad debe de ser objeto de disposición especial. A pesar de esto, la invasión feminista no se contiene, y poco á poco logra su propósito. El Rector y el Senado de la Universidad de Breslau han decidido conceder el derecho de seguir los cursos universitarios, á título de estudiantes de paso (Hospitantinnen), á las mujeres provistas del certificado correspondiente de las escuelas superiores de jóvenes. La Universidad de Guetinga admite desde hace varios semestres á las mujeres en sus aulas: durante el semestre de invierno del pasado año ha habido 34 alumnas. En la Universidad de Heidelberg se ha recibido de doctor en ciencias matemáticas y naturales una mujer. En Friburgo se ha concedido permiso para estudiar en la facultad de Filosofía á otra, etc., etc.

En cuanto á la admisión de la mujer en el magisterio público, puede decirse que es bastante universal en el primario. Pero no sólo esto: en muchas partes las mujeres son profesoras de Universidad; lo son en los Estados Unidos: 13 había hace poco en la Escuela de Medicina de Nueva-York, y 15 en la de Filadelfia. Hay también profesoras en Inglaterra, Suecia é Italia. Y más aún, en muchos países las mujeres intervienen en la dirección é inspección de la enseñanza: en España hay una superiora en Madrid; en Francia, inspecciones elementales; en los Estados Unidos pueden ser Comisarios escolares.



1. *La mujer y la Medicina.*—La Medicina (con la Farmacia) es una de las profesiones en que la mujer ha tenido más éxito y más pronto: es tan evidente el beneficioso resultado para la sociedad toda la acción de la mujer médica, que no debe eso sorprendernos. Es la Medicina, dice la Sra. Vilhelmi, la profesión que mejor se aviene con la condición actual de la mujer (1). La causa de las médicas y de las farmacéuticas, dice D. Rafael Torres Campos, puede darse por ganada. En los Estados Unidos había poco ha 4.432 médicas, teniendo la dirección de hospitales en Boston, Filadelfia y Chicago. Sólo en París había no ha mucho 20 médicas de reputación (2). Londres contaba, en 1894, 45 médicas y los condados 144. La mujer médica fué admitida en 1867 en Rusia, en 1868 en Francia, en 1870 en Suecia, en 1875 en Dinamarca, en 1876 en Italia y Bélgica, en 1879 en Finlandia, en Noruega en 1874, en 1886 en Islandia. En el Japón permítase desde 1893 el ejercicio de la Medicina á las mujeres, con títulos extranjeros (3). El Gobierno austriaco tiene en la Bosnia, con el carácter de funcionario del Estado, una médica, Mad. Krajewska.

3. *La mujer y las profesiones del Derecho.*—Los prejuicios contra la mujer abogado y aun juez, son muy fuertes. Sin embargo, también en esto el feminismo ha logrado no escasos triunfos. La mujer ejerce la abogacía en Chile, en veintitantos Estados de la Unión Americana; además, en ciertas condiciones puede ejercer ante el Tribunal Supremo federal. Han sido admitidas mujeres á defender á sus maridos en Suecia. En Rumania ejercía la abogacía una mujer. Lo que no se ha logrado, que yo sepa, es que la mujer sea admitida en la jerarquía judicial.

4. *La mujer y los empleos del Estado.*—Relaciónase este punto, en cierto aspecto, con la condición política de la mujer;

---

(1) Ob. cit., p. 30.

(2) J. Chauvin, ob. cit.

(3) Frank, obras citadas.

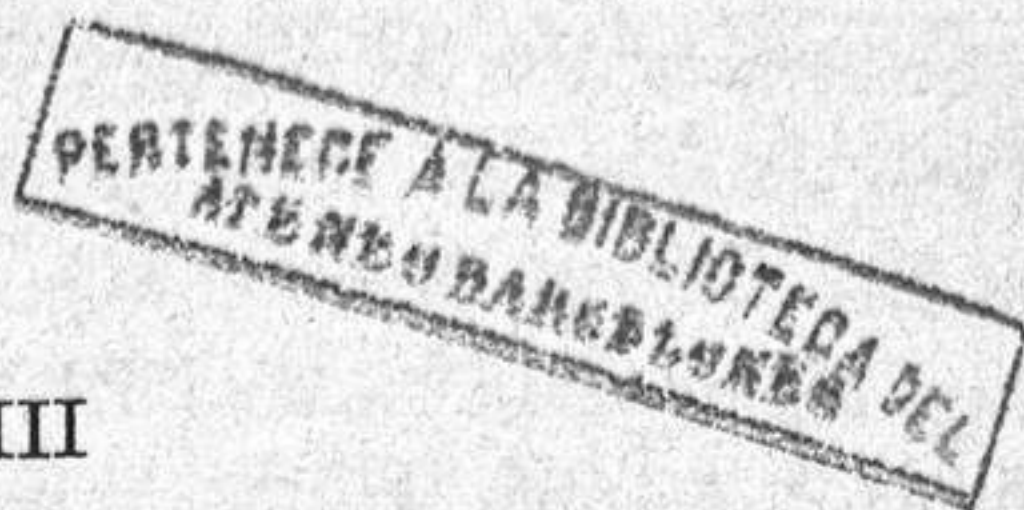


pero aquí queremos considerar el acceso á las funciones del Estado de ésta, no tanto en el respecto de la intervención de las mujeres en el gobierno, cuanto en el del influjo económico y social, de la desaparición de los obstáculos que se oponen á la libre aplicación de la actividad femenina. En esta materia el feminismo ha logrado mucho (1). Desde 1870 los jefes de los departamentos ministeriales de los Estados Unidos han sido autorizados para nombrar empleados á las mujeres, bajo las mismas condiciones y con las mismas ventajas que á los hombres. Con referencia á datos estadísticos de 1891, Frank afirma que había en la Administración federal 14.692 mujeres empleadas. El principio de la admisión de la mujer en los empleos públicos no se aplica con igual amplitud en los demás pueblos; la regla más aceptada parece ser la de no admitir á la mujer en funciones que impliquen autoridad, y sí en algunas en que se conceptúa al empleado mero agente subordinado. La mayoría de los Estados admiten las mujeres para el desempeño de los servicios de Correos y Telégrafos. En Inglaterra había en 1892 24.926 mujeres empleadas en Correos y Telégrafos; en Suiza había en Correos, en el mismo año, 869 mujeres. Las mujeres son muy generalmente admitidas para desempeñar cargos al servicio de los ferrocarriles (en Suiza, Suecia y Hungría, por ejemplo). En Dinamarca puede la mujer ser taquígrafo del Parlamento. En Austria, corren á cargo de mujeres los trabajos de estadística general. En Nueva Zelanda, la Administración reserva á las mujeres los empleos subalternos de los departamentos ministeriales. En la América latina, utilizan á las mujeres para ciertos servicios administrativos Chile, Colombia, Brasil.

---

(1) L. Frank: *La femme dans les emplois publics*. (1893).





## XIII

## CONDICIÓN POLÍTICA DE LA MUJER.—EL SUFRAGIO FEMENINO

*La condición política de la mujer* entraña una complejísima serie de cuestiones, muchas de las cuales implican un aspecto social y económico, que nos ha inducido á indicirlas en el apartado anterior. Realmente, toda modificación en la condición social de la mujer tiene un alcance político; y además, la apertura de las carreras de funcionario y empleado público para la mujer, su admisión en las profesiones reglamentadas, son medidas políticas de verdadera importancia. Pero, en la distinción de las reformas que el feminismo más prudente reclama, lo relativo á la condición política comprende muy especialmente la del reconocimiento legal de la capacidad en la mujer para intervenir, como *representante* del cuerpo social, bien sea en la función electoral, bien en las funciones derivativas de administración y de gobierno. La negación más tradicional del criterio feminista es la llamada *ley sálica*, ó ley de exclusión de las mujeres para el desempeño de la función real, ley que afortunadamente no se ha aplicado en todos los Estados, por lo que los hechos, con el ejemplo de reinas ilustres, se han encargado de afirmar la capacidad política de la mujer. Otra negación tradicional—con sus laudables excepciones—del principio feminista, es la exclusión de la mujer para el desempeño de los cargos públicos, y, por último, la que entraña la limitación con que el sufragio se ha establecido en la mayoría de los Estados modernos, limitación por la cual el voto es, por lo general, atributo del varón, y no de la mujer.

Ahora bien, el feminismo más radical quiere, naturalmen-



te, que todas esas negaciones desaparezcan. Su principio es el de que todas las funciones públicas deben ser accesibles á todos, sin otra condición que la del mérito personal, la moralidad y la capacidad necesaria. Otra corriente del feminismo se inclina á admitir ciertas excepciones en cuanto al voto, por ejemplo, nacidas, más que de incapacidad en la mujer, del concepto que se tiene del sufragio.

Lo que el feminismo ha logrado en cuanto á la admisión de la mujer para el desempeño de los cargos públicos, ya lo hemos indicado: el feminismo ha recabado, como veremos en muchas partes, la participación para la mujer en la *dirección representativa* de las funciones sociales, de la enseñanza y de la beneficencia. Vamos á indicar ahora rápidamente, para terminar, lo que ha conseguido con respecto á las funciones políticas por excelencia, á saber, á las funciones del sufragio.

En este punto, la contraposición de las opiniones, de un lado las reclamaciones absolutas del feminismo más *antiguo* y de otra la oposición, que *cede*, de sus contrarios, obliga á establecer varias distinciones. Es preciso tratar primero del reconocimiento del llamado *sufragio administrativo*—elecciones de corporaciones locales á la mujer—luego del *voto político*—elecciones legislativas—y por fin, de la *elegibilidad* de la mujer para los cargos de las corporaciones locales y asambleas legislativas (1).

El sufragio administrativo, que tiene no pocos precedentes en la historia de los mismos pueblos europeos, puede conceptuarse como una conquista muy adelantada en la opinión general, y como una conquista hecha en no pocos Estados. En Inglaterra las mujeres célibes ó viudas tienen voto en la vida municipal y provincial, por las leyes de 1869 y 1888. Cerca de 70.000 mujeres tienen voto sólo en Inglaterra. Desde 1882 to-

---

(1) V. trabajos citados de Frank, Aïx, Villey, Miss Fawcet y Ostrogorski. V. H. Pascaud *Les droits electorales des femmes dans le monde civilise.* (1894).



man parte en las elecciones municipales de Escocia. Sólo en Edimburgo había 7.599 electoras. En 1889, el Parlamento reconoció el sufragio de la mujer para la elección de los consejos del Condado de Escocia. De las colonias inglesas tenemos el Canadá, en el cual votan las mujeres en las siete provincias; votan también en las siete colonias australianas, y desde el Acta general municipal, votan en la colonia del Cabo. Gozan del sufragio comunal las mujeres en las quince provincias de Austria, siempre que reúnan las condiciones legales prescritas para los hombres. También tienen cierta participación electoral en la designación de las Dietas provinciales. En cuatro provincias gozan las mujeres del voto para la elección del Consejo de Círculo. La Ley XXII, de 1886, concede en Hungría el derecho de sufragio á la mujer en las elecciones comunales, y lo ejercen por delegado. La mujer posee en Suecia amplios derechos políticos en asuntos administrativos. Por costumbre inmemorial participa en la elección de las administraciones de la commune; puede participar en la elección de los consejeros municipales. En Finlandia votan las mujeres en virtud de las leyes de 1865, 1873 y 1883. En Islandia, dice Frank, la igualdad de los sexos en la política es completa desde 1882. En Rusia, la mujer tiene derecho á votar por mandatario. Entre los eslavos del Sur, las mujeres están autorizadas para votar y deliberar en todas las cuestiones importantes de la comunidad. También votan en Rusia, por mandatario, en las elecciones de distrito. En tres estados de Alemania, Prusia, Sajonia y Brunswick, las mujeres poseen en cierta medida el sufragio administrativo. En los Estados Unidos americanos gozan las mujeres del voto municipal en Kansas y en el Wyoming.

El sufragio *político* de la mujer no ha hecho tan grandes progresos. El contraste extraño notado por Frank, de que ni la reina de Inglaterra, ni las regentes de Holanda y de España

---

(1) Racioppi: *Le Costituzione dell' Utah*. (1896).



puedan votar, á pesar de su capacidad para ser jefes de Estado, no hace efecto aún en las gentes. Sin embargo, la negación del sufragio político femenino no es universal: las mujeres, según los datos recopilados por Frank, votan en la República del Ecuador (1861), en el Estado del Wyoming (1869), en la Isla de Man (1881), en Nueva Zelanda (1893), en el Estado del Colorado (1893) y en Austria (1873). Además gozan las mujeres del voto político en el Estado de Utah (1895) (1). Y por fin, según la ley Kingston, de Diciembre de 1894, también se ha concedido el voto político á la mujer en Australia.

Por otra parte, la propaganda es incesante, repitiéndose doquier las tentativas para lograr de los Parlamentos el reconocimiento del sufragio político femenino. La última vez que la Cámara de los Comunes rechazó el *bill* favorable á éste, fué por muy escasa mayoría. Miss Fawcet declara que no puede ponerse en duda la proximidad de la victoria feminista, pues el país habrá de convencerse, según las palabras de lord Salisbury, que «las mujeres no tienen la voz que de derecho les corresponde en la elección de representantes (1). En varios Estados norteamericanos (Nebraska, Dakota Sur, Washington, Oregon, Michigan y otros) se han formulado y aceptado por las Asambleas legislativas enmiendas constitucionales proponiendo el voto de la mujer, las que fueron rechazadas en votación popular. En la Cámara francesa se ha debatido ya alguna vez el asunto. El Gobierno del Canadá sostuvo en la Cámara el voto político de la mujer. En Bélgica, M. Woeste se ha ma-

---

(1) Ob. cit., pág. 315. La apreciación de Miss Fawcet es tan exacta, que el país se encuentra ya casi decidido á convencerse de lo que decía Lord Salisbury. En efecto, escrito y compuesto en la imprenta este artículo, la Cámara de los Comunes, en sesión de 4 de Febrero último, aprobó por 228 votos contra 157, la segunda lectura del proyecto de ley de Mister Begg, según el cual se reconoce á toda mujer en posesión de un inmueble, el derecho electoral. Sir Carlos Dilke se propone presentar un *bill* quitando toda limitación al voto femenino. El voto femenino cuenta con el apoyo del partido conservador inglés, á lo que parece.



nifestado favorable al mismo (1). Las Cámaras noruegas han tratado también de la cuestión..... Puede, pues, considerarse el problema del voto político de las mujeres como problema llamado á resolverse, á la corta ó á la larga, en el sentido del feminismo.

En lo que el feminismo ha logrado muy poco es en cuanto al reconocimiento de la condición de *elegibles* como representantes del Estado y en las Asambleas políticas, ó bien como miembros de las Corporaciones locales, á las mujeres. Algo ha conseguido, á pesar de todo. Por de pronto en algunos países se ha reconocido á la mujer el derecho á formar parte de los Cuerpos administrativos de la enseñanza pública, por ejemplo, como ya he indicado, en Inglaterra, en algunas provincias de Canadá, en Australia, en muchos Estados norteamericanos, en Suecia, Noruega, Finlandia é Islandia. En Francia mismo se admiten las mujeres en los consejos de Instrucción pública. El principio de la *elegibilidad* de la mujer también se ha consagrado expresamente, con relación á los organismos administrativos que tienen á su cargo la Beneficencia en muchos países (Inglaterra, Escocia, Nueva Escocia, varias colonias australianas, algunos Estados norteamericanos, Suecia, Finlandia, y, en cierto sentido, en Italia). Donde el principio de la elegibilidad de la mujer se ha afirmado menos es en las corporaciones políticas: sin embargo, en Inglaterra son elegibles las mujeres para los consejos parroquiales (*Parish concils*); en el Cabo, en Nueva Zelanda y en el Estado de Kansas, las mujeres pueden ser elegidas miembros de los consejos comunales. En Kansas son muchas las mujeres que desempeñan las funciones de alcaldes. En el Wyoming pueden ser elegidas para el Parlamento.



(1) Frank: *Essai sur le condition politique de la femme*, pág. 387.



## XIV

## CONCLUSIÓN

Y heos ya al fin de nuestra tarea. Los límites á que este trabajo ha tenido que ceñirse, me han impedido hacer consideración alguna crítica acerca del alcance de los múltiples hechos anotados. Pensaba reservarlas todas para el final; pero el estudio se ha alargado más de lo que yo me proponía, y es preciso hacer punto. Después de todo, la tesis de la gran expansión del feminismo creo quede perfectamente demostrada con sólo la indicación de sus grandes progresos en la opinión y en las leyes, y esto basta para mi objeto.

ADOLFO POSADA.

Oviedo 1.º de Febrero de 1897.



# LA PRENSA INTERNACIONAL.

---

## KHOR Y KALINYCH. — SIERVOS RUSOS EN LOS CAMPOS

Todo viajero que haya acertado á pasar del distrito de Bolkovski al de Jizdrinsk no habrá podido menos de advertir la notable diferencia que existe entre las gentes del gobierno de Orel y las del gobierno de Kalugá. El aldeano de Orel es pequeño, enfermizo, tristoño; os mira de reojo, habita en chozas de álamo de mala muerte, vive atado á la gleba, no tiene ningún comercio ni industria; come no se sabe qué y gasta calzado de corteza. El aldeano de Kaluga paga una renta á su señor para ser dueño de sus acciones; habita en cabañas de pino; es alto, de mirada firme, de fisonomía placentera, de cutis terso y blanco; trafica en aceite y en sebo de carros, y usa botas los domingos y días festivos. Una aldea de la parte oriental del gobierno de Orel está situada por lo común en medio de campos cultivados, cerca de un barranco sembrado de charcos cenagosos. Podéis recorrer las mayores distancias sin encontrar un árbol, fuera de algunos tristes citisos que crecen en el abandono y de dos ó tres raquíticos abedules. Las chozuelas están pegadas unas á otras, sosteniéndose recíprocamente,



y todas ellas cubiertas de paja enmohecida. Al contrario: la aldea Kaluguesa se halla situada generalmente en el linde de un bosque ó soto; las cabañas preséntanse espaciadas, se alzan erguidas, y tienen techos de tablas; las puertas cierran herméticamente; la empalizada no se cae de vieja, no se deshace á trechos en ruinas carcomidas, dejando libre entrada á los puercos. Para el cazador, el distrito bueno es el de Kaluga; en cuanto al de Orel, de aquí á cinco años habrán desaparecido sus últimos bosques, sus últimas extensiones de matorrales, y de pantanos apenas queda ya ni memoria; mientras que en el distrito de Kaluga no es raro encontrar claros de bosques que miden centenares de kilómetros, y pantanos que cuentan decenas de superficie; allí se ve todavía el noble gallo silvestre, el pánfilo del zorzal y la ágil perdiz, que con su vuelo brusco y sacudido alegre y sorprende á cada paso á perros y cazadores.

Recorriendo, en calidad de cazador, una parte interesante del distrito de Jizdrinsk, topé en el campo un hidalguillo campesino de Kaluga, con el cual trabé conversación. No tardé umcho en averiguar que se llamaba Polutykine, y que era apasionado por la caza, de donde yo inferí al momento que debía ser un sujeto excelente. He de confesar, con todo, que no dejaba de adolecer de ciertos flacos; por ejemplo, tenía la manía de pedir la mano de todas las señoritas ricas de la provincia, siendo de advertir que, después de hallar cerrado el corazón de la hija y el hogar del padre, contaba muy sereno su fracaso á amigos y conocidos, y seguía enviando á los padres de las chicas cestas de albérchigos verdes, y otras frutas no muy jugosas de su huerta. Añadamos que le gustaba más de lo debido repetir las cuatro ó cinco anécdotas de que se componía todo su repertorio de chistes, sin que él tuviese el arte de sacarles la punta; se extasiaba alabando las obras de no sé qué autor completamente desconocido; tartamudeaba; llamaba á su perro *Astrónomo*, á pesar de que yo no he visto nunca que el animal se ocupase de las estrellas; decía *no estante*, en vez



de *no obstante*, y había introducido en su casa, de la manera más lastimosa, una cocina francesa, cuyo secreto, al decir del cocinero, que me lo reveló, consistía en modificar radicalmente el sabor característico de cada alimento. Así, la carne sabía á pescado, el pescado sabía á setas, los macarrones trascendían á pólvora, y jamás caía en las salsas de ese artista una zanahoria ó un nabo, sino bajo la forma de un rombo ó de un trapecio. Aparte de estos ligeros *lapses*, el Sr. Polutykine era una persona muy tratable y sujeto de confianza.

El día mismo de nuestra primera entrevista, me invitó á pasar la noche en su casa, sin cumplimientos.

—De aquí á mi domicilio —añadió— hay unas cinco ver-  
tas, y nos fatigaría demasiado andar á pie todo ese camino;  
así que pasaremos á casa de Khor.

—¿Quién es ese Khor?

Pues uno de mis aldeanos. Vive aquí cerquita.

Fuimos, pues, á casa de Khor, que vivía en pleno bosque, en una gran planicie seca y cultivada, donde se alzaba una buena casa rústica de abeto, con sus correspondientes anejos, patios, cobertizos, cuadras, pozos, etc. La habitación tenía por delante una escalera cubierta, cuya techumbre descansaba sobre cuatro delgados pilares. Nos recibió á la entrada un chiccarrón de veinte años.

—¡Ah! ¿Eres tú, Fedia?—dijo el amo.—¿Está en casa Khor?

—No; Khor ha ido con la carreta á la ciudad—respondió el mocetón, sonriendo y enseñándonos una hilera de dientes como el ampo de la nieve.—¿Quiere usted que enganche la *telejka*? (1)

—Sí, pero por el pronto danos kvass. (2)

---

(1) No es posible transcribir esta voz con los solos recursos del alfabeto castellano. La *j* debe sonar como en francés ó como la *g* catalana en *Sitges*. La palabra en cuestión designa un carro descubierto.—(Nota del T.)

(2) Un refresco muy común en Rusia.—(N. del T.)



Las paredes del cuarto eran pura y simplemente los palos redondos de que estaba hecha la vivienda, sólo que aplanados á hachazos y blanqueados; pero no ostentaban esas toscas estampas de Suzdal (1), pegadas con miga, asaz abundantes en las cabañas, y que son otros tantos nidos de polvo, de alados insectos y de insectos que no son alados. En cambio, en el sitio de preferencia veíase una imagen, con marco de plata maciza, ante la cual ardía una lámpara consagrada; debajo había una mesa de tilo recién raspada y fregada, y delante de la mesa un amplio banco. Ni en los intersticios de los palos, ni alrededor del marco de las ventanas, ni por parte alguna, se veía correr la ágil cucaracha ni el alegre grillo.

El mancebo reapareció, armado de un jarrazo lleno de kvass fresco y espumoso, y de un zoquete descomunal de pan de trigo, á que vino á juntarse inmediatamente una ensalada de pepinos nadando en un gamella de madera. Colocado todo ello en orden sobre la mesa, el mozo fué á recostarse en el quicio de la puerta, con una cara de pascuas en que rebosaba el buen humor. Apenas tomamos nuestro tente-en-pie, oímos rodar la telejka, dando tumbos por el patio. Al instante salimos. En el pescante vimos, muy plantado, un chicuelo de catorce ó quince años, que se esforzaba en contener los ímpetus de un caballo pío. Rodeaban el carro seis gigantes jóvenes, muy parecidos todos á Fedia.

—Son los hijos de Khor—dijo mi compañero.

—Sí—añadió Fedia, que nos había seguido á la escalera;—pero no estamos todos aquí. Potapp anda en el bosque, y Sidor ha ido á llevar á padre. A ver, tú, Vacía, cómo guías, que va el barine (2). Lo que has de hacer, sobre todo, es ir con tiento en los altos y bajos, y refrenar entonces la bestia, no

---

(1) Centro donde se fabrican en gran escala estampas populares sobre asuntos militares y religiosas.—(N. del T.)

(2) El amo.—(N. del T.)



sea que nos la estropees ó que hagas salir danzando al señor que sería lo peor de todo.

Los otros Khorez parecieron divertirse mucho con las bromas de Fedia. En cuanto nos colocamos, gritó con tono solemne el Sr. Polutykine:

—¡Eh! ¡Que pongan aquí á Astrónomo!

Fedia se entretuvo en levantar por los aires al perro, un si es no es sorprendido y no muy regocijado, y lo depositó á nuestros pies, debajo del pescante, que se reducía á una tabla estrecha. Vacía aflojó la brida.

Llevábamos andando un cuarto de hora, cuando me dijo Polutykine, señalándome una caseta muy baja:

—Esa es mi Administración. ¿Quiere usted pasar?

—Con mucho gusto.

—El local está desalquilado; pero va usted á ver qué agua tengo.

La casa se componía de dos cuartos vacíos. Acudió un conserje, viejo y tuerto.

—Buenos días, Miniaich—dijo el amo;—tráenos agua.

El viejo salió, y volvió á poco con una botella de agua muy pura y muy fresca, y dos vasos; era agua de manantial. Bebimos cada uno nuestro vaso, y durante la operación el viejo nos saludaba como si, agradecido á tan preciosos huéspedes por haber pensado en su néctar, hiciese votos por nuestra salud y prosperidad.

—Ajá. Ahora ya podemos volver á ponernos en camino—dijo mi compañero.—Aquí he vendido, y bien, al comerciante Alleluief cuatro fanegas de bosque.

Media hora después entrábamos en el recinto de la mansión señorial.

—Dígame usted—pregunté á Polutykine, cenando,—¿cómo es que Khor ha sabido arreglarse un retiro donde vive separado de los demás aldeanos de usted?

—Es que ese es un mozo muy listo. Hace veinticinco años ardió su cabaña; vino á buscar á mi difunto padre, y le pidió



que le permitiese construir en una clara del bosque, cerca de un pantano, una casa para él y para la familia que Dios se sirviese concederle.—¿Y por qué irse á vivir en un marjal?, dijo mi padre.—Pues mire usted, poca cosa; usted no volverá á exigirme ninguna servidumbre; fije usted mismo el censo equitativamente.—Cincuenta rublos al año.—Está bien; gracias.—Pero no hay que esperar contemplaciones por mi parte, en cuanto al pago de esa cantidad.—Será usted pagado á cada vencimiento. Y fué á crearse el retiro que ha visto usted; desde entonces, los demás aldeanos le pusieron por mote Khor (la comadreja), y con Khor se ha quedado.

—¿Y le ha ido bien?

—Perfectamente. Hoy me paga como un potentado cien buenos tselkoves (1), y ya le he advertido que he de exigirle más, á no ser que quiera redimir el censo, que es lo que yo le propongo con insistencia, pero el muy imbécil jura por todos los santos de la corte celestial, que no tiene dinero para empezar. ¡A otro perro con ese hueso!

Al dia siguiente salimos temprano de caza, después de tomar el té. Polutykine volvió á seguir el camino de la caseta que llamaba su Administración, y gritó al acercarse.

—¡Kalinych!

—¡En seguida, señor!—respondió una voz.—Estoy atándome los laptis (2).

Pusimos al paso el carricoche, y conforme salíamos de la aldea próxima, nos alcanzó un hombre de cuarenta años, alto, flaco, de cabeza pequeña é inclinada, no hacia adelante, sino hacia atrás. Al primer golpe de vista me agradó la hombría de bien que brillaba en su rostro atezado y sembrado de verrugas. Era Kalinych. Luego supe que ese hombre acompañaba á su amo á caza todos los días, llevándole la cacerina y á veces la escopeta; era muy ducho en materia de aves; él era el

---

(1) El tselkove equivale á unas cuatro pesetas.—(N. del T.)

(2) El calzado de tejido de corteza.—(N. del T.)



que corría á buscar agua fresca, á coger bayas al soto y el que guiaba la *droska* (1); sin él no hubiera habido caza posible para un sibarita como Polutykine. Aparte de que Kalinych tenía músculos de acero, era hombre de un carácter dulce y alegre, que cantaba sin cesar dirigiendo rápidas miradas á veinte lados á la vez; hablaba un poco gangoso, guiñaba, sonriendo, los ojos, que eran azules claros, y frecuentemente se llevaba la mano á la barba, cortada en punta á la usanza judía. Marchaba á paso tendido sin la menor apariencia de esfuerzo, apoyándose muy ligeramente en un palo largo y delgado.

Durante el día cruzamos él y yo algunas palabras; sin el menor servilismo me hacía multitud de favores menudos; y en lo tocante á su amo, el hombre demostraba toda la solicitud de una antigua nodriza. Como se nos hiciese insoportable el calor del día, nos llevó á su casucha, metida en la entraña del bosque. Nos introdujo en una pieza cuadrada, donde tenía colgados, puestos á secar, manojos de hierbas aromáticas; nos hizo dos camas de heno fresco; se echó encima de la cabeza una especie de saco de malla; cogió un cuchillo, una jarra y un listón adelgazado, y se fué á su colmena para conquistarnos un panal. Bebimos una hermosa miel fluida y ambarina, como hubiésemos podido beber agua de manantial, y nos dormimos arrullados por el zumbido de las abejas y por el murmullo de las hojas de los árboles. Me despertó una rafaguilla de viento..... Abrí los ojos, y ví á Kalinych sentado en el umbral de la puerta entreabierta, fabricando con el cuchillo cucharas de palo para grandes solemnidades como la de aquel día. Durante un cuarto de hora largo contemplé con fruición aquel semblante bondadoso de hombre sencillo y primitivo, aquella frente serena como una plácida puesta de otoño. Habiendo despertado á su vez Polutykine, nos pusimos en mar-

---

(1) Vehículo reducido á un caballete sobre el cual hay que ir á horcadas.—(N. del T.)



cha. Yo fui el que salí mejor librado en la choza, gracias á un goce de un género especial que sé procurarme: para mí es una delicia, después de una larga caminata y un sueño de cazador, permanecer inmóvil, con los ojos abiertos, sobre una buena cama de heno; el cuerpo está suavemente sumergido en el reposo; la cara, encendida como una amapola, destella vida; los ojos se sienten cargados de una blanda y voluptuosa pereza. Volvimos á recorrer los campos y las espesuras, y, al regresar por la noche, cenamos como no suele cenar nadie ni en el campo mismo. Durante la cena hablé nuevamente de Khor, y, sobre todo, de Kalinych.

—Kalinych es una excelente persona, un buen aldeano, muy servicial. Lástima que no pueda casarse ni arreglarse una cabaña. Siempre lo llevo cosido á mí; me acompaña á caza todos los días; ¿cuándo va á encontrar un minuto para crearse una casita, verdad?

—Sí; no es fácil.

Fuimos á acostarnos.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

Al otro día el Sr. Polutykine tuvo que ir á la ciudad con el dueño de una hacienda vecina, llamado Pichukof. Este vecino, cultivando sus tierras, había ganado algún terreno, lo cual dió margen á un litigio entre ambos. Ignoro si marcharon buenos amigos. En cuanto á mí, cacé solo aquel día, y por la tarde tomé maquinalmente el camino del cercado de Khor. A la puerta de la cabaña ví un viejo canoso y medio calvo, de estatura baja, pero de recios hombros y buena constitución: era el mismo Khor en persona. Observé atentamente al buen hombre, cuyo aspecto recuerda la mayoría de los bustos de Sócrates; frente muy alta y preñada, ojuelos penetrantes, nariz chata. Me hizo pasar adentro. Fedia me sirvió leche y pan moreno. Khor se sentó en el banco, que daba casi la vuelta á la habitación, y pasándose la mano suavemente por la barba ondulosa, se puso á hablar conmigo. Me pareció tener muy alta idea de su valor como hombre de seso; hablaba y accionaba lentamente, y de vez en cuando un movimiento del labio



superior, repetido por el largo bigote, denunciaba una leve sonrisa.

Hablamos de la siembra, de la recolección, del género de vida del aldeano..... Parecía ser de mi misma opinión en todo. No tardé en aburrirme; comprendí que no ganaba nada mi dignidad con aquella charla sin objeto. Khor era discreto y reservado; no creía prudente ó conveniente mostrarse de otro modo. He aquí una *spécimen* de nuestra conversación:

—Dí, Khor, ¿por qué seguir siendo siervo en vez de emanciparte?

—¿Y para qué me había de emancipar? Ahora conozco á nuestro amo, y sé la renta que tengo que pagarle; es un buen señor.

—Pero siempre vale más vivir libre;—dije á media voz. Me miró algo de reojo, y murmuró:

—¡Ah! Sí.

—Pues entonces, ¿por qué no emanciparse?

Khor bajó la cabeza, y dijo volviendo á levantarla:

—Para emanciparse, hace falta dinero, señor, y yo no lo tengo.

—¡Vamos, amiguito, ya será otra cosa!...

—¡Vea usted! ¡Khor convertido en hombre libre!—añadió á media voz, como hablándose á sí mismo.—Cualquiera que se afeita la barba (1) puede darse tono con Khor.

—Te afeitas tú, y punto concluído.

—¿Qué es la barba? Pues hierba que se siega.

—Bueno ¿y qué?

—Khor irá á parar derechito entre los comerciantes; los comerciantes necesitan vivir y se han dejado la barba.

—¡No me parece que seas tú novicio en el comercio!

—Sí, un poco de aceite, una pizca de sebo de carros... ¿No manda usted que enganchen?

---

(1) Es decir, todo ruso que no pertenezca á las clases inferiores. — (N. del T.)



Al oír esta pregunta oficiosa, hecha con la mayor naturalidad, pensé: «He aquí un mozo que no carece de entendimiento y de perspicacia.»

—No—le dije,—no necesito coche; mañana pienso cazar por los alrededores de tu cerca, y, entretanto, si me lo permites, dormiré en tu granero sobre el heno.

—¡Mucha honra para nosotros! Pero ¿no estarás incómodo en el heno? Voy á hacer que las mujeres te pongan una sábana y una almohada. ¡Eh, chicas!—gritó levantándose de su sitio.—¡Vengan acá las chicas! Y tú, Fedia, anda con ellas, porque las mujeres son tan topos!...

Un cuarto de hora después Fedia, provisto de una linterna, me acompañó al cobertizo del heno. Me tendí con delicia; mi perro se hizo una rosca á los pies; Fedia me dió las buenas noches y tiró de la puerta del cobertizo, que cerraba á maravilla. Estuve mucho tiempo sin dormirme. La vaca se acercó á la puerta y soltó dos tremendos mugidos; el perro se levantó para decirle lo que venía al caso, y ella tomó el partido de marcharse; la sucedió un puerco que se puso á hurgar con el hocico no sé qué; un caballo que había cerca empezó á mascullar heno estrepitosamente, y luego á dar bufidos y resoplidos. En fin, acabé por dormirme.

Fedia me despertó al amanecer. Me agradaba mucho ese muchacho, y, hasta donde pude notar, era el favorito del viejo Khor: siempre andaban de broma. El viejo vino á buscarme. No sabré decir si era porque había pasado la noche bajo su techo ó por otra causa, pero Khor estuvo mucho más amable conmigo que la vispera.

—Ya te han preparado el samovar (1)—me dijo cordialmente.—Ven á tomar el té.

Nos pusimos á la mesa juntos. Una mujer robusta, una de las nueras de Khor, trajo un jarro de leche. Todos los hijos entraron sucesivamente en el cuarto.

---

(1) La máquina para hacer el té.—(N. del T.)



—¡Soberbios mozos te has echado!—dije al viejo.

—Así es la verdad—respondió, royendo un terroncito de azúcar.—Me parece que nuestros chicos no tienen que quejarse de mí ni de su madre.

—¿Y viven todos contigo?

—Todos. Es su gusto, y ni unos ni otros tenemos que quejarnos.

—¿Están casados todos?

—Aquí tienes un tunante, que no se decide—contestó, señalando á Fedia, que estaba recostado en la puerta, según su costumbre.—Y Vaska, ese es joven todavía; no tiene por qué darse prisa.

—¿Y á qué me había de casar?—contestó Fedia.—Bien estoy como estoy. Yo no sé siquiera para qué se toma mujer..... ¿para aullar á dúo? ¡Quita, quita!

—Ta, ta, ta. Ya estás tú buena pieza. A nosotros no nos engañas: te he visto yo sortijas de plata en los dedos. Bien te gusta olfatear, como si fueran ramos de flores, á las mozas del amo: «¡Ay qué pícaro! ¡Vaya! ¿Si querrá estarse quieto?»—añadió el viejo, imitando la voz de las criadas del señor de Polutykine.—«Estamos bien con el señor mosquita muerta.»

—¿Qué tiene de bueno una mujer?

—Una mujer—dijo gravemente Khor—es el servidor más unido al hombre; son dos brazos trabajadores, que, juntos con los suyos, suman cuatro; es un criado.

—¿Y qué falta me hace á mí un criado?

—Es que á tí te gusta menear la lumbre con las manos del prójimo. Estamos al cabo de lo que sois vosotros, los hombres sin mujer.

—Bueno, pues, si es así, cásame. ¡Hola! ¿No dices nada á esto?

—Basta de bromas, tunante; ya ves que estamos cansando al barine. Yo te casaré; no tengas cuidado. Y tú, señor, dispensa; es un niño, un bobalicón, que no tiene más que vello todavía, pero ni un pelo de barba. ¡Vele á él con razones!



Fedia movió la cabeza.

—¿Está Khor?—preguntó desde fuera una voz conocida.

Y entró en el cuarto Kalinych con un manojo de fresas, cogidas por él mismo, para su amigo el Comadreja. El viejo le dispensó la más cordial acogida. Yo miré con gran sorpresa á Kalinych; no creía capaz de delicadezas de ese género á un muyik (1), á un semi-selvaje como él.

Aquel día salí á caza cuatro horas más tarde que de costumbre, y así pasé aún otros tres días, haciendo todo lo posible por no ser un huésped molesto para el viejo Khor. Había cobrado afición á mis nuevos amigos. No sé cómo tuve la suerte de ganar su confianza; pero al cabo de dos días habían llegado á hablar conmigo con toda libertad. Yo los escuchaba y observaba con gusto. Khor y Kalinych (que venía diariamente, por hallarse detenido en la ciudad todo ese tiempo el señor Polutykine) no se parecían en nada: Khor era un hombre práctico y positivo, una persona sesuda, que no se dejaba llevar más que de la reflexión y el razonamiento; Kalinych, al revés, absorto por entero en el mundo de lo ideal, era un romántico exaltado, un soñador poético. Khor comprendía la realidad; había hecho asiento en la vida; había provisto al porvenir como al presente; se había colocado en buenas relaciones con su señor y con todas las demás potencias. Kalinych llevaba calzado de corteza, y sonreía á todo, sin preocuparse de nada. Khor había fundado y establecido una numerosa familia, sometida á su persona y unida bajo su autoridad; Kalinych poseyó en otro tiempo una mujer, á quien temía, y nunca tuvo hijos. Khor conocía al dedillo á su amo hacía mucho tiempo; Kalinych profesaba una veneración piadosa, una especie de idolatría, por el Sr. Polutykine. Khor quería y protegía á Kalinych como un ser débil y digno de afecto; Kalinych quería á Khor á fuerza de estimarlo y respetarlo. Khor

---

(1) Acentuando la *y* á la andaluza se tendrá una pronunciación aproximada de este nombre del antiguo siervo ruso.—(N. del T.)



hablaba poco, gastaba bromas cuando no quería decir nada, y lo meditaba todo en sus adentros; Kalinych hablaba con fuego y entusiasmo, y estaba dotado de virtudes que el mismo Khor se complacía en reconocer: por ejemplo, conjuraba los ataques de sangre á la cabeza, las visiones y la rabia; expulsaba los gusanos y las orugas; se entregaban á él las abejas, y, en general, tenía *mano de santo*. Yo he visto á Khor suplicarle que metiese en la cuadra un caballo que acababa de comprar, y he visto al encantador deferir á la súplica del viejo escéptico con una gravedad solemne. Kalinych se acercaba más á la naturaleza; Khor, á los hombres y al estado social. Kalinych, no acostumbrado al trabajo de razonar, se mecía en sus ideas y creía en todo ciegamente; Khor se elevaba á veces hasta esos puntos de vista en que la vida parece una ironía más ó menos irritante; había visto muchas cosas, estudiado muchos hombres, y recogido de su boca multitud de hechos que ignoraba.

Así, yo he sabido por él que en verano, antes de la siega, aparece en las aldeas una teleguita de forma particular. En ese carricoche va un hombre con caftán, que vende guadañas. Pagando al contado, cobra un rublo, y, si vende al fiado, lleva un cuarto, un tercio y hasta una mitad más, frecuentemente. No hay que decir que los campesinos le toman al fiado la mercancía. Dos ó tres semanas después vuelve á presentarse reclamando su dinero; el campesino acaba de encerrar la avena, y tiene, por consiguiente, con qué pagar; va, pues, á la taberna, y allí liquida cuentas con el traficante. Ha habido señores que han tenido la luminosa idea de comprar al contado las guadañas y dárselas á los aldeanos al precio corriente. Pues bien: éstos, en vez de mostrarse agradecidos á los señores, se han quedado contrariados y cariacontecidos; se les privaba del placer de golpear las guadañas, de escuchar el sonido vibrante del metal, de dar vueltas al instrumento en todos sentidos y de decir veinte veces al traficante usurero: «¡Je, je! Esto no vale mucho que digamos, amiguito; suena cascado; tiene pelo.» Cuando la compra de las hoces, se repite la mis-



ma función, con la diferencia de que entonces echan su cuarto á espadas las mujeres, y á veces obligan al industrial á sacudirles el polvo para que aprendan á ser comedidas.

Khor me dijo que hay otro caso en que las mujeres pagan más cara su insensatez. Los fabricantes de papel encomiendan la compra del trapo á individuos que en ciertos distritos se conocen muy comúnmente con el nombre de *águilas*. Estas águilas reciben de su amo cierta cantidad de dinero, y se lanzan en persecución de su botín. Pero, á la inversa del ave noble cuyo nombre usurpa el trapero, él no se precipita franca y atrevidamente sobre la presa, sino que recurre á la astucia y á la perfidia. Deja su carro en cualquier espesura, á poca distancia de la aldea, y se acerca furtivamente por lodazales y patios interiores como un transeunte, un pobre ó un vagabundo. Las mujeres parece como si venteasen la presencia del águila, y salen á su encuentro. Pronto se cierra el trato: por una miseria de calderilla entregan al águila, no sólo los trapos de deshecho de la cabaña, sino á veces la camisa del marido y su propia saya. En estos últimos tiempos han adoptado casi la costumbre de robarse á sí mismas y dar también cerro é hilaza de cáñamo, lo cual, en la industria de las águilas, es una jugada hábil, que representa un inmenso progreso. Los maridos, por su parte, han abierto más el ojo, y al menor barrunto, al más leve indicio de la aparición de un águila, recurren presurosos á las medidas preventivas ó correccionales. Y realmente ¿no es una afrenta? El vender el cáñamo es cosa de los hombres. Tienen, pues, la satisfacción de venderlo, no en la ciudad—para lo cual necesitarían trasladarse allí con la mercancía—sino en la misma aldea y á traficantes de paso, los cuales, no llevando peso, aseguran que cuarenta libras de cáñamo es lo mismo que cuarenta puñados, y ya se sabe lo que es un puñado, ya se sabe lo que abraza la mano de un ruso, sobre todo cuando aprieta de ganas; de forma que lo que no va al águila por la mujer llega al buitre por el marido.

Tal es el tipo de cosas que yo, hombre sin experiencia, y



que no he vivido de asiento en el campo, he tenido ocasión de oír, no obstante, á un aldeano ruso lleno de penetración y sagacidad. Khor me hacía á mí veinte preguntas por cada una que yo le dirigía, llevado del deseo de oírle contar. Supo que había estado en el extranjero, y al oírlo—¿se creerá?—avivóse su curiosidad de repente, y no se despertó menos la de Kalinych, que llegaba á la sazón. Pero éste no demostraba un interés ávido más que por las descripciones de plantas, de animales, de paisajes, de horizontes, de montañas, de cataratas, de edificios extraordinarios y de ciudades populosas. Khor se preocupaba de las cuestiones administrativas y políticas; trataba de adivinar lo que yo no decía, y luego de resumir y deducir, preguntando:

—¿Es allí como aquí, ó es de otra manera? Dí, barine, dí, vamos á ver.

—¡Santo Dios! ¡Qué cosa más hermosa debe ser un puerto de mar!—exclamaba Kalinych durante mis relatos.

Khor guardaba silencio, fruncía las tupidas cejas, y sólo allá, de tarde en tarde, solía formular en voz alta esta reflexión:—Ved una cosa que aquí no serviría de nada..... ¡Eso sí que está muy bien!.... Esa es una gran institución.—No trato de repetir todas las preguntas que me dirigía aquel hombre, ni ¿para qué? Pero he sacado de nuestros diálogos una convicción, que acaso parezca muy inesperada á los lectores..... la convicción de que Pedro el Grande fué el ruso por excelencia, profundamente ruso, sobre todo, al acometer su gloriosa empresa de regenerar el país. El ruso está tan seguro de su fuerza y su energía, que se halla pronto á todo y es abonado para todo; se cuida poco de su pasado, y mira arrogantemente hacia delante. Lo bueno le gusta, y lo que es conforme á la razón lo espera y acepta, venga de donde viniere, sin preguntar su origen. Su buen sentido se ríe de corazón de la sabiduría transcendental de Alemania, aunque Khor declara que es un pueblo curioso, y que de buena gana asistiría á sus escuelas. A causa de su situación enteramente excepcional, de la inde-



pendencia facticia que ha sabido crearse, Khor me dijo cosas que no sacaría de la cabeza de ningún otro, aunque la pusiésemos en prensa. Ese hombre comprendía su posición. Conversando con él, oí por vez primera el lenguaje ingenuo é inteligente del aldeano ruso. Sus ideas y sus nociones eran verdaderamente extensas, extensísimas, sobre todo si se tiene presente que el buen hombre no sabía leer. Kalinych sí sabía, y Khor, refiriéndose á él, solía decir:—A ese pícaro se le vienen á la mano las letras y las abejas, y él las retiene que es un gusto, ¡demonche!

—¿Han aprendido á leer tus chicos?—le pregunté.

—Después de un momento de silencio, me respondió:

—Fedia, lee.

—¿Y los otros?

—Los otros no.

—¿Y cómo eso?

El viejo se quedó callado, y luego desvió la conversación de esa materia.

Por lo demás, y á pesar de todo su despejo, Khor llevaba en la cabeza mediana balumba de preocupaciones y prejuicios; por ejemplo: despreciaba á las mujeres con todas las fuerzas de su alma, y, cuando la tomaba con ellas, no se le secaba la boca. Su mujer, vieja avinagrada, hacía centinela en la estufa, de donde apenas se apartaba; allí se pasaba refunfuñando sin tregua ni reposo desde la mañana hasta la noche. Los hijos no le hacían ningún caso, pero á las nueras las metía en cintura para que estuviesen en el santo temor de Dios. No hay que extrañarlo en Rusia, donde se guarda tan fielmente el recuerdo de la canción en que una suegra dice: «¿Qué hijo has de ser tú para mí? ¿Qué jefe de familia has de ser tú, que tienes una mujer joven y no la pegas nunca?.....»

Una vez tuve la ocurrencia de interceder por las nueras, tratando de apiadar al viejo. Él me respondió tranquilamente: «¡Vamos, barine! ¡Eres demasiado bueno! Las mujeres no se encuentran sin gritar y llorar; las mujeres necesitan tirarse



un poco de las greñas; si se meten de por medio los hombres, salen descalabrados, sin haber conseguido más que echar leña al fuego.» La vieja bajaba á veces de su fortaleza, llamaba al perro, al cual había oído rebullir detrás de la puerta, y, sin que nadie pudiese decir por qué, empezaba á descargar tenazazos sobre el lomo del pobre animal; ó bien iba á instalarse bajo el techado de la escalera, y desde allí ladraba á todo bicho viviente que se acercase, según la expresión de Khor, durante una horita larga, no de otra suerte que si hubiese tenido que cumplir algún voto, llenar algún deber, ó dar cima á un ejercicio de que nadie hacía aprecio por de contado. No hay que añadir que, á pesar de todo, temía á su marido, y en cuanto él tomaba la palabra, tomaba ella el portante á su estufa.

Pero lo más curioso que se oía en casa de Khor eran sus discusiones con Kalinych, sobre la persona de Polutykine.

—Alto ahí, Khor; al amo hazme el favor de no atacarle. Sabes que siempre me ha.....

—¿Que te quiere? Bueno. ¿Por qué no te da botas?

—¿Botas?..... ¿A mí?..... ¡A mí, que soy un muyik!

—También yo soy muyik, y, sin embargo, mira.....

Al decir estas palabras, Khor levantaba el pie derecho, en señalando á su amigo una bota cuyo cuero debía proceder de la piel de un mammut ó de un mastodonte.

—¡Ca! ¿Qué has de ser tu muyik como nosotros?

—¡Ya, ya!..... Pues ¿cómo no te da para comprarte laptis bien hechos? Tú vas á caza con él todos los días, y los laptis de tu fabricación rara vez resisten una jornada.

—Me da para laptis.

—Hombre, es verdad, me olvidaba de que el año pasado te dió de gratificación un *grivennik* (1).

Kalinych volvió la cabeza con despecho, y Khor rompió á reir á carcajadas; brillaba de gozo todo su semblante, á pesar

---

(1) Como si dijéramos: «un realito».—(N. del T.)



de que los ojillos parecían habersele derretido completamente.

Kalinych cantaba con gusto, acompañándose con la balaica (1). Khor se estaba escuchándolo mucho tiempo; pero, siempre que llegaban ciertos acordes, mi huésped ladeaba de pronto la cabeza y, con voz melancólica, entonaba su canción favorita: «¡Oh tú, lote mío, mi triste lote!.....» En esos casos, Fedia no dejaba de decir: «Ea, ya tenemos á padre quejándose; siempre les ha de doler algo á los viejos.» Pero Khor se apretaba el carrillo izquierdo con la mano, cerraba los ojos, y seguía lamentándose imperturbablemente sobre su triste lote. A pesar de estas ligeras expansiones de mi huésped, no había en treinta verstas á la redonda un hombre más laborioso que él. Siempre estaba en movimiento: hacía composturas en los carros, afirmaba las empalizadas, aseguraba las costuras de las guarniciones. Debo decir, en honor de la verdad, que no concedía una gran importancia á la limpieza; y como yo le hiciese un día esta observación, me respondió que no había más remedio sino que la cabaña oliese á hombres, á coles y á pan caliente.

—Pues echa un vistazo al retiro de Kalinych—le repliqué,  
—y verás qué limpio está allí todo.

—Si su casa estuviese de otro modo, no tendría á su disposición las abejas—dijo suspirando, lo cual me dió á entender que en la industria de las colmenas no le salía la cuenta como al vecino.

La víspera de mi marcha, hablando de unas cosas y de otras, le vino rodado preguntarme:

—¿De modo que tú tienes una tierra, barine?

—Sí.

—¿Está lejos de aquí?

—Cien verstas.

—¿Y vives en tu tierra?

---

(1) Especie de vihuela.—(N. del T.)



—Sí, algunas veces.

—¿Pero te gusta más tomar el aire con la escopeta al hombro, verdad?

—La caza es mi alegría.

—Mejor que mejor; tira cuanto puedas á los gallos silvestres, que esos sientan bien á estómagos de cazadores, y són aves que se guisan perfectamente en todas partes; pero allá en tu tierra, créeme, cambia á menudo, pero muy á menudo, al decano de tu aldea.

Hacia la noche del cuarto día me envió un mensajero Polutykine, que había regresado de la ciudad. Tuve el sentimiento de abandonar al viejo; me despedí cordialmente de Khor, de Fedia y de la familia, y monté en la telega con Kalinych.

—Mañana tendremos buen día—le dije mirando al cielo, que estaba muy despejado.

—No—me respondió;—lloverá: el pato se aleja á todo volar de los sitios descubiertos y huele mucho la hierba.

Entrábamos en una espesura... Kalinych cantaba, á pesar de ir bien bazuqueado con el traqueteo del carricoche, y dirigía la mirada siempre al Poniente.

Al siguiente día abandoné el techo hospitalario del señor Polutykine.

I. TURGUENEFF.

---



## MAZARINO Y D. LUIS DE HARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONESLAS NEGOCIACIONES DE LA ISLA DE LOS FAISANES Y LA PAZ  
DE LOS PIRINEOS (1).

Las negociaciones de la Isla de los Faisanes, en el fondo, fueron algún tanto negociaciones de simulacro. Los principales puntos del tratado habían quedado convenidos en los preliminares. Sólo faltaba resolver cuestiones de detalle, por ejemplo, las cláusulas del contrato de Luis XIV, y determinar lo que se consentiría dejar que el rey de España diese al príncipe de Condé. Desde el momento en que existía acuerdo acerca del principio del matrimonio y de las cesiones territoriales, hubiera podido firmarse en París el acta definitiva al mismo tiempo que los preliminares. Pero ambos ministros, Mazarino y Don Luis de Haro, habían querido reservarse los honores del tratado. Los dos ministros aseguraban ellos mismos que habían deseado avistarse menos para conferenciar que para estrechar los lazos de una sincera y pura amistad.—«Pura lisonja»—agregaba Mazarino.

Lo que mejor manifiesta ese carácter de negociaciones teatrales, es la misma manera cómo se organizaron las discusiones. Habíase convenido por los ministros entre sí, aun antes de verse, que la materia de cada conferencia sería previamente examinada y discutida por lo que pudiéramos llamar dos sub-negociadores: Hughes de Lionne, que acababa de ser nombrado para el puesto de secretario de Estado del Extranjero, y

---

(1) Alberto Malet acaba de publicar en estos días el tomo I de una *Historia diplomática de Europa en los siglos XVII y XVIII*, escrita para el joven rey Alejandro de Servia. Tomamos de ella las siguientes páginas del tomo I: *El siglo XVII*.



D. Pedro Colonna. En condiciones tales, no podían presentar ningún carácter de originalidad las deliberaciones entre los dos primeros ministros; no habiendo nada imprevisto en ellas, parece que debiera faltarles necesariamente interés. Sin embargo, eran tan notables las dos personalidades puestas en mutua presencia, había tanta fina flexibilidad en Mazarino, tanto aplomo y tan perfecta posesión de sí mismo en D. Luis de Haro, que esas conferencias, donde al parecer sólo tenían los actores que recitar su papel respectivo escrito por otros, merecen atento examen cual modelos de hábil y cortés discusión. Es tanto más fácil proceder á ese examen, cuanto que Mazarino dejó un relato completo, y hecho día por día en las cartas que dirigió á París al secretario de Estado de la guerra, Le Tellier. «Escribíalas,» dijo él mismo, «para instrucción del joven rey, con la idea de darle cabal conocimiento de sus negocios y acostumbrarle al trabajo».

Desde la primera conferencia, el 13 de Agosto, después de que, entrando simultáneamente en el pabellón construído en medio de la Isla de los Faisanes, se hubieron abrazado los ministros en presencia de todo su séquito, D. Luis de Haro inició la cuestión. Explicó las razones de honor que su amo tenía para no abandonar al príncipe de Condé, así como los añejos compromisos formales con él adquiridos; explicó también las razones de interés para lo futuro, y que si Felipe IV abandonaba al príncipe se expondría en lo sucesivo «á no tener nunca *aliados*». Esta palabra fué cogida al vuelo por Mazarino. «¡Aliados!» Jamás podría Francia conceder semejante título á vasallos rebeldes que van á prestar sus armas á un soberano extranjero.

Tales nombre y calidad sólo pueden convenir á príncipes soberanos que tienen libertad para aliarse como cuadre á sus propósitos. Y además, si España tenía interés en recompensar á aliados de la especie de Condé, Francia tenía un interés opuesto en absoluto; estaba en el deber de emplear todos sus



esfuerzos «para que se les trate de modo que no le sea fácil á la Corona de España tener otros tales en lo venidero». En esta materia Mazarino fué inflexible. Condé no volvería á entrar en Francia sino sometiéndose á la clemencia del rey. En lo demás era muy dueño el rey de España de donarle la suma de dinero que le pluguiese, como indemnización de las pérdidas que su felonía le hubiera producido.

—¡Dinero!—replicaba D. Luis de Haro;—eso sería pagarle, no recompensarle por los servicios prestados. Se paga á un mercenario, no á un aliado. Por lo menos, deje Francia á Felipe IV libre de otorgar á Condé un presente «honroso para entrambos», por ejemplo, la soberanía de las dos Calabrias, un Estado que se formara con algunos distritos flamencos, aunque sea la Cerdeña.

La proposición era insidiosa y ocultaba un lazo hábilmente tendido. Mazarino no podía impedir la ejecución de un proyecto de esa especie; un soberano puede disponer de sus territorios como le parezca mejor. Condé en Calabria no sería peligroso; pero era muy diverso el caso de Condé príncipe soberano de Flandes. Su principado no tardaría en convertirse en cuartel general de los descontentos, en una ciudadela de intrigas, por donde España podría siempre penetrar en Francia: algo así como el principado de Bouillon en tiempo de Richelieu. ¿Cómo poner, por tanto, trabas á los confesados propósitos del rey de España y apartarle de su idea de recompensa territorial, sin hacer al mismo tiempo traición á las secretas inquietudes de Francia? D. Luis de Haro aguarda la respuesta de Mazarino. «Soberanías, hasta reinos, dadle tantos como gustéis,» dice Mazarino con aire impasible, casi indiferente. «Pero, después de eso, que no piense ya Condé volver á Francia.» Esto es una advertencia á Condé. Ahora Mazarino habla con tono confidencial: «Por otra parte, ¿ignoráis que el príncipe sólo desea una colocación importante cerca de Francia, para ponerla en seguida en manos del rey y hacer de ella el precio de la reconciliación?» Doble habilidad la de esa res-



puesta: inspiraba á los españoles desconfianza respecto á Condé; debía apartarlos de constituir para él un principado, por lo menos á las puertas de Francia, puesto que sólo al rey de Francia le aprovecharía.

La cuestión fué examinada de nuevo en la conferencia siguiente. Mazarino tenía empeño en perturbar la excesiva intimidad que existía entre el representante de España y los representantes del príncipe de Condé. Hacer cualquiera proposición ventajosa para el príncipe de Condé, y cuya aceptación dependiese de España, pero elegir una de tal clase que con toda seguridad tuviese que rechazarla España, excitando así contra ella el rencor de Condé: esto era lo que se trataba de encontrar. Por otra parte, si España tenía que sostener los intereses del príncipe de Condé, Francia tendría que sostener los mucho más graves intereses del duque de Braganza y de Portugal. Mazarino sabía que Felipe IV consideraba al duque de Braganza como Luis XIV consideraba á Condé, y que aquél sería tan inflexible en ese punto como lo era el rey de Francia. Sin embargo, era preciso dar satisfacción á las peticiones de los portugueses y probarles que se les atendía. Mazarino encontró el medio de matar de un tiro los dos pájaros.

«Puesto que el rey de España y vos deseáis tanto la satisfacción del señor Príncipe, estoy resuelto á contribuir á ello por mi parte, suplicando á Su Majestad Católica que acepte una proposición que voy á haceros, y por medio de la cual obtendréis mucho más de lo que pedís.»

Lon Luis de Haro era todo oídos, y veíase retratado el gozo en su semblante.

«Sí, prosiguió Mazarino con vehemencia: sí, yo suplicaría al rey de Francia que tuviese á bien reintegrar al príncipe de Condé y á su hijo el duque de Enghien en sus cargos en todos los gobiernos que tenían antes de que ese príncipe se pusiese al servicio del rey de España. Hasta haré de modo que á cambio de aquellas de sus plazas fuertes que se le han arrasado se le den otras; y, por último, que el rey consienta en abando-



nar todas sus conquistas hechas durante esta guerra, con tal que Su Majestad Católica deje á Portugal como está y consienta en concluir la guerra por todas partes.»

Imagínese el efecto producido por esta proposición. Don Luis de Haro, siempre maravillosamente dueño de sí, perdió su sangre fría. «Contra su natural carácter, enardecíósele el rostro.» Se levantó diciendo que había gran diferencia entre el príncipe de Condé y el duque de Braganza. «Tenéis razón, replicó friamente Mazarino: el uno está en posesión de un reino desde hace veinte años, el otro no tiene nada.» Y con esto tuvo acabamiento la conferencia en el mismo punto y hora.

Puso término á la dificultad una carta del príncipe de Condé á D. Luis de Haro, suplicándole «no suspender el importante negocio de la paz» por su particular interés. Mazarino había declarado que Luis XIV antes rompería las negociaciones que ceder en esa materia. Pero supo burlarse admirablemente del interés que Felipe IV y D. Luis de Haro se tomaban por el príncipe. D. Luis había declarado que, excepto el Rosellón, cedido en virtud de los preliminares, no consentiría ninguna rectificación de fronteras por la parte de los Pirineos. Sin embargo, escapósele en la conversación que quizá su amo y señor hiciese algunas concesiones por el lado de la Cerdaña, si estuviese cierto de que habrían de inducir á Luis XIV á suavizar sus asperezas con respecto á Condé. Esto costó á Felipe IV toda la Cerdaña francesa. La importancia de esta nueva cesión, no prevista en los preliminares, aparece claramente en la carta por la cual anunció Mazarino su triunfo á Luis XIV. «Así, Vuestra Majestad se encuentra en posesión de un país muy fértil, poblado con más de trescientas aldeas y defendido por tres ciudades importantísimas, Perpiñán, Collioure y Salces; sin que nos quede ningún motivo de recelos de que los españoles acometan ya nada, como en otros tiempos, contra el Languedoc, una de las más grandes é importantes provincias del reino.» Era cierto que así quedaba el Languedoc cerrado para España; y, sobre todo, quedaba la frontera com-



pletada al Sur. Con el Rosellón y la Cerdaña, tocaba Francia por el Mediodía su frontera natural, los Pirineos; fué la primera á donde llegó, y desde entonces nunca ha intentado adquirir nada por esa parte.

ALBERTO MALET.

(De la *Revue Politique et Litteraire.*)



# CRÓNICA LITERARIA

---

## PÉREZ GALDÓS Y PEREDA

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

---

Si una persona que no conociera las obras de Pérez Galdós leyese su discurso de entrada en la Academia, y por él tratase de imaginarse la personalidad literaria del gran novelista, es seguro que la representación que de él se formara sería tan distinta de la realidad como lo son de los objetos reales las figuras reflejadas en los espejos grotescos, que alargan ó ensanchan desmedidamente las imágenes de las cosas.

En efecto, el discurso es acaso, entre todos los escritos de Galdós, el que menos marcado tiene el sello personal de su autor, el que menos *suyo* parece, como si fuera fruto de paternidad forzada y poco espontánea. Y aún hay más, y es que los méritos y los defectos de la obra literaria del autor de *Angel Guerra* están *invertidos* en este discurso. Lo que en él sobresale, es en los *Episodios* y en las *Novelas españolas contemporáneas* lo menos notable, lo que más blanco ofrece á la crítica. Y, al revés, las condiciones que han conquistado á estas obras tan general y legítimo aplauso son las que en la oración



académica aparecen amortiguadas, casi desvanecidas, ocupando lugar muy secundario.

Más claro: Galdós, en la larga serie de creaciones de su robusta y fecunda fantasía literaria, no ha atendido nunca al nimio cuidado de perfilar el lenguaje, ni espontáneamente se ha atemperado á los cánones del clasicismo y casticismo español, al tipo de idioma que creó nuestro siglo de oro. Pues esto, que falta á sus novelas más celebradas, puede decirse que es lo principal en su discurso, escrito con toda la corrección y elegancia retórica que puede pedirse á un documento académico. En cambio, aquello en que consiste la belleza principal de sus obras, ó sea la evocación vigorosa y plástica de la realidad, la vena original y fecunda de representaciones diversas de la vida, la abundancia de ideas y la facilidad y novedad al expresarlas, es lo que se echa de menos en el discurso, cuya forma es muy superior al fondo.

Probablemente se habrá debido esta rara inversión á la influencia del medio académico. Dado el poder de las costumbres, no es de extrañar que literatos eminentes, cuya gloria no necesita consagraciones oficiales ni puede aumentar en un adarme con la medalla de académico, deseen, sin embargo, entrar en la Academia y hasta acepten el humilde papel de postulantes, como Zola, que lo menos ha llamado ya veinte veces á la puerta de los inmortales y todavía está de humor de seguir dando aldabonazos. Galdós no ha tenido que pasar por este molesto noviciado, ni creo que él, ni ningún otro literato español de su fama, mostrase la paciente constancia del autor de *La Terre*, como no fuera por el gusto de renunciar la distinción, una vez obtenida, y devolver de una vez todos los desaires. Verdad es que en Francia, con República y todo, el prestigio de los oropeles es mayor que entre nosotros. El casacaquín de académico, la cruz, hasta las palmas de oficial de Instrucción pública tienen allí una importancia que aquí no se da, ó al menos no se confiesa, á distinciones semejantes.

Con todo, el prestigio de la Academia se impone á los neó-



fitos, y es raro el caso de un Sellés, que entre en aquella mansión entonando un hermoso y desaliñado himno de independencia.

El Sr. Pérez Galdós no tiene temperamento *académico*; mas por galantería hacia sus compañeros ó por respeto á la *docta corporación*, como es uso llamar á la Academia, ha querido ponerse al diapasón de la solemnidad, y de la antítesis entre su temperamento y su deseo ha nacido el discurso.

No quiere decir esto que necesariamente exijan los discursos de recepción en la Academia una *capitis diminutio* de las facultades literarias de sus autores. Ni aun tratándose de ingenios *poco académicos*, es axiomática esta proposición. Mas en el caso de Galdós, por lo mismo que es un retraído, casi un solitario, la disparidad entre su manera de concebir y de *practicar* la literatura y el tipo de la literatura académica, le ha conducido acaso á exagerar en su pensamiento las restricciones de esta última; á figurarse á la Academia como una especie de ogro dispuesto á confundir con su indignación al osado que se atreviera á contravenir sus tradiciones ó á apartarse de sus gustos. En su manifiesto deseo de no faltar á las conveniencias *locales* de la casa en que se limpia, fija y da esplendor al idioma, el gran novelista ha hecho allí papel semejante al de un hombre ingenioso y divertido que se encuentra de improviso entre personas á quienes desea agradar, pero cuyos gustos y opiniones desconoce, y que, en tal situación, se limita á decir generalidades, en vez de dejar correr libremente la vena de su conversación original y chistosa, que pudiera herir la susceptibilidad ó los prejuicios de aquellos extraños.

En el discurso se nota vacilación, esfuerzo, contradicción del autor consigo mismo. Tiene todas las apariencias de un trabajo impuesto por la fuerza de las circunstancias. Es un hijo engendrado sin placer, para cumplir un trámite ó ceñirse á una exigencia social.

Empieza por no corresponder á lo que promete el tema. ¿Quién, que conozca las obras de Galdós, dudará que disertan-



do sobre *La sociedad presente como materia novelable*, hubiera hecho el autor de los *Episodios* un delicioso estudio de sociología literaria, digámoslo así, si se hubiera propuesto escribir algo que no fuera su discurso de entrada en la Academia?

Pues en el discurso pasa como sobre ascuas por tan interesante tema. El, tan conocedor de la novela y de la sociedad contemporánea, que ha sabido retratar magistralmente en sus obras, se limita á hacer algunas observaciones oportunas (como el juicio que emite acerca de la actual clase media), y la mayor parte de su discurso no pasa de ser una nueva edición (único grado de novedad que puede concedérsele) de las conocidas disquisiciones sobre la falta de ideales colectivos ó de principios de unidad en nuestro tiempo, con las inevitables variantes sobre la confusión moral, estética, etc., que, á la manera de los monarcas constitucionales, reina, sí, en los espíritus, pero no los gobierna en manera alguna.

Esto pertenece á un género desacreditado. Es filosofía de la historia; y por si no fuera bastante, filosofía de la historia..... contemporánea. Y luego ¡se ha repetido tanto todo eso! En mis tiempos de estudiante se hablaba ya de ello. Entonces se decía que estábamos en un período de transición, y que oscilando entre los viejos principios, próximos á la agonía, y los nuevos, aún en la gestación, no sabíamos á qué carta quedarnos; de donde se originaban una porción de males, cada uno de ellos mayor que todos los otros. Subsistía aún en aquel tiempo (no muy lejano) un vago hegelianismo, y por otra parte Max Nordau no era conocido en España ni en Francia, que le ha hecho popular con sus traducciones, ni probablemente en su país. Acaso sería también estudiante, y se ocuparía más en la cerveza, en las *Gretchen* y en las camorras escolares, que en estudiar las llagas de la sociedad presente. De entonces acá el *período de transición* ha pasado al archivo de las fórmulas anticuadas, y le han sustituido el *mal del siglo*, el *crepúsculo de la civilización* y otras parecidas frases, más bonitas y expresivas acaso que aquel rótulo, ya en desuso, que se ponía á



nuestro tiempo, y que no fué menos celebrado y corriente en el suyo que lo son hoy los diagnósticos de las enfermedades sociales que, *al parecer*, nos aflijen.

Hasta en el elogio de D. León Galindo de Vera, su antecesor en la poltrona académica, se observa lo desorientado que anda en su discurso el Sr. Galdós. Y la verdad es que haberle tocado hacer el elogio de Galindo de Vera, parece una broma pesada del azar. No porque Galindo fuese hombre de poco mérito. Nada de eso; fué un jurisconsulto concienzudo, autor de unos minuciosos comentarios á la legislación hipotecaria, que se siguen estudiando con fruto y de los cuales se han hecho varias ediciones. Además de esto era un buen escritor castellano, principalmente en el sentido gramatical. Pero su talento no tiene nada de común con el del autor de *Fortunata y Jacinta*; son de distinta familia. Cuando Galdós escribe que Galindo supo dar á las cuestiones de Derecho una forma de intachable hermosura, no hay más remedio que tomar á broma este elogio. Yo no sé si el insigne autor de *La Desheredada* conoce la ley Hipotecaria, y la verdad es que como novelista no tiene obligación de dedicarse á estas lecturas, á no ser en algún caso excepcional y raro; mas si por ventura llegara á ocuparse en ellas, reconocería de fijo que aquel monumento legislativo, tan llevado y traído cuando se promulgó, y que hoy es para algunos suma de las perfecciones jurídicas, no es susceptible de adquirir *intachable hermosura*, por muchas vueltas que le diera el más sagaz y experto de los comentadores. Por otra parte, el Sr. Galindo, aunque buen legista y buen escritor, no era un Papiniano ni un Savigny.

Poco importa, en verdad, este pormenor del elogio al señor Galindo de Vera. Esta parte de los discursos académicos es aquí secundaria y no forma el asunto principal de tales escritos, á diferencia de lo que sucede en Francia, donde el elogio del académico cuya vacante se cubre y el del nuevo miembro de la Corporación son materia obligada de semejantes oraciones.



Lo peor es que al desarrollar el tema de su discurso el señor Pérez Galdós se limite á exponer algunas generalidades para venir á parar á la conclusión de que la falta de principios de unidad favorece el florecimiento literario, de lo cual deduce que hay mucho de falso en la que llama la leyenda de los siglos de oro.

Lo primero es discutible. De todas maneras, tratándose de hechos, la experiencia histórica y no la dialéctica sería la llamada á decidir sobre el caso, puesto que en cuestiones de esta índole no rige el *debe ser* de las deducciones filosóficas, sino el *es* de los hechos históricos. Lo más probable es que una averiguación detenida pusiera en claro que el que haya ó no en una sociedad culta firmes principios de unidad, no es lo que más influye en el desarrollo y valor de su literatura, aunque de seguro ha de ejercer influencia en el carácter de aquélla, y en la variedad é *intensidad* de sus formas y de sus asuntos. Pero en todo tiempo, así cuando dominaban los principios de unidad como ahora que se les ve en decadencia, la literatura ha tenido algo de autónoma, de individualista y aun de revolucionaria, que tira á emanciparla de la autoridad ajena, por lo cual no es raro observar grandes atrevimientos en las letras, en tiempos en que la libertad era muy restringida y la autoridad no sólo vigorosa y respetada, sino hasta arbitraria y despótica.

En cuanto á los *siglos de oro*, es dudoso que la revisión histórica á que alude el Sr. Galdós los reduzca á la categoría de meras leyendas. Lo que seguramente puede poner y ha puesto en claro la erudición, es que en los siglos de oro se escribía mal también, como en todos los siglos, y que no todos los escritores eran Cervantes ni Quevedos. Pero la existencia de ciertos períodos, durante los cuales ha sido mayor el florecimiento de las letras, es indudable. Es un hecho de evidencia histórica que no requiere otra comprobación que la de recordar que en esos siglos (que no son naturalmente siglos cronológicos) vivieron y escribieron los autores más notables de una determinada literatura nacional, y que las obras maestras en



tales períodos producidas superan con mucho en cantidad y calidad á las que registra la historia literaria en las épocas anteriores y en las siguientes. Lo que sí es discutible es la explicación de este fenómeno histórico, ó sea las teorías relativas á los *siglos de oro*, aunque no es extraño que la literatura, como las demás manifestaciones de la actividad humana sujetas á leyes biológicas, tenga tras su período de desarrollo el de plena madurez y florecimiento, al que sigue la decadencia, análoga á la vejez de los seres vivos.

Sea esto como quiera, la última parte del discurso del señor Galdós, referente á los siglos de oro, revela que por grande que haya sido su deseo de agradar á sus compañeros en inmortalidad presunta, el autor de *Nazarín* no ha llegado al punto de abdicar de su independencia de juicio. Y en todo el discurso hay esa mezcla de timidez y atrevimiento, á la que se debe, sin duda, que resulte vago é inconexo este escrito, que más tiene de boceto que de obra acabada.

\*  
\*\*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEON MADRID

El discurso del Sr. Menéndez Pelayo, en contestación al del Sr. Galdós, es un buen estudio de éste, considerado como novelista. Es de alabar la imparcialidad con que el ilustre crítico juzga obras de tesis muy opuestas á sus ideas, reconociendo la independencia del juicio estético con relación al juicio religioso ó moral que puede merecer una obra, según las creencias de quien la aprecie y considere desde estos puntos de vista.

El lugar principal que corresponde al Sr. Pérez Galdós en la historia de la novela española moderna, está recordado con oportunidad por el Sr. Menéndez Pelayo. Tiene también mucho de justa la apreciación de que la obra de Galdós, como novelista, sólo puede compararse en la literatura contemporánea



á la *Comedia humana* de Balzac. Yo añadiría: «y á los *Rougon Macquart*, de Zola.» Fuera de los autores de estos ciclos de novelas, no hay en la literatura moderna novelista que compita con Galdós en la riqueza y variedad de creaciones; y en cuanto á la *ejecución*, pocos le superan.

Lo que le perjudica, como á todos los literatos españoles, pero principalmente á los autores de obras de imaginación, es que tiene por escenario un rincón del mundo, aunque le pese á nuestro amor propio nacional. Los *Rougon Macquart* circulan por todos los países civilizados, no sólo por ser el francés lengua casi universal, sino también porque Francia y las costumbres francesas ofrecen interés para el público internacional. En la obra de Galdós, por exacta y dramática que sea la pintura de la vida privada en la España de nuestro tiempo, el asunto es de *interés local*, es decir, de interés nacional. De ahí que aunque haya algunas traducciones extranjeras de novelas del Sr. Pérez Galdós no tenga éste la celebridad europea que un escritor francés, inglés ó alemán, de sus dotes literarias, habría de seguro conseguido.

El Sr. Menéndez Pelayo señala tres períodos ó tres maneras en la obra del gran novelista español. El primero, el de los *Episodios*; el segundo, el de *Doña Perfecta*, *Gloria Marianela* y *La familia de León Roch*; el tercero, el que comienza con *La desheredada*. Admite, sin embargo, el autor de la *Historia de las ideas estéticas*, que en *Angel Guerra* se inicia un nuevo período, aún no terminado, en las novelas de Galdós. A mi juicio puede señalarse en efecto ese cuarto período, en el cual el novelista ha querido ensayar diversas formas nuevas, pero creo que comienza con *La Incógnita* y *Realidad* (en que el autor, presentando las dos fases, externa é interna, de una misma acción, ensaya á la vez la novela novelesca y la novela psicológica) y continúa con *Angel Guerra*, *Nazarín* y *Halma*; novelas estas dos últimas que representan una nueva manera en la obra de Galdós, si bien no pueden ser consideradas como las más importantes de las suyas. En realidad, el período que



comprende desde *Fortunata y Jacinta* á *Angel Guerra* puede considerarse como el culminante en la obra *novelesca* de Pérez Galdós, y estas dos novelas son acaso las más acabadas y completas de cuantas ha escrito.

\*  
\* \*

El discurso del Sr. Pereda (cuya recepción sucedió con intervalo de algunos días á la del Sr. Pérez Galdós) versa sobre la *novela regional*.

El ilustre autor de *Sotileza* define esta especie de novela diciendo que es aquella «cuyo asunto se desenvuelve en una comarca ó lugar que tiene vida, caracteres y color propios y distintivos, los cuales entran en la obra como parte principalísima de ella.» De las consideraciones que expone en el discurso se desprende que la novela regional es casi siempre novela campesina, de costumbres populares de gente rústica, y que es nota característica de ella dar gran importancia al paisaje.

Para no extender demasiado estos apuntes, no me detendré á examinar las apreciaciones que hace el Sr. Pereda acerca del regionalismo en general. Creo que esta es una cuestión de hechos más que de teorías. Donde los sentimientos regionales están muy arraigados no es fácil sofocarlos artificialmente, pero más difícil todavía es crearlos ó extenderlos fuera de sus naturales límites, pues, en gran parte, son restos de un estado histórico que pasó y cuya resurrección parece punto menos que imposible, á juzgar por los datos sociológicos que conocemos. Lo mismo que España, las principales nacionalidades europeas se han formado de la unión de diversas regiones, Estados menores que tuvieron en un tiempo vida independiente. La fusión ha sido en unos pueblos más rápida que en otros, siendo acaso Francia aquel en que más pronto se formó la noción vigorosa de la unidad nacional, á lo que ha debido acaso



el país vecino la preponderancia que por mucho tiempo disfrutó y la resistencia que ha demostrado en peligrosas crisis de su historia. De que en España esta compenetración de los elementos integrantes de la nacionalidad deja mucho que desear, hay no pocas señales, algunas de ellas tan dolorosas como la parte que en nuestras guerras civiles de este siglo ha tenido el sentimiento regional en el orden político. No es de esta índole el regionalismo á que se refiere el Sr. Pereda, ni el amor á la tierra natal, á sus costumbres y lugares, es en manera alguna censurable; pero en la vida práctica ha solido ir mezclada esta tendencia á manifestaciones nada plausibles de exclusivismo y de egoismo local, que han hecho que se mire con más desconfianza que simpatía al regionalismo, aunque sea de justicia distinguir de qué género de éste se trata, antes de juzgarle.

En cuanto á los antecedentes históricos de la novela regional en España, es muy dudosa que se le pueda conceder á ésta, como quiere el Sr. Pereda, la ejecutoria de sucesora de la que cultivaron Alemán, Hurtado de Mendoza, Quevedo, el propio Cervantes y tantos otros ingeniosísimos cronistas de la picaresca.

Nuestra novela castiza, la novela picaresca, no fué novela regional, como parece entenderla el Sr. Pereda, es decir, novela rústica ó de costumbres de aldea. Fué, por el contrario, novela ciudadana, y no podía ser de otro modo. Los pícaros, que eran sus protagonistas, tenían su teatro de acción en las ciudades populosas y no en los campos. Por éstos andan de paso, huyendo persecuciones de la justicia ó encaminándose á nuevas poblaciones donde poner en práctica sus artes. La hampa es urbana, como entidad parásita que acude á los centros de vida y de riqueza, á los grandes núcleos de población y no á los campos, donde le faltarían elementos para subsistir.

La novela regional, cultivada tan maravillosamente como ha sabido cultivarla el Sr. Pereda, producirá, sin duda, her-



mosas creaciones, pero lo regional será en ella subalterno, tendrá el valor de un accesorio que contribuye á la propiedad de la acción, será simplemente color local. La acción de *Sotileza* colocada en un paisaje andaluz, no desmerecería en nada si este paisaje lo hubiera pintado el Sr. Pereda tan magistralmente como el del Cantábrico. La individualidad local es secundaria. En la novela, lo principal es lo humano. El medio natural en que se desenvuelven los sucesos, es una de tantas circunstancias de que puede sacar partido un buen escritor; pero las bellezas naturales, el paisaje, pertenecen á la llamada poesía descriptiva más que á la novela, si bien aquella puede formar parte de ésta. Por eso cuando el nuevo académico dice en su discurso que la novela regional tiene más puntos de contacto «con la naturaleza que con la sociedad» y «con la eternidad del arte que con el humano artificio de las circunstancias», sienta, á mi juicio, proposiciones equivocadas. En la novela, la naturaleza (en el sentido en que, sin duda, usa esta palabra el Sr. Pereda, ó sea la naturaleza física) no puede tener nunca más importancia que los personajes.

El novelista, como el historiador, es un narrador—un pintor, si se quiere—de sucesos humanos. En sus relatos lo humano, las pasiones y los sentimientos, tienen que predominar sobre las montañas y los valles, las arboledas y las olas del mar, muy hermosos, ciertamente, pero que carecen de vida espiritual y aun de significación y de realidad para el pensamiento, si no hay un ojo humano que los contemple. Aun contemplados y sentida toda su belleza, no bastan para dar materia á la novela, si bien la ofrecen un gran elemento complementario para el mayor realce y la más viva y animada pintura de lo que forma su principal asunto. Son el fondo del cuadro, mas se necesitan las figuras.

En una fogosa declamación contra el extranjerismo, ó imitación de lo extranjero, expresa el Sr. Pereda uno de los motivos que tiene para preferir á la novela regional. Esta es, á su juicio, castizamente española, porque á los campos no han



llegado las modas y costumbres exóticas que se señorean de las grandes ciudades.

Las ideas que emite el Sr. Pereda al tratar este asunto, son de las que alcanzan casi siempre un asentimiento convencional. *Viste bien* eso de declamar contra el extranjerismo; pero los mismos que aplaudirán de seguro tan salvadoras ideas, seguirán vistiéndose á la inglesa, comiendo á la francesa, leyendo libros extranjeros y haciendo todo lo demás que escandaliza al ilustre autor de *Peñas arriba*, á cuyo protagonista no han de imitar, de seguro. Y al hacerlo así, serán más lógicos y estarán más en lo razonable, que al conceder desmedida importancia á los peligros de esa imitación, que es hoy un hecho universal.

Ningún pueblo civilizado vive en el aislamiento ni en él ha vivido nunca, siquiera sea al presente más continua é inmediata la comunicación internacional, por los descubrimientos que han acercado todos los lugares de la tierra, suprimiendo casi las distancias. Puede decirse que es parte de la civilización el deseo de conocer la vida de otros pueblos y de asimilarse lo bueno que pueda haber en ella, en vez de encerrarse en exclusivismos de tribu.

Todos los pueblos se estudian y se copian más ó menos. Hasta nos imitan á nosotros. Hasta las corridas de toros se *desnacionalizan* y ganan carta de naturaleza por las tierras de *extrangis*. Pero en lugar alguno del globo, como no sea en la China, se usa y se abusa más que aquí de los *lugares comunes* que surten de argumentos contra la imitación de lo extranjero. Diríase que los demás pueblos permanecen encerrados en su concha como moluscos, y que nosotros sólo sentimos curiosidad cosmopolita y tomamos nuestro bien donde la fortuna nos lo depara, como el poeta abogado de los plagiarios. Lamentable sería que tuviésemos que copiar tanto como se dice, no por el hecho mismo de la copia, sino por su causa, por nuestro atraso, por la falta de un progreso original que nos hiciera dignos de ser modelos, y no copistas. Pero, con todo lo que



se pondera ese nuestro afán á imítar cosas extrañas, es muy probable que seamos, al cabo, uno de los pueblos que menos participan de la comunicación universal de ideas y de costumbres.

Los peligros de ésta tienen mucho de ilusorio. No se *extranjeriza* un pueblo mientras conserva condiciones de vida propias. Los elementos adventicios que no llega á asimilarse, no pasan de la superficie ni ejercen sobre él más que influencia leve y secundaria. Y á los que se asimila y apropia les imprime el sello de su individualidad. Vivir hoy vida de aislamiento supondría propósitos de suicidio colectivo, deseo de emprender una marcha regresiva al través de la historia, *marcha* cuyo término no puede ser otro que el estado de esos pueblos eminentemente tradicionalistas que se llaman Turquía y Marruecos. Y bien mirado, entre suprimir los Pirineos ó suprimir el estrecho de Gibraltar, más vale que suprimamos los Pirineos. Pero ni eso es necesario; pues el vivir en comunicación con el mundo y dentro de la civilización contemporánea, no exige á un pueblo el sacrificio de su carácter ni de su originalidad, que no puede consistir en el empeño vano de resucitar el siglo XVI á fines del siglo XIX.

\*  
\* \*

En cuanto al discurso de contestación del Sr. Pérez Galdós (discurso que estimo superior al suyo de ingreso), es un buen estudio de las obras y del temperamento literario de Pereda, y en el cual, como en las frases que dedica el autor de *Sotileza* al de los *Episodios*, destácase como nota simpática la mutua estimación que une á estos dos grandes escritores, de ideas y estilo tan diferentes, pero que, cada cual por su camino, han sabido elevar á la novela española de nuestro tiempo á una altura que no desmerece ni de la brillante tradición de este género, ni del florecimiento que en otros países ha alcanzado.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.



# CRÓNICA INTERNACIONAL.

---

Cuestión de Oriente.—La religión musulmana.—Un libro nuevo sobre tal religión.—Edades propias del Mahometismo.—Consecuencias terribles de la fatalidad musulmana.—El dios musulmán.—Irremediable decaimiento de las creencias musulmanas.—La religión griega y la religión mahometana en Oriente.—Mourawieff en Berlin.—Agitación republicana en Moscou y entusiasmo ruso en París.—Las reformas en Turquía.—Los públicos juicios acerca del Sultán.—Armenios y anti-armenios en Europa.—Dos palabras sobre Creta.—Conclusión.

## I

La cuestión de Oriente suscita un orientalismo natural en Europa, pues toda región terrestre donde se plantea un gran problema, y toda familia humana, conmovida por un progresivo ideal, despertarán vivo interés entre los mortales; y este interés irá creciendo á medida que los pueblos, por la rapidez de comunicaciones internacionales se acerquen unos á otros, y por el fondo común de sus creencias se identifiquen unos con otros, hasta convencerse de que todo el planeta es su natural habitación, como hijos de un solo Dios y hermanos en una sola humanidad. Este fenómeno revela una creciente atención al islamismo y al Islam, hoy nacida entre aquellos



européos, más dados, no ha mucho, en sus lucubraciones científicas, á prescindir de toda idea religiosa: en los franceses. Verdadero escándalo produjo todo un Doctor, nacido sobre tierras cristianas y educado por el Cristianismo, como el célebre diputado de Pontalier, al presentarse dentro de un recinto y espacio, tan poco hechos para liturgias y cánones, cual el Congreso francés, vestido como nuestro padre Abraham en el desierto, dándose abluciones del Sena para quitar con aguas lustrales toda mancha de su cuerpo, y abriendo los brazos, puesto de rodillas sobre las tablas, para dirigir en las horas koránicas una oración al cielo que le abra las puertas del Eden prometido y le grangee la misericordia de Alah. Huyendo del peregil, salióles á los franceses en la frente. Huyendo de Cristo han tropezado con Mahoma. Y no parece fenómeno singular este fenómeno. En París hoy mismo se publica una revista del Islam, y mientras se ha necesitado presuponer en los presupuestos oficiales cantidades crecidas para levantar la iglesia del Sagrado Corazón sobre la colina donde San Ignacio fundó la Compañía de Jesús, brotará espontáneamente por suscripciones voluntarias, una mezquita que se consagrará, con todos los ritos propios del culto mahometano, al Dios único, al único profeta. No debe, pues, maravillarnos que al regresar de reciente viaje por Argel haya escrito un grande orador, el Padre Jacinto, entusiasta libro acerca del Cristianismo y del islamismo, y haya puesto en su dedicatoria estas palabras dirigidas á famoso héroe ismaelita: «un francés, amigo de los árabes; un cristiano, amigo de los mulsumanes.» Yo, muchas veces lo he dicho: si las líneas paralelas matemáticas no se juntan ni en lo infinito, los dogmas paralelos religiosos se encuentran en Dios.



## II

Así, nada más lejos de mi ánimo que zaherir las apologías del mahometismo recientemente publicadas en Francia. Como debe preferirse á la nada el infierno, debe preferirse á cualquier ateo sistema cualquier dogma religioso. Curiosísimo el volumen publicado por Castries con este título: *El Islam*. Ario de raza, cristiano de religión, francés de nacimiento, Castries nos da la clave del precioso volumen al quejarse con tanto motivo del discurso de la plegaria cristiana, en que van los pueblos cultos y occidentales cayendo por su mal. Yo soy de su mismo sentir. Las almas pierden mucho aroma de poesía cuando bajo los fragores de las grandes ciudades no pueden oír, como por los campos, el toque de las campanas llamando al Ave-María entre los arreboles del último crepúsculo y los centelleos del primer lucero. Así comprendo la tristeza del noble francés, al contemplar en el desierto líbico los árabes, que le componían vistosa corte con sus cabalgatas, después de haber caracoleado en sus caballos tan ligeros como el aura y corrido la pólvora con sus arcabuces tan tonantes como el rayo, ó desmontarse á la hora litúrgica, y sobre arenas relucientes como una vía láctea, bajo cielos azules teñidos por los rosáceos reflejos de un ocaso etéreo, mirando con arrobamiento hacia la Meca y como queriendo traspasar con sus ojos las líneas inflamadas del horizonte, entregarse de rodillas á las contemplaciones del eterno misterio, en rezos ó salmos que compenetran lo finito con lo infinito, como se compenetra el tiempo con la eternidad, y aproximan Dios al hombre, quien, incapaz de comprender la muerte y enamorado de la inmortalidad, desciñe de todos los límites y de todas las contingencias el alma, persuadiéndola de que lo perfecto existe, y no sólo existe, de



que lo perfecto es asequible á nuestra pequeñez por la fe viva y por la esperanza inextinguible. Castries repite la escena del maravilloso poema músico en que Roberto, tentado por el mal y atraído por el bien, conoce necesitar, para vencer en aquella lucha, de otras fuerzas que las puramente humanas, y dice con plañidos sublimes: «¡Si pudiese rezar!» Tal advertencia, encaminada con arte á los ateos, tiene su muy saludable utilidad. Pero no la tiene, ó no la veo yo, el tema con mucha ciencia desarrollado en este primer estudio sobre la sinceridad del Profeta. Yo creo inútil de toda inutilidad esa tesis. Por regla general, todos los reveladores han sido sinceros, y todos, dentro de sí, han experimentado la visita de un genio celeste, mientras aquellos hombres no partícipes de sus ideas han creído ver en ese genio el diablo. La religión mahometana fué un progreso evidente sobre la retrogradación en que habían caído los hijos de Ismael, cuando surgiera el gran Profeta: hoy no tiene defensa.

### III

Mientras estuvimos en los períodos guerreros de la vida histórica, brilló el mahometismo con resplandor sin igual. Propio para aquel momento de la Historia, en armonía con aquel estado social, su espada abría surcos en la conciencia humana y sembraba multitud de ideas. Así, del choque de su alfanje salían centellas que iban á calentar las frías cenizas donde había quedado como atomizada la cultura antigua después de consumida por la tea de los bárbaros. Enfrente del Africa degenerada, enfrente de los godos españoles consumidos por el bizantinismo, enfrente de ese imperio de Constantinopla devorado por la fiebre teológica y reducido á la impotencia de una vida evaporada en continuas abstracciones, la voluntad enérgica, la disciplina severa, la religión militar, la



propaganda por el sable debían prevalecer y triunfar. Junto á una ciencia de comentaristas, junto á un clero decadente, en los primeros siglos de la Edad teocrática moderna, la ciencia musulmana debía ser, como la faz del Dios de su Koran, el único luminar que difundiera su lumbre vivificadora en el espíritu humano, pues miraba á la tierra, consultaba á la experiencia, vivía en la realidad, mientras nuestra Europa se des-caminaba y se perdía en los fantásticos ensueños y en las confusas visiones, producto de la maceración y de la penitencia, entre las estrechas paredes del claustro. Pero así que el mundo europeo sintió el primer calor del Renacimiento en la Edad Media, tuvo que retroceder el mahometismo en Occidente; y cuando, ya en la historia moderna, el mundo europeo sintió el calor de la filosofía, tuvo que estancarse el mahometismo en Oriente: tan cierto es que si las fuerzas rigen la materia, las ideas y solamente las ideas rigen la conciencia. Religión que miraba al temperamento de una raza, al carácter de un pueblo, á la temperatura de una región; como hija de unas circunstancias, con las circunstancias tuvo que pasar su prepotencia y caer por necesidad en irremediable decaimiento. Sus leyes no tienen el carácter de universalidad que deben tener las leyes morales, sino un carácter apropiado á los accidentes pasajeros de la vida y á las facultades exclusivas de una raza. Su gobierno y sus instituciones encuentran regulada la existencia en dogmas religiosos de una rigidez incontrastable. Una autocracia rige la sociedad. Una grande confusión entre el poder espiritual y el poder temporal caracteriza á esta autocracia. El fatalismo pone límites infranqueables á la libertad. El Koran á su vez imposibilita todo progreso, porque las leyes civiles, como las leyes políticas, no pueden ser más que comentarios de sus dogmas y derivaciones de sus principios. Así, la vida musulmana se corrompe como las aguas de un mar muerto. Así, el poder se petrifica como un gigantesco ídolo, en cuyas aras precisa ofrecer la más terrible de todas las inmola-ciones, la inmola-ción de la libertad humana. Así, los pueblos



que honraron en otro tiempo la tierra, vuelven á la inocencia de la infancia por exceso de vejez. Los mismos que tanto los enaltecen, confiesan que se han quedado fuera de la luz viva y asentados á la sombra de la muerte. Atribúyenlo á que la escritura semítica, progreso real sobre la escritura jeroglífica, opone hoy con sus complicadas letras, con sus innumerables puntos diacríticos, con sus varias vocales, insuperables obstáculos á la difusión de la ciencia. La escritura es jeroglífica, silábica y alfabética. La escritura silábica de los árabes aparece como un progreso respecto á la escritura jeroglífica de los chinos, que emplea ciento treinta mil signos para expresar una limitada cantidad de objetos. Pero con sus ochocientos caracteres tipográficos indispensables para la impresión de un libro ó de un periódico, la escritura árabe tiene verdadera inferioridad respecto á nuestra escritura alfabética, que expresa con treinta caracteres á lo sumo todo cuanto puede concebir el pensamiento humano. No caben, pues, dentro de tan estrechos moldes el espíritu moderno, la rica variedad de nuestras ideas, los matices de nuestro pensamiento, el análisis prolijo de la filosofía europea, la nomenclatura de ciencias que debieran á la lengua del Koran su primera ilustración y que hoy del Koran se han separado para desarrollarse y crecer en lenguas más flexibles, más idóneas al progreso, más capaces de dar su expresión adecuada á todas las nobles aspiraciones del humano espíritu en este trabajo infinito por la verdad y por el bien. Una estrecha ortodoxia, que no existió jamás en los tiempos felices de Bagdad y de Córdoba, ha concluído por inmovilizar el espíritu musulmán. El movimiento es el calor, el calor la vida, y la transformación de las fuerzas el secreto de la mecánica y de la dinámica universal. Y lo mismo sucede en las sociedades humanas, donde se derivan de unas ideas otras ideas progresivas y todas juntas forman esa ley del progreso, fuera de la que sólo reinan la esclavitud y la muerte.



## IV

Delante de la enseñanza que al observador ofrecen estos pueblos musulmanes, podemos decir, alterando una de sus frases capitales: solamente la libertad es grande, solamente la libertad es fecunda. La causa primera de su atraso está en el absurdo fatalismo de su doctrina, bajo el cual parece como que se encorva y se humilla y se corrompe toda la vida. Muchos comentadores ilustres del Koran, y entre otros B. Saint-Hilaire, sostienen que el fatalismo no puede, en manera alguna, derivarse de la doctrina de Mahoma. Y aunque concediéramos este aserto, aunque proclamáramos el fatalismo como una inconsecuencia flagrante con la teología ismaelita, no podríamos negar que la supresión de la libertad ha llegado á ser como el dogma social de los turcos. El destino de estos fatalistas, escrito está en los cielos; sus acciones se arremolinan y se disipan como los huracanes en el aire y como los remolinos de arena en el desierto. Objeto mecánico que fuerzas ciegas dirigen y mueven, no tiene el turco responsabilidad, como no puede tenerla tampoco la máquina. Sus días se hallan contados en la eternidad, y su muerte de antemano señalada en el libro donde se escribe la suerte de todos los mortales. Las acciones caen de su voluntad como caen las hojas de los árboles. La vida corre con el ímpetu ciego de un torrente. Como un cuerpo impulsado por la mano presta el movimiento recibido á otro cuerpo que encuentra en su camino, las acciones de los hombres se mueven unas á otras, porque todas han recibido su movimiento primero de la mano misma de Dios. Una doctrina de esta clase destruye la mayor de nuestras energías, la voluntad; obscurece el mayor de nuestros luminares, la conciencia; suprime la ley más necesaria á nuestra naturaleza, la moral; arrebatada el signo característico de nuestra superioridad



sobre todos los seres, el libre albedrío; nos quita la gran dignidad humana quitándonos la virtud, que nace del sentimiento más arraigado en nosotros, del sentimiento de nuestra responsabilidad; y desde la esfera de las causas, donde por libres nos movemos como dioses, nos arroja á la baja esfera de los efectos, como seres inferiores, subordinándonos á un poder ciego, cuando nuestra actividad reina como una potencia creadora en la sociedad y en la naturaleza. La libertad es la facultad humana por excelencia. La libertad es el título verdadero de propiedad sobre nosotros mismos. La libertad nos es tan necesaria é indispensable, que hasta las buenas acciones no pueden satisfacernos sino cuando son verdaderamente nuestras, cuando nos pertenecen á nosotros mismos por virtud de la interior espontaneidad. El fatalismo musulmán, la predestinación luterana, el determinismo moderno, todos los sistemas, religiosos ó científicos, que niegan el albedrío, dando á la voluntad divina fuerza avasalladora de la voluntad humana, ó poniendo el motivo como impulsor mecánico de nuestras acciones, jamás destruirán el sentimiento íntimo arraigado en cada hombre de que forma su propia vida por sí mismo; de que determina sus actos por energías é impulsos interiores; de que delibera solicitado por ideas opuestas; de que acepta una razón sobre otra razón, y prefiere un motivo á otro motivo; de que elige el bien ó el mal; de que procede en virtud de la energía más viva, en virtud del libre albedrío, causa primera de todas sus obras. Y cuando este gran sentimiento, cuando esta viva conciencia de la libertad se eleva desde el individuo á las naciones, ábrense á sus ojos horizontes infinitos en el pensamiento, y á sus trabajos interminables esferas en la vida. Las grandes instituciones se fundan, y á las grandes instituciones corresponden constantes é interminables progresos. Y, al revés, los pueblos que caen tristemente en el fatalismo, como el pueblo turco, se petrifican en la inmovilidad, que es al cabo la muerte.



## V

Luego el Dios musulmán se aparta del mundo y se aísla en el retiro de su esencia inaccesible. Si alguna comunicación tiene con el universo, la tiene por medio de sus profetas y de sus ángeles. Gran diferencia entre esta semítica concepción del ser absoluto y la concepción griega, ó mejor dicho, la concepción platónica, que sin dañar en nada á la libertad humana, ha difundido la esencia divina por las venas del hombre. El espíritu sintético de los griegos, personificado en su más alta expresión, personificado en el genio platónico, ha visto de un lado la perfecta inteligencia divina, y de otro lado la inteligencia humana; de un lado el ser invisible, y de otro lado la materia visible; de un lado la unidad absoluta, y de otro lado la variedad múltiple; y para unir estos dos extremos, ha difundido la idea del Verbo, vapor de la virtud celeste y difusión de la celeste claridad; á Dios unido, como el tiempo movible al espacio inmóvil y como el calor fecundante á la serena luz; de Dios emanado, pero en la humanidad inmanente, por cuya mediación la razón absoluta llega hasta nuestra razón, la idea increada hasta el seno de nuestra alma, y la substancia del Eterno, sin perder nada de su esencia, como no pierde su llama la antorcha donde otras antorchas se encienden; comunícase con el movimiento de los hechos, con la vida de las cosas, con la substancia de los espíritus, llevando por este medio misterioso la humanidad y el universo en su seno el mismo Dios que los ha creado. Así, al sentimiento de la libertad se une en los pueblos cristianos la conciencia de lo divino, mientras que el musulmán, desterrado por un Dios implacable á esta tierra desierta, alza sus manos al cielo suplicantes, atraviesa con sus ojos estáticos las rejas de su cárcel, para buscar lo divino, y, roto y quebrantado por tanto



esfuerzo, vuelve á caer en la desesperación, bajo la pesada cadena del fatalismo, que le aplasta en su pequeñez, como nuestros pies á los insectos en el polvo. Y estos pueblos turcos crecen con rapidez, si el fanatismo los mueve y la guerra los solicita; pero así que vienen las épocas de razón y de trabajo, enfrente, sobre todo, de pueblos más progresivos, retroceden y mueren fácilmente. Pasma el extremo de su grandeza, unido al extremo de su rebajamiento. Una humilde tribu nómada origina á mediados del siglo décimotercio, cuando Bagdad había decaído y caído Córdoba, la nación de los turcos. El fundador de la dinastía de los sultanes, Osman, sueña con que la media luna, surgiendo del seno de su amada, tan bella como un cielo de Oriente, se fija en su pecho y se graba sobre su corazón, mientras brota de sus riñones un árbol, cuyas hojas eran como hojas de alfanje, y de cuyas raíces bullen y corren los ríos más caudalosos de la tierra. A este sueño, la conquista le tienta y la guerra se convierte en su única ocupación y en su único ministerio. Su tío Dundar, anciano prudentísimo, le da consejos reflexivos de moderación, y el sultán le responde disparándole una flecha que le derriba muerto á sus plantas. Desde este momento, el Asia menor cae, como presa dócil, entre las garras del tigre, y la capital de la antigua Bithinia se rinde después de un sitio semejante al antiguo sitio de Troya. Desde este momento ya no hay resistencia. Galípolis, que une el Asia y Europa; Andrinópolis, que es la rival de Constantinopla; la antigua Sárdica y la hermosísima Nissa, que dominan toda la península helénica; los campos de Kassovo, donde el gran Amurat sucumbe asesinado por el puñal de un Abilosch, que le atisba como una pantera y se lanza sobre su pecho como un león; la Grecia toda, que cae desde su altísimo trípode de pitonisa en miserable esclavitud; la Bulgaria, comprendida en el centro montañoso de las cordilleras, ricas en pórfido, que forman como el núcleo de la península de los Balkanes; la Valaquia y sus fortísimas riberas sobre las aguas del Danubio; la Servia y sus valerosos hijos, capaces de



defender sus hogares como las águilas sus nidos; la Aborea, el antiguo Peloponeso, en cuyos istmos, recamados por las olas de un mar incomparable, se alza la inmortal Corinto; la montañosa Bosnia, la santa Constantinopla, de cuyos muros se exhalaban letanías continuas mientras la devoraba el fuego de los sitiadores; la Crimea, aquel Ponto Euxino tan tristemente cantado por Ovidio; el Egipto mismo, la tierra de los misterios; regiones innumerables que la Historia se cansa de referir, y cuyas guerras de conquista exigirían los acentos de la epopeya, sucumben una tras otra durante tres siglos al poder de los turcos, los cuales, con su cimatarra en las manos, su media luna en la frente, sus genízaros en derredor, sus siervos innumerables á las plantas, parecen, más que los dominadores, los dioses del Oriente.

## VI

Pero la decadencia ha venido, y cuando el muezín levanta su voz en los altos minaretes de la mezquita, parece un Jeremías llorando y plañendo la muerte de una raza. Turquía se cae á pedazos. Cada tres ó cuatro lustros, desde el día de la emancipación de Grecia, una de sus regiones suele apartarse del inmenso Imperio, conservando tan sólo nominales é ilusorios lazos, que sirven para mostrar lo vano de la dominación en los dominadores y para exacerbar los recuerdos de la antigua servidumbre en los dominados. La población turca disminuye sensiblemente, atrofiada en el serrallo. Las emigraciones del Occidente al Oriente, de la Turquía europea á la Turquía asiática, se notan por todas partes. A cada soplo del aire, á cada rayo de la luz, algo antiguo, algo grande, algo religioso, algo tradicional se mueve en el inmenso Imperio. Los patriarcas, que conservan el culto á las ideas muertas, los santones, que murmuran á todas horas la ley de Mahoma entre



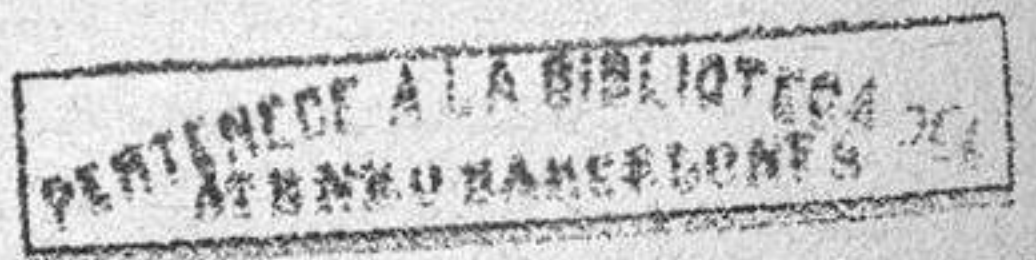
dientes, se van al Asia en busca de un templo y de un hogar donde no les perturbe la amenazadora aparición de Europa. Hasta los muertos temen. Los testamentos ordenan frecuentemente depositar los cadáveres de los testadores en tierra de Escutari y no en tierra de Constantinopla. Sin duda, al morir, entre las revelaciones que descienden sobre las almas al aproximarse á la eternidad, con la intuición sobrehumana de la muerte, ven surgir en el templo de Constantino y de Justiniano, en la rotonda de Santa Sofía, que con la rotonda de San Pedro representa las dos cimas superiores del mundo cristiano, esa cruz griega despidiendo los resplandores de las ideas de Cristo, unidos á los resplandores de las ideas de Platón. Y no cabe dudarlo. Como aquellos que, al finalizar la historia antigua, iban sobre la Roma de los dioses paganos, eran los descendientes de los esclavos, los hijos de los gladiadores, los que ahora se levantan y amenazan la prepotencia de Estambul y la media luna de Osman son también hijos de los esclavos: que para los oprimidos guarda siempre un día de justicia la providencia de Dios y una página de venganza el genio de la Historia.

## VII

Vamos á otro asunto. El canciller Mouraweiff, después de haber visitado á París, háse detenido en Berlín. Es cosa natural esta segunda visita, y en Europa nadie la extrañara de no haber insistido tanto los franceses partidarios de la inteligencia y alianza rusas en que no pasaría de ningún modo por Berlín el ruso canciller. Pues ha pasado. Y amén de pasar, se ha detenido tantos días como en París, aprovechados para departir sobre los problemas europeos, cada vez más dificultosos, y sobre las agitaciones orientales, cada vez más amenazadoras. Por cierto que periódicos franceses republica-



nos, muy republicanos, citando á Mourawieff, recuerdan la sangrienta pacificación de Polonia hecha por su señor padre, allá en la década del 60, como si ya hubiéramos dejado de ser demócratas y nos apercibiéramos á inscribir nuestros nombres en las legiones exterminadoras, compuestas por los fatídicos soldados del Czar. Yo no digo hagamos todo cuanto hicieron en París nuestros predecesores y maestros, cuando violaban por Polonia el Congreso nacional, ó por la Ciudad Eterna promovían un movimiento revolucionario interior. Tristísimas experiencias nos han dicho, que así como en el siglo pasado nada se pudo hacer por salvar á Polonia, en este siglo expirante nada se puede hacer por resucitarla y reconstituirla. Pero del reconocimiento de tamaña triste imposibilidad á los elogios, cómplices y encubridores del crimen mayor cometido por la monarquía y por los monarcas, media una gran distancia. En el año 92, perpetrados ya el desmembramiento y descuartización de Polonia, propusiéronse hacer lo mismo con Francia en su nueva coalición los coronados descuartizadores. Y no pudieron, porque si Polonia casó por aristocrática y monárquica, Francia se redimió por progresiva y libre.



## VIII

No quieren otra cosa los rusos ilustrados que ser una democracia, y no envidian otra cosa que la República en Francia. Pero el carro de tanto imperio se atasca en el barrizal de la estepa, donde lo guarda inerte la superstición y la ignorancia del mujick, según llaman ellos al triste campesino moscovita. La esperanza de conmoverlo y sacarlo del atascadero late aún en el corazón de la juventud universitaria, sin duda porque han vivido poco aquellos jóvenes y no ha llegado aún á su frente la vespertina sombra del eterno desengaño. Quitadle al madrugador almendro sus flores y á la vívida juven-



tud sus esperanzas. En la Universidad de Moscou no se dan clases hace un mes, porque creen los estudiantes justo aguardar alguna libertad moderna del Czar, joven como ellos, y no pudiendo contener las grandes esperanzas liberales que les retozan por el cuerpo, las piden á gritos. De aquí una manifestación á diario, y en cada manifestación una muchedumbre de presos. ¡Infelices! Si pudieran transportar á la mente del pobre labriego su estado mental, no habría duda posible acerca de la transformación moscovita; vendría, como ha venido en pueblos de relativo atraso antes, como los uncidos al odioso yugo de las monarquías absolutas. Pero si en ciencia mandan los de arriba, los pensadores, nuncios de lo porvenir, en política mandan los de abajo, los labriegos, plantas del terruño apegadas á lo pasado. Y á medida que Rusia sea mayor y junte más pueblos bárbaros á su Imperio, mayores serán las esferas del despotismo. Mas esta convicción tristísima no empece á que los estudiantes rusos entre sí traben federaciones; designen federales consejos residentes en Moscou; envíen emisarios á Francia, los cuales den á esta nación, iniciadora y profeta, en rostro con que se prosterna de hinojos ante un régimen autocrático, y vayan en procesiones numerosas al cementerio de la Waganka, donde yacen los innumerables muertos inmolados por una imposible administración, para protestar contra ese despotismo que trae aparejadas tan tremendas catástrofes.

## IX

Por manera que, no solamente se piden reformas en Turquía, se piden también reformas en Rusia. Mas, por el paso que llevan los hechos, tardarán muchísimo las reformas en Rusia, y descompondrán á Turquía, si llegan á realizarse alguna vez las hoy, según dicen, inminentes reformas. ¿Qué saben de reformas, ni pueden saber, los musulmanes? Cuando el



sofista Pilatos oyó á Cristo hablar de la verdad, le preguntó: *¿Quid est veritas?* Cuando las tribus germánicas avanzaban anhelantes y vengadoras sobre la Ciudad Eterna, los últimos Césares hablaban de libertad al pueblo-rey; pero este pueblo, embrutecido por cinco siglos de infame despotismo, preguntaba qué cosa era eso de libertad. No basta decretar las reformas; es necesario vivirlas. Y para que se vivan por los pueblos, es necesario que tengan éstos un aparato mental capaz de recibirlas y de asimilárselas. Dadle al más gallardo ciervo de la selva un higadejo de pato á lo Estrasburgo, y valiente regalo le habéis hecho si al mismo tiempo no le dais un aparato digestivo con que tragárselo y diluirlo por su cuerpo. Quien enajena su voluntad al fatalismo, su entendimiento á un libro revelado indiscutible, sus ideas á un Dios que todo lo sabe, su gobierno á un Califa que todo lo puede con su omnipotencia de monarca y pontífice, desde abriros las puertas del sepulcro hasta cerraros las puertas del Paraíso, no puede con la libertad y la soberanía como los llamados á la vida del derecho por seculares y hondas revoluciones, aunque lo mande un milagro.

## X

El mundo se ha quedado atónito después de saber que los musulmanes habían inmolado trescientos mil armenios, al saber los tormentos indecibles con que agravaran estas inmola-ciones. Y quien más de cerca vió todos estos cruentos sacrificios, que nos hacen retroceder á las tribus y á las edades antropófagas, es el sabio alumno de la Escuela de Atenas Mr. Bernard, enviado allá para requerir de los naturales una información, y publicarla, por el profundo catedrático de la Sorbona, compañero mío en el Instituto de Francia, Mr. Lavisse, director de una gran revista europea, publicada hoy en Fran-



cia. Si personas de tal seso en su mente y de tal veracidad en sus informaciones varias no lo dijesen, nos resistiríamos á creerlo. El intento de suprimir Armenia suprimiendo los armenios, como un día los predecesores mongólicos del Sultán suprimieron de Quío los griegos y los genízaros de Bizancio; la tala de ciento diez y nueve burgos desarraigados del suelo por los exterminios de la matanza y del incendio, como se puede arrancar un árbol de raiz; las mujeres arrastradas á la cola de los caballos, con sus hijuelos en brazos; familias enteras conducidas á los mataderos, donde sus verdugos les cortaban las manos y los pies antes que las cabezas, para más atormentarlas; el horror llevado hasta el extremo de dar á las víctimas, para su alimento, la propia carne de su cuerpo, cercenada con el yatagán homicida; la circuncisión impuesta por el sable para llevar á Mahoma los fieles de Cristo; tantas crueldades increíbles demandan el desarraigo de un Imperio cuyos actos deshonoran á la humanidad y pudren el planeta.

## XI

Y de todo tiene la culpa el Sultán. Es una especie de Augústulo, que creía salvar en sus postrimerías á Roma, porque cuidaba dentro de sus gallineros imperiales con sumo interés una gallina que Roma se llamaba. Indispensable ver su retrato recién hecho por Bernard. La soledad absorbe al Sultán, que teme hallar un enemigo en cada semejante, y porque la soledad es lo más parecido á su alma y á su conciencia que puede haber. En cada cortesano ve un traidor, en cada guardián un asesino. A nadie confía los secretos de su alma. En persona ninguna tiene confianza. Su escudriñadora mirada solamente revela recelos. El mal escondido temblor que le sacude cuando habla con cualquier interlocutor, dice que de todos teme algo y en todos sospecha cualquier mala intención.



Sus domésticos más cercanos ignoran dónde duerme, porque cada noche cambia su alcoba. Solamente sale de palacio los viernes para ir á la mezquita, y pone tal número de soldados y esbirros en movimiento, que le rodean dos ejércitos, uno á la vista y otro en el misterio. Dentro del coche lleva un hijuelo suyo sentado sobre sus rodillas, para que sea su escudo contra las balas, y en el pescante pone á Midhat-Bajá, por ser el héroe nacional, el defensor de Plewna, contra quien jamás se alzaré un musulmán, por considerarlo el mayor enemigo de los cristianos y el mayor héroe de las creencias koránicas que ha tenido Turquía en los tiempos últimos. Le dominan dos consejeros, á cual más inhumanos, un árabe nubio, jamás de sangre saciado, y un sirio engañador, como perteneciente á la raza hechicera y mágica de antiguo, en la que tomaba Nerón los compañeros de sus fechorías, cortesano por ativismo y sustentador de esta doctrina: muerte al infiel.

## XII

No conozco ninguna cuestión que sea tan controvertida en Europa como la cuestión armenia lo es ahora mismo, batallando con encarnizamiento entre sí las más encontradas creencias respecto de tan pavoroso problema. Si á un estadista del fin de un siglo como el anterior le dijeran que al fin de este nuestro siglo el Imperio ruso estaría por los musulmanes y el pueblo inglés contra los musulmanes, resistiríase con resistencia invencible á creerlo. Que un heredero de Pedro el Grande suspenda la marcha tenaz de los suyos á Constantinopla, y un heredero de lord Chatam disuelva el Imperio turco, fenómenos tales son, que hoy escandalizan nuestra vejez, porque pasaba en nuestra juventud á este respecto precisamente lo contrario. Inglaterra cree que quien protestó con fortuna tan grande contra las matanzas de Bulgaria, debe protestar contra



las matanzas de Armenia. Gladstone llama todos los días, en profético lenguaje, asesino coronado al Sultán. Pero Rusia, que, natural redentora de los búlgaros, vió revolverse á éstos en su contra, no quiere por la parte asiática del Imperio turco ninguna Bulgaria. Dominando una parte considerable del territorio armenio, cedido á su grandeza unas veces por la Turquía y otras por la Persia, teme Rusia que los habitantes, á su dominio adscritos, pugnen por irse al nuevo Estado y al nuevo pueblo libre, lo cual podría traerle dificultades inmensas. Así quiere la estabilidad.

### XIII

Para una gran parte de los publicistas europeos no hay problema ninguno en Armenia; cuantos factores y términos lo constituyen, se han elaborado en el magín y caletre de los ingleses. Así no perdonan Armenia y los armenios. De límites bastante inciertos, el territorio; con historia sobrado confusa, la vida; enemigos un día de Grecia y de los griegos, hasta invocar á los mongoles ó turcos, y abrirles sin empacho las puertas asiáticas del bizantino imperio; cortesanos y aun favoritos de los sultanes, que los enriquecieron mucho; el odio, nunca muerto, redivivo siempre contra ellos en kurdos y en circasianos, proviene de haber estrujado á estas pobres gentes, exprimiendo todo el sudor de que sus cuerpos robustos son capaces sobre las usurarias cargas de tan voraces mercaderes, como los armenios, quienes absorben el oro ajeno, á la manera que absorben las aguas del aire los arenales del desierto. Así, quienes por tal modo discurren, equiparan al movimiento anti-armenio en Asia con el movimiento anti-semítico en Europa,



asegurando carecer de todo carácter religioso y de todo carácter político, por lo mismo que tiene un carácter social como el que tuvieron en la Roma del Aventino las reivindicaciones plebeyas.

#### XIV

Así no se andan con escrúpulos estos enemigos de la nueva Bulgaria y de la nueva Servia que se dibujan en Oriente, proponiendo haga el califa reinante con los armenios aquello que hizo Tito con los judíos en la toma de Jerusalem: trasladarlos á cualquier ciudad musulmana bien vigilada, como fueron trasladados los hijos de Israel desde las tierras palestinas al gueto latino. Hasta el nombre de los genízaros en este conflicto suena, y algunos proponen que se descabeze á los armenios como se descabezó á los genízaros, mas con orden y método, para que resulte regular y hasta legal de suyo la matanza, no anárquicas, como las perpetradas este verano y las usuales hoy en toda el Asia Menor. Cuando se dicen estas enormidades contra la eterna justicia y el humano derecho sin pestañear á ningún escrúpulo y sin avergonzarse de sí mismo quien las dice, cabe pensar que tales efluvios concluyen por producir una peste tan asoladora como la guerra. El telégrafo dice que resuenan los primeros disparos en Creta y que se aparejan al combate las naves griegas. Dios nos tenga de su mano.



## XV

Y ante la cuestión de Creta se devana uno los sesos, pensando cómo las potencias europeas meterán en el mismo saco á Turquía y á Grecia. No creo las muchas exageraciones que se dicen respecto del Sultán: aunque las refieran publicistas autorizados, parécenme tomadas en informes de los rebeldes, todos ellos conjurados para desacreditar á su Gobierno, y por ende todos ellos incapaces de hacer justicia imparcial á quien los combate y los persigue. De ser el Sultán como sus enemigos lo pintan, imposible durara tanto tiempo en trono considerado como una de las mayores y más robustas claves europeas. Mas no creyéndolas, atribuyo á la difusión de tales reseñas un resultado tan adverso, como la imposibilidad completa de llegar hoy á un acuerdo entre Turquía y Grecia, resolviendo el problema por un pacto en que ganara el progreso humano, sin desdoro, sin mengua de la estabilidad europea. Si Europa mucho propende á Grecia, puede abrir la herencia del Imperio turco; y la herencia del Imperio turco puede costarnos las guerras de cuyas sirtes huye á todo huir el instinto de conservación en la gente contemporánea. Si Europa propende á Turquía demasiado, puede interrumpirse una obra tan saludable al mundo entero, como la resurrección y el restablecimiento de Grecia en el Oriente, necesarios para detener el terrible alud inminente de la irrupción esclavona. Nuestra cultura no puede cometer tanto crimen al fin de este siglo, sin dar un paso regresivo, un paso á la barbarie, cuando en la heroica guerra por Grecia comenzaran los primeros lustros del siglo. Yo bien sé cómo predominan los intereses y los cambios sobre los grandes afectos y las sublimes ideas en esta época, por lo cual no aguardo un Byron, que muera sobre su lira y sobre su espada en defensa de Grecia, ni un Fausto que bajo las bóve-



das de santa catedral gótica evoque la imagen bellísima de Helena y le rinda un amor tan exaltado como el que sintiera el coro de los poetas europeos entero no hace un siglo todavía; pero no creemos que después de haberle debido las alboradas de nuestras ideas, las cuerdas de nuestras liras, el ritmo y proporción de las columnas tan músicas como una oda, el maravilloso lexicón y las luminosas etimologías de todo el saber humano, la estatua clásica hollando las especies inferiores bajo su forma triunfante de toda fatalidad, el alma de la Metafísica, el verbo de la Religión, todas nuestras artes, el Renacimiento, á cuyo soplo floreciera el espíritu humano, podamos consentir un aniquilamiento de Grecia, que sería terrible recaída en la esclavitud y eterna deshonra de nuestro nombre.

EMILIO CASTELAR.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

---

DE ALZOLA Y MINOND (D. Pablo).—**Memoria relativa al estado de la industria siderúrgica en España.** —Bilbao, 1896.

Con motivo de la visita hecha á Bilbao, en Agosto último, por una numerosa representación del *Instituto del hierro y el acero*, escribió esta Memoria el Sr. De Alzola, tan conocido por sus interesantes obras de ingeniería, y por sus informes y discursos sobre cuestiones arancelarias.

Expone en ella el estado de la producción de los minerales de hierro en España (5.514.399 toneladas en 1895, de las cuales sólo se benefició en el país una décima parte); describe las minas de Vizcaya, las más importantes de todas y los minerales más comunes de ella (*vena, campanil y rubio*), así como las de Santandar, Cartagena, Almería y Asturias; hace un buen resumen de la explotación de hulla en esta última provincia. Estudia después la historia de la fabricación del hierro y del acero en España y reseña las fábricas de la «Sociedad de Altos Hornos», «Vizcaya» y «San Francisco», en Vizcaya; «La Folguera», «Mieres» y «Moreda y Gijón», en Asturias, y otras varias menos importantes. La producción de todos estos centros se elevó, en 1894, á 260.000 toneladas de lingote, 120.000 de hierro dulce y 70.000 de acero.

---



DE ALZOLA Y MINOND (D. Pablo).—**Colección de discursos y artículos sueltos sobre tratados de Comercio y Aranceles.**—Bilbao, 1896.

Dedicado hace tiempo el Sr. De Alzola á la activa propaganda de la política económica que cree más conveniente para vigorizar la producción fabril española en todos sus ramos, ha tenido la feliz idea de reunir en un volumen algunos de sus artículos y discursos que, separadamente, había editado antes de ahora.

He de citar, entre ellos, la elocuente oración pronunciada en el *meeting* de Bilbao de 7 de Diciembre de 1893 contra los tratados de Comercio, y los razonables informes que en el mismo sentido emitió ante la Comisión de Tratados, del Senado, y la Comisión Arancelaria de Cuba y Puerto Rico. El señor De Alzola se manifiesta en todos proteccionista *enragé*; culpa de los males que padece nuestra industria, á la que él llama romántica propaganda del cosmopolitismo utópico; afirma que el desarrollo extraordinario alcanzado por numerosas industrias en 1893 se debe á la protección del Arancel; considera como único medio de vigorizar las energías y extender la riqueza de las naciones, la protección de la propiedad industrial; sostiene que hasta los países que antes parecían más entusiasmados con la libertad de comercio, han elevado considerablemente sus aranceles, y pide la imposición de fuertes derechos á los productos extranjeros en Cuba y Puerto Rico.

Es también muy notable la conferencia pronunciada en el Círculo de la Unión Industrial de Madrid el día 22 de Junio de 1895, cuyo pensamiento capital se halla contenido en el párrafo siguiente: «El único camino para sacar á nuestra querida España de su actual decaimiento, consiste en reunir todos los esfuerzos á fin de despertar el vigor de sus energías y desarrollar las fuerzas del trabajo, encaminándolas en las regiones de la Península, favorablemente dispuestas, al desenvolvimiento de sus artes é industrias y á acrecentar al propio tiempo los productos de nuestra postrada agricultura.»

Los artículos titulados: «Fracaso de un antiguo tratado de



Comercio con Inglaterra», «Revisión Arancelaria», «Las obras públicas en Francia y en España» y «La ola proteccionista», están escritos con gran conocimiento del asunto y notable claridad.

---

PERMANYER Y AYAST (D. Juan J.)—**Discurso leído en la sesión inaugural de la Academia de Jurisprudencia y Legislación de Barcelona el día 6 de Marzo de 1896.**—Barcelona, 1896.

El Sr. Permanyer es un catalanista convencido y entusiasta. En el trabajo que examino hace una defensa calurosa y apasionada de la tesis: «Necesidad de que la vida jurídica de Cataluña sea catalana en todas sus esferas y manifestaciones cualesquiera que sean las consecuencias.»

La Academia lo aplaudió mucho y con razón, porque cualquiera que sea el juicio que esta idea merezca, hay que reconocer que está mantenida con elocuencia y con vigor.

A. SELA.



**Conscience et volonté sociales**, por J. Novicow; un vol. de la *Biblioteca Sociológica Internacional* de R. Worms; 381 págs.—París: V. Girard y E. Briere; 1897.—Su precio, 8 francos.

El libro del Sr. Novicow es el volumen sexto de la *Biblioteca Sociológica Internacional*, que en París dirige el insigne sociólogo Sr. Worms. Ya aquí se ha hablado de dos de los volúmenes anteriores, y en números sucesivos se dará cuenta de otros. Hasta ahora, la *Biblioteca Sociológica* lleva publicadas obras de autores rusos, franceses, italianos y españoles, respondiendo así ya con fidelidad á su apelativo de *internacional*.



En las obras que se anuncian hay libros de sociólogos polacos, húngaros, americanos y alemanes. Con razón, pues, ha podido decir, hablando de la *Biblioteca* del Sr. Worms, el simpático sociólogo belga Guillermo de Greef, que comprende «una colección indispensable para quien desee estar al corriente del movimiento sociológico internacional».

El libro del Sr. Novicow, escrito con la erudición escogidísima y con la brillantez de estilo características en todas sus obras anteriores, puede considerarse como un trabajo de reconstitución psicológica de la teoría orgánica de las sociedades. Para el autor de *Las luchas entre las sociedades humanas*, la teoría orgánica, que tan vivísima luz produjera hace quince años, á pesar de haber perdido no poco terreno, no puede considerarse como vencida. «Para vencer una teoría—dice—es necesario oponerle una teoría opuesta, que contenga una mayor suma de verdad. Ahora bien, los adversarios de la escuela orgánica, los partidarios de la escuela que pudiéramos llamar etnográfica, se han contentado con criticar. No han opuesto afirmación contra afirmación, tesis contra tesis; se han limitado á destruir, sin edificar, en cambio, nada.» La crítica que el Sr. Novicow hace, con ocasión de examinar los argumentos de la escuela etnográfica, de esta escuela, es por cierto muy interesante. Nuestro autor cree que la teoría orgánica está llamada á triunfar tarde ó temprano de una manera definitiva. Por de pronto, la teoría orgánica es la que ha venido á determinar el contenido propio de la sociología, orientando sus ideas y obligándole á abrir sus cimientos en los terrenos propios para una edificación sólida y firme.

Con muy buen acuerdo, el Sr. Novicow se aparta, para hacer sus investigaciones sociológicas dentro del criterio de la escuela orgánica, de las esferas ya muy trilladas de la fisiología. Prescinde del puro método analógico, y dedica su atención al aspecto psicológico del problema. Se ha hablado mucho, en verdad, de órganos, tejidos, sistemas orgánicos del cuerpo social. Quizá se ha exagerado este sentido puramente



biológico en la sociología principalmente spenceriana: en cambio, no siempre se ha insistido en el aspecto psicológico: las analogías entre la conciencia individual y la conciencia social no se han estudiado con tanto detenimiento, sobre todo por los mismos de la escuela orgánica. Ahora bien, la psicología social es un campo fecundísimo para dilucidar la naturaleza orgánica de las sociedades.

Y á ese campo acude Novicow: de psicología comparada, individual y social, trata todo su libro; su tesis, atrevida sin duda, quizá hoy por hoy discutible, pero sea como quiera, importantísima como base de investigaciones sociológicas, interesante es la de que la conciencia— el fenómeno fisiológico por excelencia—individual, y la conciencia social, están fundadas en bases idénticas. Para Novicow, en parte alguna se ha comprobado la analogía entre el organismo biológico y el social, como en el dominio de la conciencia.

La tesis formulada se desarrolla por el ilustre sociólogo en su obra en tres partes, que, en rigor, comprenden un ensayo completo de psicología social ó, mejor, de psicología del organismo social. En la primera se estudia la conciencia social, el censorium social, la composición de la *élite*, y el útil ó instrumento intelectual. En la segunda, se trata del funcionamiento de la conciencia social y de un órgano propio. Por último, en la tercera se contiene una teoría de las soluciones sociales.

Dadas las dificultades de la materia, la novedad relativa de muchos puntos de vista, la obra del Sr. Novicow no podía ser una obra definitiva. El mismo autor, tan modesto como sabio, no tiene la pretensión de haber *edificado* la psicología social; esta edificación «es superior á la fuerza de un solo hombre.» Pero aunque una crítica tenga que oponer no pequeños reparos á las inducciones del autor, aun cuando no todas sus ideas sean aceptables, aun cuando haya quizá precipitaciones y demasiado amor por la tesis, lo cierto es que el libro del sociólogo ruso es digno de estudio terco y detenido, por cuantos se dediquen á las investigaciones psicológicas en los domi-



nios cada día más amplios de la sociología. Por otra parte, en el libro del Sr. Novicow encontrarán un gran apoyo cuantos de algún modo estimen fecunda y sostenible la concepción orgánica de las sociedades.

A. POSADA.

---

**Principes de Sociologie**, por Franklin H. Giddings, profesor de Sociología en la Universidad Colombina de Nueva York, Miembro del Instituto internacional de Sociología. Obra escrita en inglés y traducida al francés, con un prólogo, por el vizconde Combes de Lestrade.—Un volumen de la *Bibliothèque sociologique internationale*. París, 1897. Giard y Briere.—Un volumen, 362 páginas. Su precio, ocho francos.

El profesor Giddings es uno de los sociólogos más reputados de la América del Norte, y con plena justicia, por el valor innegable de sus interesantes trabajos. El de que voy á dar cuenta publicólo en Nueva York en 1896, habiendo sido objeto de muy preferente examen en las más importantes revistas norteamericanas; acerca de él he leído en *The American Journal of Sociology* (Chicago) un largo estudio crítico del sociólogo Small, quien saludaba la publicación del libro del profesor Giddings como un suceso de gran importancia para los sociólogos americanos, y en los *Annals of the American Academy of Political and social science* un artículo interesantísimo de otro sociólogo, Lester J. Ward, el cual, discutiendo las ideas de Giddings, reconoce el valor indiscutible de la obra. La traducción francesa, dispuesta por M. Worms y hecha por mi insigne colega y amigo M. Combes de Lestrade, debe aplaudirse sin reserva; el libro del profesor Giddings es de los que merecen ser puestos en la lengua más universal entre las gentes científicas.

Como pienso dedicar en otra ocasión, en esta misma revista ó en otra, largo y detenido estudio al libro de Giddings, pocas



palabras he de consagrarle en estas notas. El plan que el autor desarrolla es el siguiente: estudia primero los elementos de la teoría social moderna: en esta parte se comprende una apreciación crítica muy bien hecha del estado actual de la idea sociológica, como consecuencia de las grandes concepciones de Comte y de Spencer, los trabajos de Schäffle, Lilienfeld y Fouillée y las recientes investigaciones de Gumpowicz, Novicow, Tarde y Durkheim; después el autor investiga el principio que, según él, debe servir de fundamento para poder afirmar la existencia real de la sociología, principio que ha de inducirse de lo característico de lo sociológico. Ahora bien, lo que, según el autor, distingue la conducta social como tal, es «la conciencia de la especie.» «Alrededor de la conciencia de la especie, dice, como principio determinante, se agrupan todos los demás móviles en la evolución de la elección social, de la evolución social y de la política social; así, estudiar la obra de la conciencia de la especie á través de todas sus manifestaciones, vale tanto como elaborar una interpretación subjetiva completa de la sociedad.» En esta misma parte, después de indicar la idea sociológica, habla el autor del dominio de la sociología, de los métodos de la sociología y, por fin, de los problemas de la sociología. En rigor esta primera parte es una especie de introducción á la sociología como ciencia.

La segunda parte está ya más dentro del objeto de la ciencia sociológica; refiérese el profesor Giddings á los elementos y estructura de la sociedad, y estudia con tal motivo: 1.º, la población social; 2.º, el espíritu social; 3.º, la composición social, y 4.º, la constitución social; esto es: hay aquí un como esbozo de una dinámica sociológica con el cumplimiento del elemento estructural.

La tercera parte es una exposición de la evolución histórica de la sociedad, reducida á cuatro tipos ó faces capitales: 1.º, Asociación zoogénica; 2.º, Asociación antropogénica; 3.º, Asociación etnogénica, y 4.º, Asociación demogénica.

Por último, la cuarta parte comprende una indicación de



la leyes y causas del *proceso* social. El autor estudia primeramente el proceso social físico; luego el psíquico; después, de un modo especial, las leyes y causas sociales, para terminar con la indicación de la naturaleza y fin de la sociedad.

Repito que he de hablar más detenidamente de este importante libro, y que por ello no quiero detenerme aquí demasiado. Sólo advertiré que se trata de un trabajo, principalmente de orientación sociológica, lleno de problemas, apuntados á veces, á veces examinados con gran tacto; que en él se hermanan hasta cierto punto las dos maneras de tratar la sociología, sistemática é histórica, y que sin que se admitan la mayoría de las conclusiones que el autor sustenta, el libro es de los que se leen y leyéndolos enseñan y hacen pensar.

ADOLFO POSADA.

---

**L' Organismo sociale e' un super organismo?**, por P. de Lilienfeld, Senador del Imperio ruso, del Instituto internacional de Sociología.—Turín, 1896.—Un folleto, 14 páginas.

Escrito este folleto por el autor de los *Pensamientos de una ciencia social del porvenir* y de la *Pathologie sociale*, después de publicado el libro del Sr. Worms, *Organisme et Societé*, es una defensa de su concepción sociológica, orgánica. Su principal esfuerzo dirígese á estudiar el alcance de ciertas concesiones hechas por los adversarios del organismo social, especialmente de la concesión que implica la declaración de aquellas que dicen: «la sociedad es sin duda un organismo, pero un organismo *sui generis*». El insigne sociólogo ruso examina los argumentos de los que no se deciden á admitir que la sociedad es un organismo natural, asentando con brillantez una vez más sus conocidas ideas.

A. POSADA.



## OBRAS NUEVAS

---

- Abad (M.)—Notas militares sobre el Japón. En 8.º mayor, 120 páginas: 2 pesetas.
- Acta de la sesión pública, celebrada en el Ateneo Barcelonés el 30 de Noviembre de 1896. En 4.º, 45 páginas.
- Arana.—Lecciones de ortografía del euskera bizkaino. En 8.º menor, 308 págs: 30 céntimos.
- Armengol y Cornet (P.)—La participación de beneficios. En 4.º, 235 páginas: 1,50 pesetas.
- Ayuso (F. G.)—Compendio de gramática francesa. En 8.º, 279 páginas: 2,50 pesetas.
- Barado (F.)—Ronda volante; episodios, narraciones y estudios de la vida militar. En 12.º, 197 páginas: 0,50 pesetas.
- Bassa (J.)—El algarrobo. Su descripción, multiplicación, etcétera. En 8.º mayor, 228 págs.: 2,50 pesetas.
- Batres Jáuregui (A.)—Literatos guatemaltecos. *Landivar é Iri-sarri*, con un discurso preliminar sobre el desenvolvimiento de las ciencias y las letras en Guatemala. En 4.º mayor, 312 páginas.
- Bernaldes (F.)—Buñuelos de viento. Colección de poesías festivas. En 8.º, 178 págs.: 3 pesetas.
- Biblioteca vascongada.—*Tomo V. Cosas de antaño: capítulos históricos, tomo I.* En 4.º, 223 páginas: 2 pesetas.
- Castillo y Jiménez (J. M. del).—El Katipunan ó el Filibusterismo en Filipinas. En 8.º, 297 páginas: 5 pesetas.
- Castro (J. de).—Golpes van á dar. En 8.º, 39 páginas: 0,75 peseta.
- Codera (F.)—Los fosfatos en agricultura. En 12.º, 30 páginas.
- Chocano (J. S.)—En la aldea. Lima, imprenta del Estado, 1895. En 12.º, 127 págs. y un retrato: 2 pesetas.
- Delgado y Sánchez de Castilla (J.) y Arés Andrés (V.)—Manual de reclutamiento y reemplazo del ejército. En 4.º, 464 págs. y v de índice: 5 pesetas.
- Díaz Fernández (V.)—El nuevo derecho universal y la política sin



- políticos. En 8.º, 80 págs.: 1 peseta.
- Echegaray (J.)—La calumnia por castigo; drama en prosa en tres actos y un prólogo. En 8.º, 162 páginas: 2 pesetas.
- Flórez y Quiñones (M.) y Alfaro Navarro (E.)—Elementos de literatura preceptiva ó retórica y poética. En 8.º, 283 págs.: 4 pesetas.
- García Icazbalceta (J.) — Obras. *Tomo II*. Opúsculos varios. II. Méjico. Impr. de V. Aguirre. 1896. En 8.º, 461 págs.: 7 pesetas.—*Tomo III*. Biografías. I. Méjico. Imprenta de V. Agüeros. 1896. En 8.º, 439 págs.: 7 pesetas.
- González y Portales (E.)—Nuevos reglamentos para la ejecución de la ley de reclutamiento y reemplazo del ejército de 21 de Octubre de 1896. En 4.º, xvi-181 páginas: 2,50 pesetas.
- Guía eclesiástica de España. 1897. Sin l. ni impr. En 4.º, 350 págs., 6 vistas de varias catedrales y 2 retratos, uno de S. S. León XIII, y el otro del Cardenal Monescillo. Encartonado: 10 pesetas.
- Herrero (J. J.)—Mar adentro. En 8.º, 69 págs.: 1,50 pesetas.
- López de Pariza (G.) — Procedimientos gramaticales y ejercicios de lenguaje. En 4.º, 242 págs.: 2 pesetas.
- Luzón (A. y J.) — Estudio geográfico de la isla de Cuba. En 8.º, 167 páginas: 2 pesetas.
- Matheu (J. M.)—Marrodán primero, (continuación de «El Santo Patrono».) En 8.º, 425 págs.: 3 pesetas.
- Medina (J. T.)—La imprenta en Manila desde sus orígenes hasta 1810. Santiago de Chile, impreso y grabado en casa del autor. 1896. En 4.º mayor, xcvi-280 páginas y 12 portadas reproducidas: 25 pesetas.
- Memorias de la Comisión del Mapa geológico de España. Explicación del Mapa geológico de España, por L. Mallada. *Tomo I*. Rocas hipogénicas y sistema estratocristalino. *Tomo II*. Sistema cambriano y siluriano. En 4.º mayor, 4 hojas, 558 y 515 págs. con grabados.—Cada tomo 15 pesetas.
- Menéndez Pidal (R.) — La leyenda de los Infantes de Lara. En 4.º, xvi-448 págs.: 10 pesetas.
- Monner Sans (R.)—Apuntes é ideas sobre educación. En 8.º mayor, 231 págs.
- Moragas (G.) — Corrientes subálveas. En 4.º, xvi-133 págs. y 4 láminas.
- Moreno y López (M.)—Higiene social. El suicidio, sus causas, síntomas y tratamiento. En 8.º, 18 páginas: 1 peseta.
- Moret (S.) — Discurso leído en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, con motivo de la apertura de sus cátedras. En 4.º mayor, 40 págs.
- Newman (K.)—El kambio de komposizion ke experimenta el agua de «El Salto» durante el imbierno. Nota embiada á la Soziedad Zientífika de Balparaiso. Santiago de Chile. Imprenta Rroma. 1896. En 4.º mayor, 14 páginas y una lámina.
- Idem.—La unificación de las medidas. Balparaiso. S. impr. 1897. Karlos Kabezón, editor, 1897. En 8.º, 61 págs.: 2 pesetas.
- Noticiero-Guía de Madrid. (Arre-



- glada por un Reporter). En 4.º, 286 págs.: 1 peseta.
- Observatorio de Madrid.—Resumen de las observaciones meteorológicas efectuadas en la Península y algunas de sus islas adyacentes durante los años 1893 y 1894. En 8.º mayor, XVI-392 págs.
- Idem.—Observaciones meteorológicas efectuadas en el Observatorio de Madrid durante los años 1894 y 1895. En 8.º mayor, XXIV-486 páginas y dos cuadros gráficos de la temperatura del aire. Encartonado.
- Olmedilla y Puig (J.)—Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico español del siglo XVI Nicolás Monardes. En 4.º, una hoja con retrato, portada y 112 páginas: 3 pesetas.
- Pérez Galdos (B.) y Menéndez y Pelayo (M.)—Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del primero. En 4.º mayor, 49 págs.
- Tema: Relaciones entre el público y el novelista.
- Pérez y González (F.)—¿Quieres que te cuente un cuento? pues allá va un ciento. En 8.º, 236 páginas: 3 pesetas.
- Pérez Nieva (A.)—Agata (novela). En 8.º, 215 págs.: 2 pesetas.
- Colección Elzevir. Vol. 3.º
- Reglamento para la provisión de escuelas públicas, aprobado por Real decreto de 11 de Diciembre de 1896. En 4.º, 26 págs.: 0,50 pesetas.
- Reynoso (F. de).—Reseña de la agricultura en Inglaterra y en otros varios países, 34 páginas: 2 pesetas.
- Salavera y Trías (R.)—El cerdo: edición ilustrada con numerosos grabados. En 4.º, 262 págs.: 4 pesetas.
- Salazar y Garaigorla (J. de).—Acaecimientos de un diario de navegación. En 8.º, XXI-471 páginas y 3 láminas.
- Sánchez Cantos de Escobar (A. de la).—Para ellas: colección de novelitas y cuentos. En 4.º, 351 páginas: 10 pesetas.



## INDICE

---

|                                                                                                                                                                      | <u>Págs.</u> |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>El saludo de las brujas</i> , por Emilia Pardo Bazán.....                                                                                                         | 5            |
| <i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja</i> ,<br>por un Soldado viejo.....                                                                  | 32           |
| <i>Un libro sobre el problema social</i> , por G. de Azcárate.....                                                                                                   | 53           |
| <i>Historia del pan</i> , por el Dr. Joaquín Olmedilla y Puig.....                                                                                                   | 71           |
| <i>Progresos del feminismo</i> , por Adolfo Posada.....                                                                                                              | 91           |
| <i>La prensa internacional.—Khor y Kalinych.—Siervos rusos en los<br/>campos</i> , por I. Turgueneff.— <i>Mazarino y D. Luis de Haro</i> , por<br>Alberto Malet..... | 138          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                                                                                              | 163          |
| <i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....                                                                                                              | 176          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por A. Sela y A. Posada.....                                                                                                           | 197          |
| <i>Obras nuevas</i> .....                                                                                                                                            | 205          |